¡ALZA, PILILI!

ARTICULOS.

¡ALZA, PILILI!

COLECCION

DE

ARTICULOS DE COSTUMBRES

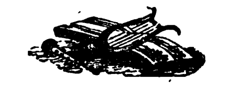
HUMORISTICOS Y MAL HUMORADOS,

Y

POESIAS ENTREVERADAS,

POR

Mariano Ramiro y Corrales.



CARDENAS:
IMPRENTA EL HORIZONTE,
CALLE DE RUIZ, NÚM. 29.
1871.

AL SEÑOR

D. Ramon Corrales y Mateos.

Querido tio: al poner al frente de mi humilde libro su respetable nombre, que venero, rindo un tributo de gratitud á usted, que amparó mi niñez, guió mi juventud y me hizo bueno y honrado con el ejemplo de sus virtudes.

En los mas azarosos dias de mi vida, he encontrado en usted un padre cariñoso y el mejor de los amigos; por eso no vacilo en creer que acojerá con su bondad de siempre las páginas que me atrevo á dedicarle.

SU SOBRINO

MARIANO.

¡¡ME VENDO!!

LECTOR, esto que escribo para tí es una introduccion á mi libro; pensaba darle otro título, y, sin saber como, le he puesto por epígrafe las dos palabras que entre admiraciones acabas de leer.

Con que, ya lo sabes:

¡¡ME VENDO!!

Tengo que hacer una aclaracion importante: me doy barato, pero no me fio; mi decidida predileccion por el *contado* se explica fácil y satisfactoriamente diciendo que á publicar este libro no me mueve otro deseo sino el de tener algo que *contar.*

Tampoco doy *ñapa* ó *contra,* como se dice por aquí; sin embargo, todo el que me compre tendrá derecho á que le escriba graciosamente, esto es, con salero, un sonetazo mayúsculo el dia ó la noche en que su suegra se mude para el *otro barrio;* este soneto será elástico á más de apologético, y podrá constar de todos los renglones que solicite el consumidor, con tal que no lleguen á veintiocho, porque entónces se entenderá duplicada la dósis y ten-

drá que comprarme dos veces para tener legítima opcion al esceso.

Hombre, eso de venderme en una época de libertad arriba y abajo, por dentro y por fuera, cantada y bailada, es cosa original.

Veo que me van á llamar esto y lo otro y casi estoy por arrepentirme.

Vamos, que me está dando vergüenza; lo cual le probará á ustedes que la vergüenza se dá á cualquiera y por eso hay tantos que se han quedado sin un adarme para su uso particular.

¡La libertad es una gran cosa! Meditemos:

Unos cuantos miles de franceses, deseando ser libres por redondo, se metieron á comuneros y se chuparon los dedos de gusto. Buen provecho les haga.

Mis paisanos, un tanto mas honestos, se fabricaron una monarquía democrática para poder ser libres con editor responsable, y no se arrepienten.

Los italianos se unen, para ser libres al por mayor, y con entera libertad cambian de capital y de reyes con la misma despreocupacion con que se mudan los calcetines.

Y en Inglaterra, China, Alemania y Rusia, en todas las naciones en fin, donde existan ciudadanos de la benemérita clase de insolventes, se grita libertad hasta que sobreviene la tos.

Y la libertad no parece.

Ya lo creo! Toda la que habia disponible la adquirió por tres pesetas el inverecundo *presidente* Cárlos Manuel, que rabiaba por verse libre......... *de acreedores.*

Pues yo, ya lo he dicho, á pesar de la opinion del mundo ¡ me vendo !

Y me vendo íntegro, con mis dos apellidos y su correspondiente punto final.

El negocio que propongo á ustedes es magnífico y lucrativo, sobre todo, para mí, que es lo que me interesa ; yo me vendo, en estilo figurado, se entiende, identificado en este libro cuyas trescientas páginas encierran trescientos millones de esperanzas lisongeras que espero ver trocadas en positivas por la superabundante longanimidad del respetable público para quien son escritas.

¡ Alza pilili ! es el título musical, jaleador é incitante, que lleva este ramillete de artículos de política por todo lo alto; cuadros de costumbres trazados á grandes rasgos y con abigarrados colorines, para que se vean de léjos ; escenas de la manigua tomadas del natural, porque han de saber ustedes que en esos deliciosos escondrijos se copia á la naturaleza, no solo en el diáfano trage de sus habitantes, sino hasta en el nombre del impertérrito caudillo que por allí vegeta y se llama Céspedes, sinónimo de verdolaga.

Algunas veces he necesitado ponerme sério, pero son contadas ; una oda *á España,* otra *al batallon de San Quintin* y unas cuantas líneas consagradas á mis pobres compañeros, *los hijos del trabajo,* es todo lo formal que ha brotado de mi pluma, mas admiradora de las caricaturas de Goya que del severo dibujo de Velazquez.

Mi libro vale lo que ustedes quieran que valga, probablemente nada ; pero yo no lo doy sino por un

peso, un peso destinado á quitarme de encima un idem mas grande que la Giralda de Sevilla.

Con que ya basta de conversacion y de música celestial; decídete honrado público, á cargar conmigo, y te haces feliz. Yo al ménos no te arriendo la ganancia.

Ahora entremos en materia.

Vista al frente, y lee :

CÁNDIDO.

(HISTORIA DE UN INFELIZ.)

Voy á contar mi historia: seré breve, no hay que asustarse. He vivido mal, y siendo mi vida mala debo contarla de prisa, porque de lo malo, poco.

Nací el año de gracia de 1833; el cólera y yo somos contemporáneos. Soy sietemesino; me bautizaron de un dia de nacido, cinco años mas tarde confirmé el acto, y me vacunaron un mes después de haber pasado las viruelas, para ahorrarme el lance de la repeticion.

A los siete años quedé huérfano; á los ocho me mordió un perro comunista que se engullia mi racion y se acostaba en mi cama; á los diez yo no servia mas que de estorbo, y á los once me embarqué para América, con un napoleon que se parecia á Cárlos X y el equipaje de D. Juan Paulin: tres trapos y medio.

Llegué á la Habana pocos dias después que don Leopoldo O'Donnell. ¡Ay! D. Leopoldo ya tomó *la vuelta de afuera*, después de dar el gran estiron, y yo todavía estoy penando en este valle de lágrimas salpicado de *maniguas*!

Salté á tierra mediante la entrega del napoleon cuya fisonomía equívoca me desazonaba; lo dí en cambio de la indispensable *boleta* y vino escaso al objeto.

Tambien exhibí mi pasaporte, que decia: " Cándido Pastiri, natural de.... hijo de.... etc.: barba regular; nariz regular; boca regular.... todo era regular en mí, á juicio de la autoridad, hasta la maldita cegatera que en dias claros no me permite ver tres sobre un burro.

***

—¿Qué profesion escojeré? le pregunté á un compañero de viaje.

—La de obispo, me contestó.

—Eso es difícil.

—Pero muy cómodo.

—Yo le pido un consejo y V. me contesta con una burla.

—Pues ahí vá el consejo: en este mundo, la mitad de sus habitantes explota á la otra mitad, de lo que se deduce que la humanidad está dividida en dos grandes grupos, el de los audaces y el de los cándidos. Ahora, Sr. Cándido, V. elejirá....

Y se fué.

—Paisanito, me dijo entónces un caballero regordete y mas feo que Picio, lo primero que V. debe procurar es tener dinero; para tener dinero es preciso trabajar de firme, no hay otro camino; con que, á trabajar y buena fortuna.

Aquel era un honrado sugeto. Yo seguí su con-

sejo al pié de la letra, trabajo ; hace veintisiete años que no hago otra cosa y es un gusto ver lo que me luce el pelo ; yo busco diariamente y con creciente afan á mi buen mentor para.... estrangularlo.

***

Mis aficiones dominantes fueron siempre la literatura y las tortas de Moron ; para satisfacer la primera me habia aprendido dos resmas de romances de ciego que recitaba de memoria sin tropezar en una coma ; para llenar la segunda me habria tragado la sagrada torta de Belen en una sola sesion.

Hice mi entrada en el mundo mercantil por las puertas de un zapatero, que se dignó darme ocupacion ; fué por poco tiempo. Un domingo, se me presentó un parroquiano pidiéndome zapatos de planta y suela y *pespunteados*, que en aquellos tiempos era lo que privaba ; miéntras procedia á la precisa operacion de la prueba, me recitó unas décimas que andaban en voga, de las que solo recuerdo el *mi cajon no lleva de eso*, con que todas terminaban. Me fascinó, me magnetizó, me dejó estupefacto y conmovido con su poética verbosidad, y después de recitarme con robusta entonacion tres estrofas, se llevó tres pares de zapatos, sin que á mí se me ocurriera pedirle el dinero.... ¡ Qué dinero ni qué ocho cuartos, cuando eran tan bonitos los versos que sabia decir aquel prójimo !

Se enteró mi principal de lo sucedido ; siguió una escena sentimental de cuyo trágico relato hago gracia á mis lectores ; solo diré que aquel pobre se-

ñor carecia de la elevacion de alma suficiente para poder apreciar el divino arto de Homero. Entre un racimo de odas y dos pesetas, escogía con vergonzosa irreflexion los cuarenta centavos. Me llamó tonto y......

***

Me encontré en la calle. Eran las doce del dia, en el mes de agosto y en la Habana; á los terribles rayos solares que caían perpendicularmente sobre mi cabeza, yo no podia oponer mas que mi gorra de hule, que ya echaba chispas.

Me divertia.

***

El destino, que ejercia en mí su influencia fatal disfrazándose con mi irresistible aficion á las letras, me llevó á las puertas de una tipografía, traspasó conmigo el dintel y me condujo ante un señor que después de almorzar se ponia muy colorado; yo tomé la palabra por el destino y pedí trabajo.

—¿ Qué sabe V. hacer?

—Nada, pero haré todo lo honesto que á V. le dé la gana.

—Corriente, está V. admitido.

—¡ Viva! y ¿ donde cuelgan la ropa los oficiales? pregunté deseando desembarazarme del gorro que echaba chispas.

***

Adelanté rápidamente en la carrera de las letras....de plomo.

Fuí aprendiz, oficial, *regente* y encargado, todo en los tres primeros años. Solo en el goce del primitivo sueldo, reducido á la mínima expresion señalada al aprendizage, permanecí estacionario, y como de lo que hacia á lo que ganaba existia una tremenda desproporcion, tenia el dulce consuelo de ser yo el que dotaba á mi principal con el decente sueldecito que me escamoteaba su avaricia.

No hay remedio, me explotaban. Era aquel un episodio de la gran lucha que en el mundo sostienen el capital y el trabajo ; yo soltaba el quilo luchando heróicamente para mejorar mi posicion precaria, y caia vencido, quebrantado, á los piés de mi egoista contrario.

¡ Cuidado con que se entere de esto *La Internacional !*

***

Hice por entónces dos tonterías de un solo golpe : me enamoré y escribí versos.

A mí amada le faltaba el ojo izquierdo, y á mí sospecho que cuatro de los cinco sentidos.

La amaba á pesar de estar *desojada*, y precisamente por ese pícaro defecto físico que la ponia en berlina : empezaba á ser filósofo, de la clasificacion de los optimistas, y como me daba fuerte por lo sentimental, queria reparar la poca galantería de la naturaleza que le habia soplado un ojo á mi dama.

Una noche explicaba yo á mi amada desde su re-

ja la teoría de los respetos humanos en su indeclinable derivado del respeto divino, cuando nos sorprendió su padre en lo mas intrincado de mi peroracion; no se paró en barras el muy bárbaro, y me propinó una sopapina de órdago, sin tenerme ninguno de los respetos que yo explicaba á su hija pretendiendo morigerar sus probables, juveniles ímpetus.

Aquello fué atroz; el estúpido caballero holló en mi persona todas las garantías individuales y el derecho de gentes con su paternal *dragonada.* Juré vengarme, y en efecto, me vengué; porque derramé toda mi bílis en un soneto á la niña en el que á trueque de poder llamarla *tuerta* deseaba verla *muerta* ántes de cinco minutos.

***

No escarmenté, y en lugar de consagrarme al amor de una sola mujer, me decidí por nueve juntas, nueve hermanas que en el monte Parnaso tienen erigido un templo, en el cual entran los poetas churriguerescos por la puerta trasera.

***

Me entregué á la poesía de cuerpo entero, y escribí muchos, muchísimos versos; verdad que todos muy malos, segun me decian los inteligentes para consolarme, pero yo sostengo que eran muchos, y tanto monta.

Tambien escribía en prosa. Recuerdo un estu-

pendo artículo encaminado á probar la influencia del rábano en los estravíos de la humanidad, propensa siempre á tomarlo por las hojas, que si lo estampo aquí se quedan ustedes bizcos ó tuertos, como mi novia de marras.

***

No pudiendo contrariar mis *ilustradas* aficiones me hice periodista *in nomine.*

Escribia de balde y bebia agua fresca; así es que me puse tan rollizo como aquel Gasparito, que se salió por el corbatin.

Un dia tuve la insolencia de pedirle al redactor en gefe un duro para comprar una comedia de Torroella y un cuello postizo, y se me amenazó con despedirme.

Me quedé sin cuello, pero no sin comedia, porque me hallé dos docenas de ejemplares entre los bastidores de un teatro casero: se titulaba *Amor y pobreza*...... ¡ qué feliz casualidad ! *amor*, el de mi tuerta; *pobreza*, la mia, que era de encargo: pasado y presente, ilusion y realidad, todo juntito en un folleto con carpeta verde. ¡ Oh dicha !

Después de todo, no me ha sido posible leer íntegra la comedia; es tan mala que cada vez que me la écho á la cara, estornudo.

La empresa periodística tronó y á mí me cayó el rayo. Habia trabajado siguiendo el consejo del hombre mas feo que Picio que encontré en el muelle y me ví explotado, conforme me pronosticó mi compañero de viaje.

Aquel mismo dia, á las cuatro y doce minutos de la tarde, uno de mis zapatos se divorció de la suela y el otro se rió de la ocurrencia......

Pensé pegarme un tiro, pero faltábanme escribir cuatro versos para terminar un poema *á la luna*, y el astro de la noche tenia derecho á la prolongacion de mi existencia por el término de cuatro renglones. Además, la luna es mi gran amor, mi inseparable compañera, sin la que no puedo vivir. ¡Tan acostumbrado estoy á quedarme á la de Valencia!

***

Renuncio á contar todas las peripecias de mi vida, porque seria cosa de afligirme y obligar á ustedes á ayudarme á sentir; en todas mis empresas he quedado con el lucimiento que ya ustedes saben, porque, eso sí, la suerte no me ha abandonado un segundo: siempre he tenido la misma que el postigo de D. Rafael.

Me llamo Cándido; y este nombre ejerce en mi destino la influencia de su cándida significacion; es la mia una candidez blindada, á prueba de desengaños.

No he podido averiguar qué cosa es la esperiencia; dicen que es la ciencia práctica de la vida, que el hombre cambia de opinion y hasta de fisonomía cuando llega á adquirirla, y que basta tener esperiencia para ser feliz.

Podrá ser; pero declaro que á mí no me sirve para nada esa ciencia que vuelve al hombre por el forro. Mi principal defecto, la gran tontería de

que me acuso es tener buen corazon, y ya ven ustedes que no es cosa de mandar por otro de mas útiles condiciones á la tienda de la esquina.

***

Medio mundo explota al otro medio, me dijo el hombre del muelle, escoja V. Y escojí, con ese tino que me es característico; hace un cuarto de siglo que formo en primera fila en el grupo de los explotados. Con que ya ven ustedes si supe escojer.

¡ Qué demonios ! no me arrepiento; es preciso que en el mundo haya de todo, como en botica.

Afortunadamente no soy yo solo el que sufre las disculpables inconsecuencias de la familia humana, que tal parece compuesta de cuñados segun lo desunida que anda; y digo afortunadamente, porque, ya lo saben ustedes, mal de muchos consuelo de.... *cándidos.*

El mejor dia.....

Es decir, el buen dia que tenga con qué comprar la soga me ahorco, y dejo mi corazon á mis acreedores á cuenta de mayor cantidad, pero prohibiéndoles que se lo coman !

CASAS DE PRÉSTAMOS.

De las casas de préstamos puede decirse lo mismo que de la mala yerba; se desarrollan y multiplican que es una bendicion de Dios, aun en estos pícaros tiempos, y precisamente porque son tiempos pícaros.

Las secciones de anuncios de los periódicos y millares de abigarrados letreros diseminados por la culta Habana, pregonan á grito herido y con *seductora* redaccion, que en tal y cual parte *se dá dinero*, sobre prendas, etc.

De las verdaderas condiciones bajo las cuales se hacen los préstamos, el dadivoso especulador hace siempre caso omiso, por modestia, seguramente; es una medida que la prudencia le aconseja, porque esas bases, condiciones, reglas ó como se las quiera llamar, son el alma del negocio, la cuestion privada, la parte sensible, el disfraz de la usura, la doctrina en accion del sistema moralizador adoptado por los prestamistas al por menor.

El que las casas de préstamos prosperen hasta el punto de escitar la envidia y la competencia, es el mentís más solemne que pudiera darse á nuestra cacareada riqueza, y al bienestar y holgura, que á juicio de propios y estraños, gozamos todos los habitantes de esta capital, juicio formado en vista de *la aficion dominante* que hoy cunde á dar dinero á

todo el tonto que lo quiera tomar. Nada hay más tentador que el lucro sin riesgo.

Miéntras más pobre es un barrio, más casas de préstamos se establecen en él; esto se explica fácilmente por la frase de un paisano mio, que al saber que iba á fundarse un hospital en la *Macarena* de Sevilla, esclamó: "*Bien pensao, aonde está la yaga se pone el ingüento.*"

El desarrollo de esa fácil industria, está en razon directa con el abatimiento, con la muerte de todas las demás, porque ella es el vampiro, ó cosa así, que chupa la plata de más de un cadavérico bolsillo. En épocas normales, cuando los pueblos florecen á impulsos del general bienestar, las casas de préstamos no tendrían siquiera razon de ser, porque ellas son las consecuencias inmediatas de la penuria; una situacion de prolongada tirantez les dá vida, la miseria púbica las nutre, y la desgracia las enriquece.—Para decir esto me he puesto mas formal que un macero del Ayuntamiento.

Puede decirse que esas casas donde *se dá dinero*, constituyen el barómetro de las vicisitudes humanas. Cuando una no interrumpida sucesion de acontecimientos calamitosos seca las fuentes de produccion, matando el comercio y aniquilando la industria; cuando los medios de subsistencia escasean, y el pan se pone caro, y el trabajo se paraliza, entónces es cuando los prestamistas al menudeo realizan mas pingües beneficios. Los talleres y establecimientos industriales, centros de laboriosidad y honradez, *cierran sus puertas* y las casas de préstamos abren *las suyas*; la falta de compradores en las primeras

es una garantía de que á las segundas no han de faltarles parroquianos.

Hay una palabra dulce, mágíca, arrebatadora, que tiene para los oidos del prestamista el argentino sonido de la onza de oro : es *¡ la crísis !* Porque la crísis simboliza para esas buenas gentes el único pelo con que pintan á la calva ocasion.

Se me dirá que siendo voluntario el compromiso que en las casas de préstamos se contrae, no hay lugar á quejas; el especulador no impone su grangería á nadie, lo mas que hace es anunciarla bombásticamente, pero sin pizca de malicia, y libre es todo el mundo de no utilizarla sinó le conviene.

Pero yo na me quejo, ni las ataco, ni me meto en los revueltos pliegues de una camisa de once varas; solo que á tal trozo de lógica bursátil, podría contestar, candorosamente, por supuesto :— Muéstresele un pedazo de pan al que desfallece de hambre, y pídasele por él la mitad de la vida que le queda; el pan será adquirido á ese terrible precio, y la transaccion se habrá llevado á cabo con todas las fórmulas de la legalidad.

Hay casas de préstamos que se han hecho célebres por la vasta estension que, en su deseo de ser útiles á la humanidad, han dado á sus negocios. No solo comercian con piedras y metales preciosos, sino que no se desdeñan de admitir hasta la más modesta prenda del mas humilde equipo. Esas casas tienen todas las apariencias de un inmenso bazar, dolorosamente estravagante, que por lo heterogéneo de sus mercancías y el visible mal estado de ellas, podría llamarse *el bazar de la miseria.*

Allí se vé la gastada levita de paño del honrado menestral, ostentando una ficticia juventud, merced á la pasagera brillantez debida al desapiadado frote del cepillo; allí el blanco trage de la desposada de ayer y los zapatos á medio usar del desgraciado que se fué descalzo, devorando el insuficiente alimento, fruto de su sacrificio; allí los diminutos pendientes, único adorno de la adorada hija, debido á la santa vanidad de sus pobres padres; allí la delgada colcha cuya falta del lecho hace estremecer de frio miembros enflaquecidos por la miseria; allí la blanca aunque zurcida camisa del artesano, su sola prenda para engalanarse el domingo, llevada á empeñar la noche del sábado, en la que llegó á su casa sin dinero, porque no encontró donde ganarlo, y sus hijos le pidieron pan!

Observemos esa pobre camisa: en la pechera se notan algunas ligeras manchas que alteran la blancura del lienzo.... son lágrimas, son los testigos de un dolor acerbo, de uno de esos dolores que solo pueden soportar sin desesperacion corazones cristianos. El triste jornalero ya no dodrá lucir su modesta gala y conservará sobre sus cansados miembros el harapo que los cubrió durante la pasada semana.

Pero ¿qué es esto? pues no estoy escribiendo un artículo lacrimoso de los que no están en mi cuerda?

Si he de seguir así, mejor es dejarlo; y de esta opinion serán sin duda tambien mis bénevolos lectores.

¡Viva el dinero, y el préstamo y el rumbo, y punto final!

EL POETA DE ALQUILER.

—Y te digo en la ocasion,
pues que ha llegado tu dia,
que goces mucha alegría
en la presente reunion.

Estos versos no son mios, que rara vez hago versos por temor de hacerlos tan malos; son de mi tipo, de un poeta de alquiler cualquiera, tomado á sueldo para *cantar* en los *natales* del primer alma de cántaro, mal àvenido con su dinero, que dé su cerveza á cámbio de barbaridades de este jaez; el entusiasmo del bastardo hijo de Apolo crece entónces en la misma proporcion que aumentan los tragos, y su inspiracion, que ocupa un lugar preferente en el fondo de su estómago, se declara satisfecha y susceptible de los mas delicados conceptos; ya no quiere para el generoso anfitrion los láuros del presente, aspira á la gloria del porvenir, que esto y mucho mas merece el apreciable sugeto que dá pasto material á su famélico empuje; al efecto le dispara nuestro poeta el siguiente sabroso pareado, que es de lo mas granadito de su bien provisto al*macen de despropósitos*:

Que tu nombre al cielo suba
para gloria de mi Cuba.

En seguida enmudece el poeta; cree que no se puede decir mas, y tiene razon, porque ha llegado en álas de su tropical fantasía hasta la pared de enfrente, y no hay vena poética capaz de superar un obstáculo de mampostería.

Sin embargo, hasta el presente solo ha puesto nuestro vate su talento á contribucion; él podria decir aun cosas mejores apelando á su *génio,* pero su génio no está en su estómago, sino en su bolsillo, y es preciso escitarlo con alguna parvedad metálica; es el suyo un génio de á dos pesetas, siempre en demanda de mejor mercado.

El poeta de alquiler se juzga inocente víctima del atraso intelectual de su época; seguro de no ser comprendido, se contenta con ser pagado; sabe que el alimento del espíritu es capaz de dejar morir de hambre á la materia, y se pronuncia valerosamente por la nutricion individual. ¡ Rasgo desdeñoso y sublime de filosofía conservadora!

Él tiene una *mision* divina—como lo son por lo general todas las *misiones*—que cumplir en la tierra, la de llenar con los cascados ecos de su *canto* los ámbitos de cuantos comedores, trastiendas y cocinas halle á su paso; no conoce otro género de poesía que la *bucólica,* de la que se declara acérrimo partidario, y hace siempre el gasto *cantando* á su manera, por mas que los indiferentes y profanos, gente grosera y material, confunda su voz con la de la *chicharra en los tonos* agudos, ó con el desapacible

rebuzno del pollino en el registro grave; semejante contrariedad no desanima al coplero, porque ¿qué oficio no tiene sus percances?

Además, él sabe, porque alguno se lo dijo, que Galileo padeció persecuciones y Cervantes murió en la indigencia, y Cervantes y Galileo no tuvieron otra procedencia natural, ni fueron hechos de diferente madera que Delmonte y Calainos.

Hay conclusiones tan estúpidamente consoladoras, que valen un Perú.

Sobre todo, un Perú que haya reconocido *la república cubana.*

El poeta de alquiler es un curioso conjunto de cualidades antitéticas; humilde y audaz, cínico y ceremonioso, miserable y pródigo, adulador y maldiciente, su único propósito es el de vivir por cuenta agena, y por eso se consagra ardorosamente á explotar la vanidad ó la tontería de los que son harto tontos y harto vanos para sufrir sin ruborizarse sus tiradas de versos apologéticos, escritos á precio cómodo y convencional.

El vate alquilado es tambien el cantor de la muerte, el poeta de las tumbas, y sabe hacer un oportuno uso del ciprés, el sáuce y la siempreviva.

Amenudo escribe lacrimosas necrologías, pero con tal arte, que son aplicables á individuos de diferentes sexos, clases y condiciones que tengan el mal gusto de dejarse morir; el nombre de la víctima lo deja en blanco, para llenarlo á gusto del consumidor. Estos elogios póstumos constituyen una conserva literaria á prueba de tiempo, y á cubierto *de lo imprevisto.*

Plácido, el celebrado poeta matancero, puso mas de una vez su inspiracion á sueldo, y cantó proezas, ensalzó virtudes, mintió lágrimas y halagó personalidades que ni por el forro conocia. No es esto negar al cantor de *Jicotencal* su envidiable vena poética, que no pongo en duda, si bien no me entusiasma mas de lo necesario; cito el caso como una muestra deplorable de humana flaqueza, ó como un testimonio de lo que puede la necesidad, porque esta señora, que al decir de sus conocidos, tiene cara de herege, ha tenido mucha culpa en tales desaguisados literarios.

El poeta de alquiler vá desapareciendo de un modo alarmante para todo el que tenga interés en que no se pierda la semilla; su retirada tiene todos los visos de una huida, y yo contemplo á mi tipo próximo á extinguirse, pero tan próximo, que acaso los presentes renglones sean, mas que una crónica del presente, un recuerdo del pasado.

Estamos en una época de guerra armada y de verdad desnuda, con la cual no puede avenirse nuestro poeta, cuyos hábitos de perpétua ficcion acabarian por evidenciarlo.

La gente que solian dar aquellos célebres festines, Dios y el gobierno saben con qué intencion, han abandonado el teatro de sus proyectos, condenándose voluntariamente al destierro, porque el tiro hubo de salirle por la culata; en esos convites vertia el famélico vate su trasnochada inspiracion, muchas veces intencionada, leal casi nunca; suprimidos los festines, el poeta de alquiler no tuvo *ya ni pretesto* para seguir explotando al prójimo, y

quedó reducido á su mas genuina espresion ; se convirtió en cero.

¡ Oh ! cuántas cosas habria dicho el inverecundo vate á *Cuba libre*, si se hubieran cambiado las tornas ! Por supuesto, todo *en la presente ocasion*, y *pulsando las cuerdas de oro*, que es por lo que le dá más fuerte.

¡ Con cuánta fruicion habria vomitado sapos y culebras contra todo lo español, expresando su ruin pensamiento en versos de todos calibres, pesos y medidas ! Pero estos endemoniados voluntarios lo dispusieron de otro modo, y es fuerza resignarse á seguir siendo españoles ; yo, francamente, lo siento por Alfredo Torroella, Pepe Fernandez, Antonio Hurtado del Valle, Gustavo Suzarte, Tomás Mendoza, Jacinto Valdés y dos docenas mas de Valdeses, por lo bajo.

Quiero que conste que el poeta de alquiler *pur sang*, garantizado, es perfectamente insurrecto aunque inofensivo.

Por mi parte, le ruego á Dios lo conserve en ese propósito, sin que se le antoje entrar en el gremio de los arrepentidos y presentados. Céspedes, Aguilera y demás zánganos, necesitan cien Homeros de municion que canten sus hazañas y trasmitan á las futuras edades la relacion de sus manigüeras tribulaciones, para escarmiento de pícaros; pues bien : ahí están los poetas de alquiler, que harán el trabajo rebajando un diez por ciento de la tarifa.

Pero como este suspirado dia no ha llegado aún, y es probable que no llegue, para mas desgracia de tanto nuevo israelita como espera al moderno Me-

sías por el expreso de los Estados-Unidos, sospecho que va á ser eterno el mutismo á que se ha condenado en nuestros dias el *poeta de alquiler.*

AVENTURA SENTIMENTAL.

Corría el año de 1850, el que confirmó á su paso el décimo sesto aniversario de mi oportuna venida al mundo material; suceso estupendo que yo estoy encargado de acreditar, por si alguno lo duda.

Aunque este relato tiene comienzo de novela, no hay tales carneros; lo que á referir voy es una verídica historia, exacta y puntual como la visita sabatina de un *inglés*. Basta con que yo lo diga y ustedes lo crean.

Si la triste narracion de mi sentimental aventura trae lágrimas á vuestros ojos, perdonadme el abuso; más amargas las derramé yo y no me mató el sentimiento, á lo ménos que yo sepa. Los aficionados á leer cosas alegres, macarenas y jacarandosas harán bien en pasar por alto este capítulo; porque, creánlo ustedes, hay en él cosas capaces de hacer suspirar á la estátua de Colon.

Con que, iba diciendo que estábamos en 1850, fecha célebre por la pavorosa tunda que llevó en las calles de Cárdenas la cáfila de perdidos acaudillada por Narciso Lopez, que vinieron por lana y salieron *trasquilados*.

Era este servidor de Dios y de ustedes, por entónces, lo que se llama un pollo. ¡ Pero qué pollo ! para alborotar un gallinero no lo habia mas pintado, palabra de honor.

Vivia en la Habana, pero no en la Habana de hoy, sino en la de aquellos tiempos; en la Habana *que se fué*. Para explicar como *se fué* la Habana sin moverse de su sitio, necesito escribir un artículo aparte que hallarán ustedes en este mismo libro.... ó en otro lugar.

Cerca de esa capital, en una bonita *estancia* pintorescamente situada entre un rio que á duras penas pudiera pasar por arroyo, y las verdes lomas que han dado popularidad á la vetusta Guanabacoa, vivia una modesta familia, modelo de sencillez y virtud, la que me honraba con una cariñosa confianza, y cuyo afecto recuerdo siempre con gratitud.

Yo,—no hay que burlarse—gozaba en aquel círculo una fama de decidor, de poeta, que procuraba afianzar escribiendo ó improvisando incalificables sonetos y décimas sinsontiles, al lado de las cuales pasarian las del epigramático D. Domingo García por obras del mas refinado clasicismo; sin embargo, de vez en cuando solia recitarles algunos versos buenos, que, desgraciadamente, no eran mios.

Esta familia, cuyos numerosos miembros se hallan aun diseminados por la Habana, Regla y San Miguel, se componia de cerca de cuarenta individuos; pues bien, yo tenia el encargo de escribir cuarenta sonetos de natalicios anuales, sin contar los *estraordinarios* en bautizos, bodas y defunciones. Yo los *hacia, sí, y no* crean ustedes que me costaba mu-

cho trabajo; escribia infinidad de versos seguidos, cuidando algo de la medida, pero sin inquietarme mucho de la rima; después los contaba, y dividiéndolos por catorce, tenia un resultado de cuatro sonetos si aquellos llegaban á cincuenta y seis, sistema fácil que recomiendo á los fabricantes de poesías laudatorias y á todos los copleros presentes y futuros. El éxito que obtenian mis monstruosas lucubraciones siempre superaba á mis esperanzas. A la sorpresa sucedia la alabanza, después el aplauso, tras de este venia el entusiasmo y en seguida el delirio.

Y no se me tache de exajerado, ni se piense que se trata de una época lejana, y como tal de atraso, porque debo manifestar que el único mérito de esta relacion es su exactitud y que corria entónces el año de 1850.

El dueño de la finca se llamaba don Santiago y habia alcanzado en años la inverosímil cifra de sesenta y nueve; vivia aun su consorte, escelente y rolliza señora, de no muy buenas pulgas, la que le había dado un centenar de hijos que á su vez le devolvieron un millar de nietos. Conservaba á su lado á sus hijas Rosalia, Lola y Mercedes, viuda la primera, solteras las otras dos.

El *viejo* me profesaba un cariño verdaderamente paternal, lo que no impidió que *me leyera la cartilla,* amenazándome con el ostracismo si cedia á la tentacion de enamorar á una de sus hijas. Por lo demás, decia, mi casa y mi persona *enteritas* son de usted. Entónces yo le hacia mil protestas de obedecerle, le llamaba sensato y previsor en su cara *y para mi capote* tirano y estúpido

Al mes, no sé dónde ni cómo habia yo declarado á Mercedes una pasion volcánica, que estaba muy léjos aun de comprender, y ella por su parte me correspondia con un sentimiento análogo en todo, hasta en obsequiarme con la mas impertinente indiferencia. Esto no obstante nos amábamos, puesto que nos lo habiamos dicho dos veces, y además constaba en un soneto de quince renglones.

Todos los domingos comia yo con la familia; llevaba al *viejo* cuanto periódicos diarios y semanales hallaba á la mano, y miéntras él se obstinaba en descifrar la política del mundo, era víctima de la descortesía con que yo me burlaba de su prohibicion.

Llegó el 25 de Julio, dia del bondadoso don Santiago.

Se dispuso celebrarlo con toda pompa, y al efecto se preparó una gran comida, á la que deberian asistir todos los miembros de la familia, repartiéndoseles á domicilio esquelas de invitacion que yo me encargué de redactar. Todos, al par que se proponian acudir, anhelaban demostrar al generoso anfitrion su gratitud por medio del indispensable sonetazo. A mí acudieron, y yo tuve la gloria de *construir* en un par de dias el número de sonetos que constituia mi anual tarea.

La fatalidad quiso que diluviara la víspera de Santiago, de modo que el camino estaba literalmente intransitable y el arroyo que se deslizaba al lado de la casa en estremo crecido. Pero esto no fué obstáculo para que la falange de parientes y convidados se dirijiera á la *estancia* á las cinco de la *mañana del gran dia.* Yo montaba un viejo caballo moro,

que me hizo una partida moruna, el cual poseia la apreciable cualidad de *irse de manos* cuando lo tenia por conveniente, dando en tierra con su infeliz caballero.

Deseando presentarme en la reunion con la mayor decencia á que podian aspirar mis recursos, estrenaba un flus blanco, cortado por Cusell y lavado por la negra Candelaria, una corbata azul de á doce reales, zapatos franceses de corte bajo, medias de olan blancas y un finísimo jipijapa que me costó media onza, por mas que ahora apénas valdria un doblon.

Los bolsillos de mi *chupa* estaban atestados de versos de circunstancias, escritos quince dias ántes con objeto de improvisarlos en la mesa, y de los sonetos que la familia me encargára; en el derecho de mi pantalon iba cuidadosamente guardada una epístola para mi ídolo, escrita en un estilo altisonante y sentimental, capaz de inflamar el corazon del mismo D. Santiago; en ella concluia pidiéndole una cita en el colgadizo de la casa que miraba al naranjal.

Con el lodo hasta la cincha del caballo, llegamos á la *estancia*. Todos pasaron el rio sin novedad vadeándolo con sus monturas, que guiaban con suma destreza. Cada vez que uno llegaba á la opuesta orilla, era acojido con gritos de júbilo por todos los que se hallaban estendidos en ella presenciando la operacion. Yo fuí el último, lo que me trajo involuntariamente á la memoria aquello del último mono. Saqué los piés de los estribos, los subí sobre la grupa por temor de ensuciar mi blanco pantalon, dí un apabullo á mi sombrero, que se me coló

hasta las cejas, y poniendo mi corazon con Dios y mis ojos en las turbias aguas que iba á atravesar, entré en el rio.

—Cuidado! me gritaron los que me esperaban con los brazos abiertos.

—Por aquí, por allá, despacio, *jale las riendas, apée las patas*, ahullaban todos simultáneamente.

Mercedes, inclinada sobre el mismo rio, seguia con ansiosa mirada mi peligrosa travesía. Ella recordaba sin duda en aquel momento, que yo le traia el prometido *velso* para su *taita*.

Palpitante de emocion y miedo, llegué al centro del rio, es decir, á su parte mas honda; el agua cubria el pecho del caballo, y este, alzando bruscamente la cabeza, comunicó á todo su cuerpo un sacudimiento que me puso á dos dedos de la inmersion; despues adelantó unos pasos, parándose en seguida: Yo quise ostigarlo tirándole inconsideradamente de la brida, y se encabritó; asustado bajé los piés, y al hacerlo tuve la mala suerte de rozarle el vientre con la espuela; sentirla el *moro*, dar un salto, y fiel á su tradicional costumbre, irse de manos, lanzándome en el rio, todo fué uno; un grito inmenso resonó en la orilla, porque de todos era conocida mi absoluta ignorancia en la natacion. En vano procuré, haciendo esfuerzos desesperados, subir á flor de agua; las riendas del caballo que se habian enredado en mis manos, me impedian todo movimiento, y tragando agua sin cesar, aterrado por un fin que creia próximo, perdí el conocimiento....

Cuando volví en mí me hallaba sentado en la sala *de la casa, siendo* objeto de la mayor solicitud y ca-

riñosos cuidados por parte de todos. Chucho, Miguel y Avelino, al verme en el rio, se arrojaron á él salvándome sin grande esfuerzo.

En cuanto pude hablar traté de ponerme á la altura de la situacion y evitar el ridículo de la caida, procurando reirme y tranquilizarlos, pero al echar una mirada sobre mis vestidos empapados en agua, no pude contener una dolorosa exclamacion. Chupa, pantalon y chaleco desaparecian bajo una espesa capa de lodo, del que no se hallaba exenta la corbata; las medias tenian un color estraño, y para mayor desventura habia perdido un zapato; el sombrero fué encontrado á media milla del sitio de la catástrofe. Fué preciso mudarme de ropa, lo que no se consiguió sin muchas dificultades, porque no la habia que me sirviera; Chucho era muy alto, Miguel muy gordo y Avelino muy gordo y muy alto. El bueno de D. Santiago me sacó de apuros, cediéndome un pantalon azul, de *huesito*, que ni me subia de las caderas, ni me bajaba de los tobillos; una camisa de color con dos velas latinas por cuellos y un dedo de puños, y unas pantuflas amarillas que habian acabado por humillar el talon al verse rebajadas á la categoría de chancletas. Equipádo de este modo, no pude por ménos de establecer una desanimadora comparacion entre el presente y el pasado, y mi corazon consagró un hondo suspiro á la pérdida de sus *elegantes* ilusiones. Mercedes se burlaba despiadadamente de mi facha, haciéndole coro todos los que tenian necesidad de alguna cosa que los divirtiera; esa cosa fuí yo.

Una criada tomó á su cargo reparar el daño la-

vando mi ropa, y halló la carga de papeles que contenian los bolsillos, los cuales me trajo en el acto. D. Santiago se comisionó de arreglarlos, como hombre experto en materias literarias, y yo, que andaba mohino y de maldito humor por mi triste aventura, le dejé hacer.

Llegó la hora de comer, pero á pesar de cuantos esfuerzos se hicieron para que en la comida reinara la franca alegría que siempre las animaba, está fué silenciosa, casi triste. D. Santiago, sobre todo, parecia muy preocupado y evitaba responder á mis interpelaciones, ó lo hacia á medias, sin dignarse apénas mirarme. Yo estaba avergonzado, confundido, sin poderme explicar tan repentino cambio en un hombre que un momento ántes me llamaba su hijo y estrechaba mi mano con efusion. Como sucede en semejantes ocasiones, el descontento del dueño de la casa se reflejó en el rostro de los demás; todos estaban graves, pero engullian como unos condenados y devoraban lechones y pavos, quesos y dulces con el rostro mas compunjido del mundo.

Terminada la comida, D. Santiago, su esposa y su hija mayor se constituyeron en junta extraordinaria en la habitacion del primero; se ocupaban de mí. Los demás establecieron un juego de prendas en el que me ví obligado á tomar parte; no recuerdo bien qué juego era, pero estoy seguro que perdí mi nombre de pila para llamarme *calabaza* por espacio de dos horas.

Interin jugábamos, Rosalia dejó á su padre para cerciorarse si ya se habia secado mi ropa, que *estaba tendida en* la baranda del colgadizo. A los diez

minutos la señora de la casa repitió la operacion y poco después el mismo D. Santiago se puso á palparla, esclamando en voz alta que ya estaba suficientemente seca.

La crísis se acercaba; yo comprendí, la pulla y levantándome del juego me dirijí á D. Santiago.

—Ya está su ropa seca, me dijo.

—Sí, le contesté, y voy á ponérmela en el acto.

En cuanto estuve vestido le supliqué me mandara ensillar el caballo, porque deseaba dormir en la Habana.

Él no hizo la menor objecion, y hasta ayudó á *habilitar* al maldito *moro* ; tal era la prisa que tenia porque yo tomara las de Villadiego. Me despedí de la reunion dejándola estupefacta con mi brusca partida, y con el rostro encendido de vergüenza salté sobre el caballo ; D. Santiago le sujetaba por las bridas, y al entregarme estas le tendí mi mano, sin atreverme á decirle adios.

—Jóven, me dijo con un tono en que se notaba la amargura del resentimiento, yo le he abierto á usted las puertas de mi casa y las de mi corazon, y usted en pago ha tratado de seducir á una hija mia : tengo de ello una prueba irrecusable en esta carta, en la que le propone usted una cita en el naranjal y á una hora en que nadie puede tener ganas de comer naranjas.

Y me enseñó la que con tanto esmero llevaba yo guardada en el bolsillo del pantalon.

—Por lo tanto, continuó conmovido, usted no debe volver aquí, porque eso seria destruir mi tranquilidad ; yo lo perdono y aun lo disculpo, porque

se halla usted en la edad de las imprudencias, pero no desee usted ver mas á Mercedes, y esté seguro que á pesar de la medida violenta que me veo obligado á tomar, siempre le profeso el mismo cariño.

—D. Santiago, le respondí, no pretendo disculparme, aunque pudiera hacerlo, fundado en la pureza de mis intenciones, ; pero ya que usted lo desea, le juro que desde hoy renuncio á su hija para siempre, y evitaré verla ; mi conducta le convencerá que si he abusado de su confianza, aun soy digno de su aprecio.

Dicho esto partí llorando como un niño, es decir, como lo que era.

***

Algun tiempo después Mercedes se casó y no fué feliz. Yo cumplí mi palabra : no he vuelto á verla.

A los ocho años del lance que he referido me encontré con D. Santiago en el pueblo de Regla. Nos dimos las manos con verdadero placer, y por él supe el fallecimiento de su esposa y la viudez de su hija Mercedes, así como otras desgracias de familia ; habia vendido la estancia, donde tan deliciosos ratos pasábamos un tiempo, y estaba muy acabado por los años y aun más por los disgustos.

Yo le recordé la aventura ; un vivo sentimiento de pena se pintó en su respetable semblante y me suplicó le perdonara el ultraje, á lo que respondí dándole un abrazo. Al despedirnos me dijo :

—Por qué era usted tan niño en aquel tiempo! !

EL LUSTRE.

Hé aquí, lector, un título que le vendría como de molde á la tienda de un limpia-botas.

Á mí se me ha ocurrido miéntras limpiaba las mias, tarea á que diariamente me condena la total ausencia de un criado que jamás tuve; así es que yo mismo me las lío y me hago el avío.

¡ El lustre ! Me ha caido en gracia esta palabrilla, y me quedo con ella para encabezar el presente parto de mi magin ; de este modo estoy seguro de escribir un artículo *brillante* á fuerza de ser *lustroso.*

Estamos corriendo un tiempo en el cual lo que no brilla cae en desuso y és desechado por inservible ; por eso hoy brilla todo, así los hombres como las cosas ; el consumo de barniz es inmenso, fabuloso. ¡ Ya se vé ! hay hombres que para darse lustre gastan los dias de trabajo tres galones y cuatro los domingos.

Antes se clasificaban los grados de la inteligencia humana por medio de adjetivos que ya hoy no se estilan ; habia talentos profundos, despejados, sutiles, claros, verdaderos y falsificados ; hoy esta *variada nomenclatura* se halla simplificada y redu-

cida á una sola expresion : no hay más talento que el talento brillante.

Ha de ser brillante la palabra hablada y brillante la palabra escrita, para obtener diploma de admision ; todo el mundo puede emprender cualquier carrera, seguro de hacerla brillante. No hablo de las de baquetas, las más brillantes de todas, por virtud del polvo de esmeril.

La idea que resalta en tal ó cual obra dramática podrá no ser buena, pero de seguro será brillante, y brillante tambien la representacion de esa misma obra, y la concurrencia que asista á escucharla, y el éxito obtenido. Hasta el *coliseo* estará esa noche brillante, no obstante la mala calidad del gas : esto lo aprendí yo corrigiendo pruebas de gacetillas, con que ya ven ustedes si estaré enterado.

La mujer, esa apetitosa chuleta masculina, extraida á nuestro padre Adan sin el auxilio del cloroformo, esa mejorada y viviente copia de nuestra madre Eva, que circula por millones de ejemplares en todo el mundo conocido y por conocer, esa criatura dulce y retrechera, tiene tambien que brillar en esta época de brillantez, en la que se abusa del lustre hasta el desperdicio y el chorreo.

¡ Y vaya si brillan nuestras damas al presente ! Sobre todo, cuando se engalanan con muchísimos brillantes, probando así que en la profusion reside el buen gusto ; ya los cuelgan en el puntiagudo cono que representa su alto tocado ; ya en el ancho relieve de su bajo escote, ya utilizan sus lumínicos rayos para combatir las tinieblas que circundan á la *pudorosa liga* en su honesto retraimiento ; y yo no

sé quién tendría tan mal corazon que les impidiera usarlos en el cielo de la boca.

El asunto principal para ellas y nosotros es darnos mucho lustre y demostrar que lo tenemos del legítimo ; si no lo hay en casa, se le pide al vecino, que nunca falta quien dé una buena mano de charol, á bajo precio ; no basta tener importancia, es preciso pregonarla á grito herido y ostentarla flamante, barnizada, acabadita de estrenar.

Cuestion de lustre : la mismísima cuestion que sostengo yo todos los dias con mis desvencijadas botas.

Nada mas fácil que seguir la moda, porque el hacerlo no cuesta muy caro ; para darse uno tanto lustre que deslumbre al prójimo, basta poseer un empleillo de tres al cuarto, ó tener mérito bastante para ser meritorio en una oficina pública donde nada tenga que ver el público. Suele conseguirse idéntico resultado cuando se tiene un primo alcalde ó un amigo periodista ; esto último es lo mas barato, porque los periodistas dán lustre de balde á todo el que se lo quiera pedir, y pagan el material de su bolsillo, sin cobrar nada por la mano de obra ; son verdaderos sastres del Campillo.

El lustre periodístico solo tiene un inconveniente ; suele caerse pronto, porque á menudo es de mala calidad : hay en él algo que se despega, ó cosa así, que hace sospechar sea de pacotilla ; por eso es indispensable retocarlo con frecuencia ; el mejor que fabrican los escritores se lo reparten entre sí, dándoselo unos á otros con despreocupacion ejemplar. ¡ Música !

Con el tá, y el té,
Y el *toma* y *dame* charol
Y dámelo bien.

Es verdad que todo ese brillo postizo es necesario para hacer pasar por erudito á mas de un periodista *de pega* que usurpa con desfachetez increible un puesto en la redaccion de un diario, donde ha sabido introducirse en álas de su presuncion.

Y véalo V. después de haberse expedido él mismo su diploma de literato, como se pavonea por la calle, echa plantas en el teatro, se dá tono en el paseo y vá esparciendo tal aire de suficiencia, que no es posible echarle la vista encima sin soltar la carcajada al ver tanta pedantería, tanta vanidad y tanta miseria *con lustre!*

Y no hay que hacerle reflexiones juiciosas; el erudito á la violeta que se dá á *periodiquear* es sordo á toda voz que no sea la de su amor propio; él se rodea de una atmósfera tal de tontería, que lo hace inabordable para la sana razon. Ignorante y engreido, jactancioso y superficial, el sábio por virtud de la enciclcpedia es la mas perfecta negacion de la inteligencia y del pudor, así como tambien una deplorable y exacta muestra de incorregible fatuidad.

Lo que es para mí tienen mucha sandunga esos necios embadurnadores de cuartillas, cuando los oigo hablar de hombres ilustres en las letras, cuyas obras han leido.... que se venden en tal ó cual parte: para ser literato de este jaez, es preciso no tener en el rostro cierta *sensibilidad* que solo conocen los hombres de vergüenza, y poseer unas anti-*parras de oro ó* cosa que lo parezca.

Después, una mano diaria de lustre, confeccionado en casa, y ¡ á vivir ! No necesita más para brillar á los ojos de los tontos.

El lustre que yo uso me lo hago yo mismo, y lo comparto fraternalmente con mi calzado. Pero, debo confesar mi torpeza ; por lo regular lo echo á perder. Siempre se me quema la preparacion y muchas veces se rompe el puchero.

En resúmen : ¿ conocen ustedes la zarzuela *El último mono ?* Pues en ella se desarrolla magistralmente la teoría del lustre : todos los personajes se lo dán ; en cuanto á la práctica es cosa de hallarla en todas partes ; su aplicacion es universal.

MODAS POLITICAS.

MR. THIERS.

Mr. Thiers es y ha sido el hombre de todas las situaciones desde que hizo sus primeros peninos en política.

Ultimamente ha hecho mas que Guillermo de Prusia, y eso que Mr. Thiers no tiene hulanos.

En el dia monopoliza la atencion universal; tanto se habla de él, que ya se ha hecho de moda el no dejarle en paz.

¡Dichosa paz! No parece sino que los desagradecidos franceses se han propuesto turbar la adquirida por Mr. Thiers casi de balde: dos retazos de la Francia y unos insignificantes milloncejos, que se cuentan por miles, ha venido á costar por junto. ¡Valíente miseria!

Las modas á lo Thiers tienen eso: cuestan caras, por lo ménos así se viene repitiendo desde el reinado de Luis Felipe.

Á pesar de su talla microscópica el eminente tribuno ha logrado que se le tenga por hombre grande. Yo no le niego la grandeza; es un gran hombre que puede bañarse á gusto en una chocolatera.

¡ Pero tiene unas agallas !

Y como precisamente es cuestion de agallas la cuestion de gobierno, ahí tienen ustedes. explicado el por qué de la antítesis.

Lo más admirable en este sujeto es su vivacidad, que compite con su sensiblería. Es una ardilla que llora á moco tendido.

Lloró en Paris, lloró en Burdeos, lloró en Versalles; y al enjugarse la última lágrima que le arrancó la pátria desventura, tomó asiento distraidamente en la poltrona presidencial, alquilada á la voluntad nacional por tres años, que transcurrirán felizmente, si Dios y los *rojos* no disponen otra cosa....

Sus colegas, conmovidos por el inmenso dolor recientemente exhibido por el hombre de estado, y por el estado de sitio, hoy lo contemplan con catalejos encaramado á una altura tal que lo *imperceptibiliza.*

Hasta esa incomensurable cuanto democrática altura ha ido á buscarle una carta de Su Santidad, felicitándolo por su ascension, y encargándole de paso eche una protectora mirada sobre Roma, siquiera sea á vista de pájaro; y aunque Mr. Thiers no es mal pájaro y tiene una vista de lince, no se dió por aludido. Lo que sintió fué una cosa parecida á la gratitud y otra que podria tomarse por remordimiento, y fiel á su sentimentalismo tradicional, porque hay mucho de tradicional en Mr. Thiers, aunque lo disimula, lloró.

Eche usted perlas !

Mal sentó la congratulacion papal al emperador *cesante,* porque á la carta al jefe republicano con-

testó con otra al vicario de Cristo, en la que seguramente le dirá:

—"Señor, qué mistificacion es esa! Con que también Su Santidad se *recopila agreste* por el triunfo de un demagogo de similor? Quién me lo habria de decir! Oh tempora! oh mores! Oh aquellos tiempos en que era yo el mocito del barrio y todos ustedes me hacian carocas para tenerme propicio!

"Aprended, hombres, en mí
lo que vá de ayer á hoy."

Y otras jeremiadas por el estilo. Nó, lo que es razon no le falta á don Luis para quejarse y poner el grito en el cielo; si, señor, en el cielo, que es el único tribunal competente para el caso..

Esto viene á probar lo que ya dije: que á pesar de su respetable y empolvada antigüedad, Mr. Thiers está de moda. Tan cierto es que las modas vuelven.

Sus enemigos dicen que le falta energía, y esto después de haberse portado en el asunto de la *Comunne* como hombre de buen estómago.

Agregan que es demasiado católico, demasiado borbónico, demasiado ambicioso y demasiado viejo; de lo que se desprende que en el sentir de algunos, todas son *demasías* en un hombre que por lo aprovechado y manuable no tiene desperdicio.

Demasiado cuco sí que es Mr. Thiers. No hay más que ver cómo, á pesar de ese catolicismo que tan bien le sienta, dió un banquete al representante del rey de Italia, representacion excomulgada de un escomulgado rey.

Y cuentan que el *gaudeamus* fué del número uno.

Si yo fuera Pio IX, no le escribia mas cartas á un hombre que se permite semejantes compañías.

Obsérvese tambien el tremendo esquinazo que dió al conde de Chambord, para recibir la visita del tuerto Gambetta, influencia, si no tan legítima como la del señor conde, más positiva por lo menos, sobre todo en el lado izquierdo de la Cámara, donde Mr. Gambetta es una potencia zurda.

Examinemos atentamente cómo almuerza en Paris con el prusiano Manteuffel, pagando el gasto, y come en Suiza con el ruso Gorstchakoff; en estos convites hay que admirar la impertérrita aficion que Mr. Thiers conserva á los pasteles, desde los buenos tiempos de Cárlos X.

Es verdad que le sobran lo menos cuarenta años de su setenta y pico para estar en disposicion hábil de prometer y prometerse gobernar en Berlin por algunas semanas, como su pueblo se lo pide á gritos, deseando el desquite; él consulta las más acreditadas tablas de mortalidad, buscando para su uso un término medio que sea fatal á su contemporáneo, el simpático Guillermo. Algo bueno ha debido averiguar Mr. Thiers, que le ha hecho decir:—El tiempo nunca es corto cuando se aprovecha bien. Aprovechémoslo. Comámonos á Gortschakoff, quiero decir, comámos con este caballero, y algo se adelanta, porque ¡ pueden salir tantas cosas buenas de una buena comida!

Y tiene razon. Hemos llegado á una época de perfeccion supina, en que todos los mas intrincados problemas políticos se resuelven comiendo; no hay *mejores principios* que los que se digieren bien.

—— ——

Es un gusto lo que abre las ganas la diplomácia; apénas se concibe un mediano arreglo internacional, sin que le preceda un convite exuberante; y es que el gérmen de las grandes ideas lo tienen los políticos del dia en el estómago. De algunos años acá, no hay pacto político, convenio postal ni declaracion de guerra que no trascienda á estofado!

La perspicaz mirada de los situacioneros se aparta con desden de los gabinetes ministeriales para fijarse ávidamente en las cocinas; donde quiera que guisan, allí es seguro que existe el peligro.

Si dos emperadores descienden á la categoría de simples caballeros particulares y se propinan una comida decente en Gastein, gastando un caudal, el vocinglero telégrafo exclama escandalizado: "Los *consabidos* comen amigablemente en un mismo plato. Señal infalible de alarmante confianza."

Y responden los ministerios á una:—¿Comen, eh? pues alerta! la pátria está en peligro.

—Thiers y el ruso, añade el chismoso alambre, almuerzan desesperadamente en dulce amistad.

Y contestan los padres de la pátria:—¿Almuerzan? Pues no hay tu tia ¡á las armas!

Vamos, que no hay medio de que los hombres de gobierno coman en paz sin que haya gente mal educada que cuente los bocados, y luego....sume.

Pero, señores, vengan ustedes acá: ¿no comemos todos? ¿hay algun privilegiado mortal, excepto el rocin de don Antonio, que pueda vivir sin el prosáico sustento que nutre á la materia?

Creo que he dicho algo.

Dejemos comer á los que tienen la habilidad de asegurarse la pitanza, y no armemos cabildeos, que á nosotros sólo nos toca, pagar al fondista.

Eso está de moda, como Mr. Thiers.

EL BODEGUERO

DE LA ESQUINA.

Escrito está el título, y no hay mas remedio que apechugar con el resto.

El bodeguero de la esquina de mi casa vá á suministrarme asunto para este artículo; será una atencion que deberé á mi honrado vecino.

Por mas que otros muchos se hayan ocupado ántes que yo de mi héroe, no desisto de mi empeño. Yo he de decir verdades como puños, sin rodeos ni adornos, verdades que aquellos otros se dejaron en el tintero con estudiada malicia.

El bodeguero ha dado asunto para más de un artículo de costumbres, pero nunca ha sido juzgado con imparcialidad; es una medalla que se ha tenido particular cuidado en presentar solo por el reverso.

Se le ha zaherido, sacando á plaza detalles insustanciales, inherentes á su industria al por menor, y pare usted de contar; á esto han limitado su estudio aquellos que manejaban el pandero de cierto género de literatura, en los venturosos tiempos en que Cárlos Manuel se despepitaba revolviendo papeles

apolillados para probar al mundo su ráncia nobleza española.

¡Oh! qué tiempos aquellos !—Vamos al grano.

El bodeguero de la esquina de mi casa es el mismo que tiene su bodega en la esquina de la casa de todos y cada uno de ustedes; si en esto hubiera alteracion, será por culpa de los últimos, nunca por parte de mi tipo; cualquiera de mis lectores se podrá creer dispensado de tener casa, pero un bodeguero sin bodega, es cosa que no se encuentra por todo el oro del mundo.

Conste, pues, que *el bodeguero de la esquina* es un tipo general, que se estiende, multiplica y prodiga hasta ponerse al alcance de la mano de todo vecino que no sea manco.

Le contemplo desde mi ventana; allí está perpétuamente tras el mostrador, feliz y tranquilo, modelo de constancia y de paciencia, ocupado en labrarse un modesto porvenir por los mismos medios de que se vale la gota de agua para horadar la piedra.

Entró en la bodega á los quince años, hoy tiene treinta; ha sepultado en la trastienda los mejores años de su vida, pero él no se apercibe de su sacrificio; jamás piensa en el pasado; solo tiene pensamientos para el porvenir, vive en el mañana; volver hombre al lugar que le vió partir niño, sorprender á su buena madre con la poblada barba que echó por estos trigos, adquirir la propiedad de los terrenos que su anciano padre fecundizó con el sudor de su frente y cuyo arriendo le cuesta un ojo de la cara, y morir respirando el aire de la pátria, tan necesario á sus pulmones: hé aquí su sueño dorado.

Al presente, sus afanes tienen por exclusivo objeto crearse una intachable reputacion comercial. Además abriga otro deseo, el de la supresion de las *contras.*

Hace quince años era sencillo, cumplido, servicial y humilde.

Pero muy pronto repetidos chascos y desengaños crueles le hicieron guardar, empaquetándolas cuidadosamente, esas recomendables virtudes, y las arrojó al fondo del baul, rotulándolas de este modo: "Música celestial." Conservóse honrado y bueno, pero tornóse suspicaz, observador, incrédulo, y convencido de que ya no se amarran los perros con longanizas, resolvió no dejarse comulgar con ruedas de molino. Y tuvo razon.

Miéntras se prestó dócilmente á dejarse explotar por sus parroquianos, se vió adulado, mimado y enaltecido; mas tarde fué escarnecido y calumniado, precisamente cuando notó que por dar de comer al hambriento podia muy bien quedarse él sin tajada.

Blanco de los tiros que sin cesar le asestan cuantos quieren vivir á costillas del prójimo, el bodeguero de la esquina no tiene mas remedio que estar siempre vigilante y á la defensiva; ha hecho de la bodega una fortaleza, una batería del mostrador y ha colocado la santa Bárbara en el cajon del dinero; tiene en cada botella un revólver, un proyectil en cada queso, y se ha hecho de su voluntad una impenetrable cota, con la que se cree *blindado.*

Atrincherado en sus posiciones espera sereno, de noche y de dia, los ataques de su solapado enemigo; *conoce la tierra que pisa*—¡ vaya si la conoce!—á la

gente y á la época, y domina la situacion. No hay medios vergonzosos que ciertas gentes no admitan como lícitos para emplearlos contra el bodeguero de la esquina, desde el ataque á mano armada— léase robo directo— hasta el sistema de sorpresas, representado por una peseta falsa.

La Providencia, dicen, se presenta á los mortales bajo múltiples aspectos; yo lo creo tambien, porque he visto al bodeguero de la esquina representar mas de una vez á la Providencia.

Por aferrado que esté á su propósito de no *fiar* nada ni *fiarse* de nadie, él siempre dará el chocolate para la vecina pobre que está de parto, la panetela para acallar al reciennacido y el aceite de almendras, el pedazo de pábilo, la cazuela nueva y el aguardiente de Islas para usos mas secretos.

Y si se muere el chico, ¿cómo es posible que el bodeguero tenga entrañas de piedra berroqueña á la vista del cuadro desgarrador que presentan los dolientes y sus numerosos amigos en víspera de cenar? No, no es capaz de tanta crueldad, y en prueba de ello ahí van queso, galletas, café y vino para que el sentimiento no sea cosa de cuidado.

Porque, como dice con mucha gracia el padre de la criatura, para algo ha de servir el *miserable* del bodeguero.

¡ Pobre bodeguero ! donde quiera que siembra un beneficio cosecha una ingrato !

Todos le hacen traicion, ménos un paisano suyo, portero de la casa de enfrente, voluntario realista del tiempo de Morillo y narrador sempiterno de la *jornada del* puente de San Payo; esta alma leal y

franca hace que se conserve el calor de la amistad en aquel corazon aislado trás el mostrador.

Un dia el bodeguero de la esquina recibe un papelito de la vecina del lado, que dice así :

"D. Facundo, no le mando el *pico* que le debo, "porque mi marido me ha declarado solemnemente "que no tiene pico; voy á salir con la niña á casa "de un pariente que nos lo proporcione, pero ni la "pobrecita ni yo tenemos zapatos. Mándeme usted "un doblon, que todo se lo pagará junto su servi-"dora.—*Tulita.*"

D. Facundo lee, reflexiona y vacila en resolver; piensa en la niña, que si no tiene zapatos tiene ya diez y siete años cumplidos; confiesa que mas de una vez le ha hecho guiños, porque al fin, cada uno tiene su alma en su almario, y entrega el doblon á un chico que debe ser de la familia de doña Tula porque yá descalzo. D. Facundo canta:

Cuando ménos lo pienso
te me apareces
con la pata en el suelo
y el pelo suelto;
porque tú quieres
que yo viva en el mundo
abochornado.

Al otro dia la casa de doña Tula amanece vacia. D. Facundo pagó la mudada, y todavía quedó para un mazo de tabaco *fuerte.*

Al entrar en su nueva morada dice doña Tula riendo :

—¡ Qué cara pondrá cuando se entere ese *maldito* bodeguero !

***

Cheito es casado, tiene cinco hijos y hace ya un año *que no dá un golpe*, segun su pintoresca expresion.

Yo no quiero decir por qué no encuentra trabajo Cheito.

A las nueve de la noche entra en su casa; su pobre muger está rodeada de sus cinco hijos que lloran pidiendo pan ; ella no llora ya, que tambien se agotan las lágrimas.

La vacilante luz de una raquítica vela de sebo derrama su dudosa claridad sobre ese lastimoso cuadro de humana miseria.

—Por Dios, Cheito, le dice su mujer al verle entrar, consuela á estos angelitos, que con sus llantos me parten el alma ! Quisiera morir para no verlos en este estado !

Cheito se estremece, sale á la calle, vacila un segundo y en seguida se dirige con ademan resuelto á la bodega de la esquina, propiedad de nuestro conocido D. Facundo ; con acento desgarrador suplica á este que lo saque del terrible lance é invoca el nombre de sus hijos; no los tiene D. Facundo, pero comprende el dolor de Cheito, y aunque este lo tiene ya *cojido*, recuerda que es cristiano y que Dios ordena la caridad ; sin decir palabra dá cuanto le pide.

¡ Si ustedes oyeran entónces las protestas de gra-

titud de Cheito! En dos saltos se planta en su casa y coloca con aire de triunfo sobre la mesa un pañuelo atestado de comestibles.

—¡ Pan! exclaman á una los pobres niños abalanzándose á la mesa.

—¡ Dios se lo pague! dice la pobre madre, á la que el regocijo ha devuelto sus lágrimas.

Durante media hora no se habla mas; todos comen.

La esposa rompe el silencio.

—Dime, Cheito, ¿ quién nos ha hecho esta obra de caridad?

—El *pícaro* bodeguero! contesta el marido con voz sombría.

*
* *

Cheito y doña Tula no son entes escepcionales; por desgracia constituyen tipos, como otros que con el tiempo sacaré á relucir; les doy á ustedes mi pa labra de honor.

ASOCIACION DOMICILIARIA.

Confieso la verdad; por muy contento que esté, en cuanto tomo la pluma para dar comienzo á uno de estos cuadros que voy bosquejando, y que pudieran llamarse de *miserias humanas*, se apodera de mí un humor más negro que el alma de un prestamista; es decir, me coloco involuntariamente en la peor condicion de ánimo que pueda darse para escribir un artículo festivo.

Porque ha de ser festivo, espiritual, revoltoso y alegre como unas castañuelas el artículo que yo mismo me exijo para mi *¡Alza, pilili!* Así me lo he hecho saber con todas las formalidades de estilo, y francamente, ese encargo de hacer reir es el que me dá ganas de llorar.

Tan es así, que acabo de hacer un *puchero*.

Es el caso que yo saco mis asuntos de esas humanas miserias con que á menudo tropezamos en la vida real, y de las cuales apartamos *los ojos con horror y el estómago con asco*, como dijo elocuentemente el marqués de Valdegamas, refiriéndose á otras miserias *mucho más miserables* que las mias.

Y las llamo mias, aunque son del prójimo, porque prójimo soy yo tambien, al que amo como á mí mismo, cumpliendo el caritativo precepto de la doctrina.

Hablar de *miserias* con tono alegre, equivale á cantar coplas del fandango con música de responso, ó el *Negro bueno* en una reunion de personas decentes.

Jeremías no puede acompañar sus lamentaciones con el sonsonete de los cascabeles de Momo.

Más fácil seria que Jordan y Quesada atentasen á la virginidad de los chafarotes que le han regalado las consabidas señoras de pelo suelto, cuando no de pelo corto.

Yo soy un filósofo optimista—salva sea la parte—lo razonablemente estúpido para trabajar sin descanso en pró de la armonía universal, de la afinidad y recíproca consecuencia que deben guardar entre sí las aspiraciones humanas en todas sus relaciones.....hasta donde me alcance el resuello; con lo cual dejo dicho que estoy aviado.

Y que me divierto.

Juzgo á mis lectores aplastados por este trozo de filosofía laberíntica, y renuncio generosamente á acabar con ellos.

Conste por lo que he dicho, si he dicho algo, que ahora no me dá el naipe para escribir en humorístico estilo, y adopto el tono sentimental, para denunciar actos de la mas feroz tiranía, consumados por los caseros al *por menor*.

"Se alquilan cuartos para hombres solos." Así di-

cen miles de letreros escritos con gruesos caractéres en las puertas de igual número de casas.

No hay quien no los haya leido, porque pululan por donde quiera, como pregonando una mercancía por muchos solicitada.

Pero ¡ á cuántas reflexiones no dan pábulo estas palabras : "se alquilan cuartos para hombres solos !"

Á mí, por lo ménos, me han sugerido muchas y muy amargas, que iré exponiendo lo más alegremente que me sea posible.

He pensado :

Esas palabras envuelven una idea de lucro concebida por el egoismo.

Son, puede decirse, la síntesis del monopolio.

Voy á dividirlas, cortando por lo sano, para analizarlas en detalle ó por entregas, como las novelas de Parreño, Perez Escrich, &c.

Hé aquí una *etcétera* equivalente á 9,999 nombres propios por lo bajo.

Se alquilan cuartos, primera mitad, indica : que hay quien vende por una suma estipulada, el derecho de vivir bajo su mismo techo al primer quídam que se presente ; que esa suma forma parte de un indispensable presupuesto de ingresos, discutido maduramente y aceptado con exacto conocimiento del pró y el contra ; por lo tanto, representa una ganancia y arguye una necesidad.

Aquí tenemos el domicilio al alcance de todas las fortunas.

El sistema de asociacion aplicado á la vida doméstica.

Veámos la segunda mitad.

10

Para hombres solos quiere decir : el que dá en alquiler sus habitaciones con esta claúsula inapelable, teme que los niños le recuerden con su ingénua algazára el derecho que tienen de estar alegres en la casa que paga su padre ; teme que este invierta en pan el importe de la mesada ; teme qne la pobre madre usurpe una hornilla en la cocina, y aproveche unos cuantos rayos de sol para secar en el patio la ropita de sus hijos ; teme, en fin, el más terrible de los contagios : el contagio de la desgracia. *Los hombres solos* no tienen esos inconvenientes ; de dia, por lo regular, están fuera de casa, y abandonan su cuarto á merced de su casero, en cambio de una escobada, una taza de tila ó la pegadura de un boton ; pagan al contado, y su dinero, que significa una utilidad realizada sin riesgo ni contrariedades, puede considerarse como el producto de un trato leonino.

Esto es la usura aplicada al inquilinato.

Es el ejercicio de esa ley que el vulgo llama con feliz espresion *ley del embudo.*

La frase : *se alquilan cuartos para hombres solos,* hermana la humildad de la súplica con la arrogancia de la negativa.

Yo miro en ella á la necesidad imponiendo condiciones.

Al mendigo exigiendo una rica mesa para devorar las migajas que le otorgára la pública conmiseracion.

Es, en fin, el fruto de la union del privilegio con el egoismo.

Tales palabras parecen escritas con el propósito

de echar en cara á los padres de familia el *crímen* de tenerla.

Son el centinela encargado de decirle : "aquí se halla lo que buscas, pero ¡vete de aquí!"

Leyéndolas, recuerda uno involuntariamente el suplició de Tántalo.

—Me parece que cuanto voy diciendo es de lo más divertido.—

Para saber cuán desconsoladoras son, con cuánta amargura habrán sido deletreadas más de una vez, es preciso identificarse con esos infelices para quienes constituye una negativa cruel.

Nada más triste que este diálogo:

—¿Me alquila V. un cuarto?

—No hay inconveniente, con tal que V. no tenga familia.

—La tengo, sí señor.

—Pues no me es posible. Debiera V. haber leido la tablilla; yo no alquilo cuartos sino *á hombres solos.*

Y el hombre que por no ser solo se vé lanzado de allí, tal vez enjuga una lágrima de desesperacion, y sigue su camino con el corazon desgarrado por la pena, en solicitud de un pedazo de techo á cuyo amparo sonrian sus tiernos hijos.

Si fuera *hombre solo*, otro gallo le cantára.

Sin duda porque entónces tendria el mérito del egoismo.

¡Bravo contraste, á fé mia, pero perfectamente de acuerdo con el mercantilismo de la época!

Tomado el asunto como cuestion de derecho, ya es otra cosa : es innegable que cada uno puede hacer de su propiedad lo que más le convenga.

Es tal la fuerza de este argumento, que desde luego me declaro vencido.

Pero se podría replicar :

El que alquila cuartos, haciendo de este manejo una especulacion, debe cederlos al primero que se los pida, así como el vendedor de naranjas no elije compradores.

Podrá un inquilino ser mejor que otro, convenido ; para hay tambien un medio de evitar el riesgo : no alquilar cuartos á nadie.

Antes he dicho que las palabras *se alquilan cuartos para hombres solos*, eran la síntesis del monopolio.

Ahora añado : son la negacion de la caridad.

***

Lector, te compadezco ; eres bueno y la lectura de las precedentes líneas habrá llenado tu alma de indefinible tristeza.

¡Y yo que me habia propuesto divertirte!

Así es el mundo.

La risa nunca es mas sonora que cuando mejor quiere disculpar al llanto.

La necesidad de sentir, existe ; pero solo puede aceptarse como de contrabando. Sintamos, pero que nadie lo sepa, porque ¡qué diria el mundo si nos viera llorar!

El hombre qne no haya aprendido á sacrificar la ternura de su alma en ara de las conveniencias sociales, es un tonto de capirote, indigno del honor *de haber nacido* en el siglo XIX.

¿ No piensas lo mismo que yo, lector de mis entretelas ?

Apuesto á que sí. Tú sabes que basta levantar una punta del dorado manto con que la sociedad encubre sus monstruosas deformidades, para tener motivos de exclamar.

—*Miseria ! miseria !! miseria !!!*

¡TODO PASA!

Todo pasa, todo, hasta las pesetas de cobre, por más que otra cosa diga Manuel del Palacio.

Los dias, los años, los siglos, las generaciones se empujan y atropellan por correr desatentadas á hundirse en el abismo insondable del no sér, envueltas en el sudario del olvido. Tal es la ineludible consecuencia de la instabilidad humana, lado flaco de esta pícara vida que llevamos á remolque, tropezando y cayendo.

Todo pasa. Pasó la interinidad y la fiebre *icteroide* en España, el cólera morbo y las lógias masónicas en Cuba, el Imperio en Francia, el poder temporal del Pontífice y el huracan de Octubre.

Pasó la servidumbre oficial en Rusia, la nacionalidad poláca, el recuerdo de Troppman, la privanza de Marfori, el concilio ecuménico, el rumbo de los laborantes, el reinado de la *Commune*, y pasó Bismark el sarampion, y pasó tambien el dinero de San Pedro á manos ménos apostólicas.

Pasaron ¡ay! los buenos tiempos en que se creía en brujas y se amarraban los perros con longanizas.

El mundo presencia consternado esa marcha precipitada y confusa que han emprendido los hombres y las ideas, impelidos por sus mismas pasiones; tropel inmenso, revuelto torbellino en el que se agitan, riñen, levantan y caen los que mandan y los que obedecen. Lucha á muerte del progreso con la tradicion, del pasado con el porvenir, en la que vemos al hijo negar la autoridad del padre, al *hoy* que se divorcia del *ayer*, al sable choeando con la azada, á la chaqueta usurpando al frac sus aristocráticos privilegios, al sagrado púlpito convertido en cátedra profana, al fanatismo aherreojado á los piés de la ciencia.

Hoy el progreso pugna por nivelar las clases, cortando á cercen todo lo que sobresale de las medianías; se ha hecho del nivel una guadaña que nada respeta, y como que la talla estipulada es de muy reducidas proporciones, á propósito para no digustar á la generalidad de los pequeños, la humanidad podrá aspirar con el tiempo á toda igualdad que tenga por base la insignificancia.

Las nulidades erigidas en omnipotencias, por su propia voluntad; esto es lo que vemos en la sociedad moderna, que se ha propuesto meterlo todo á barato y recorrer á empellones el sendero de la civilizacion. Se vive en pleno reinado de la audacia; el ejecutivo puede estar representado por una enorme tranca, qne es la suprema razon de un siglo como el nuestro, en el que todo el mundo se las compone á garrotazos para probar su derecho.

Las leyes, lectores, están ya las pobres tan gastadas, que solo pueden ir tirando á fuerza de remien-

dos constitucionales, ó de otra tela de un *rojo* subido, que está haciendo furor. Alarmados los hombres de gobierno encargados de mantenerlas sin adulteraciones, las han puesto en escabeche para conservarlas mejor con aceite y vinagre.

En el augusto santuario de la ley, si se razona un poco, tambien se vocifera un mucho, porque de todo eso necesita la pátria. Aquel que posee mas récios pulmones está seguro de llevar el gato al agua y aun de ponerle los cascabeles al gato. La elocuencia enmudece desde que el grito y el escándalo tienen la mision de llevar el convencimiento á los ánimos mas empedernidos. Por eso se arma cada *belen* entre los iracundos legisladores á la moderna, que lo oyen los sordos.

Todo pasa! El espectáculo que nos brindan los pueblos marchando intrépidos hácia lo desconocido, es curioso y tentador ; no hay remedio, es preciso ceder al movimiento y ocupar un puesto en esas apretadas filas, ya invadan victoriosas el Capitolio, ya caigan valerosamente diezmadas por la metralla. Vencedor ó vencido, ¿ qué importa ? Lo esencial es marchar.

Pues ¡ adelante !

Concurramos al desfile universal que la humanidad verifica ante la opinion. Ved : la Historia se prepara á tomar nota de los acontecimientos en el imparcial libro de su conciencia ; los pintores eligen los más brillantes colores para trasladar al lienzo esos mismos acontecimientos, y los poetas arrancan de sus cítaras ecos expresivos para cantarlos.

No se marcha, se corre ; las masas son unidas,

compactas, pero no tienen órden; les sobra fé, pero les falta disciplina; por eso se atropellan y empujan, poseidas de una fiebre de locomocion irresistible. Los ejércitos pasan tambien, envueltos en una nube de polvo que impide ver las grandes manchas que con frecuencia descoloran los uniformes; son manchas de sangre, porque los hombres no economizan jamás la suya.

Las voces de mando se pierden entre el fragor de la metralla y el choque de las bayonetas: los ayes de los moribundos se apagan en el estampido del cañon, al que suceden nuevos ayes que á su vez son cubiertos por la estridente voz del clarin que ordena una carga. Es una batalla la que desfila; los que combaten no son bandos, sino naciones; la lulucha es gigantesca, porque es la sociedad entera la que pelea consigo misma, suicidándose.

Entre los que vencen se encuentran reyes como Victoria de Inglaterra, como Víctor Manuel de Italia, como Guillermo de Prusia.

Entre los vencidos se ven emperadores como Napoleon y Maximiliano, y reyes como Isabel de Borbon y Francisco II. Pasa tambien otro ilustre vencido: el romano Pontífice.

El desfile se vá haciendo cada vez mas lento, porque los muertos se unen para disputar el paso á los vivos que se separan; es verdad que son cadáveres de hermanos, pero cadáveres importunos, incómodos, que es preciso hacer entrar en razon, reduciéndolos á cenizas. Después, es fácil marchar de nuevo, pero se está seguro detenerse pronto ante el horror de una nueva hecatombe.

Pero en seguida, como todo pasa, esa sangrienta avalancha de hombres que se despedazan obedeciendo á otros hombres que tal cosa mandaron, pasará tambien, y después vendrá la Paz, como resultado preciso é inmediato de las grandes conmociones.

Los hombres se detendrán quebrantados en medio de su loca carrera, y al querer acercarse los unos á los otros para formar de nuevo la familia, el padre no hallará al hijo, ni el hermano al hermano, ni el hijo al padre.

¿Qué ha sido de ellos? Ellos cayeron en la contienda, y ya no son otra cosa que unos cuantos huesos calcinados, diseminados en extranjero suelo. ¿Por qué? Esta es la gran pregunta que nadie puede contestar satisfactoriamente; seria preciso para ello ser un Bismark, un Bonaparte, un Alejandro, y ninguno ha de ir á preguntárselo á las altas regiones donde habitan; eso seria contrario á las útiles leyes que determinan y clasifican los respetos humanos.

Pero esa Paz bienhechora, no volverá á tomar el portante el dia ménos pensado?

Quiero decir, ¿no pasará tambien?

Sin duda que sí: en cuanto á los demagogos aficionados al rábano de la libertad lo tomen por las hojas, ó se le caiga la *castaña* á la reina Pomaré.

*
* *

Todo pasa; hasta mis lectores han pasado el sino leyendo este articulejo.

LOS HIJOS DEL TRABAJO.

La virtud del trabajo es la mas recomendable de todas las virtudes.

Un pueblo industrioso, que rinda al trabajo ferviente culto, será siempre un pueblo modelo, que dará á la pátria honra, gloria y prestijio.

El hombre que come el pan ganado laboriosamente con el sudor de su frente, ese es un hombre útil; el que enseña á sus hijos á hallar grato el humilde alimento, producto de sus afanes, sazonado con la santa alegría de una conciencia tranquila, ese será siempre un buen ciudadano, orgullo de su pátria.

Los hijos del trabajo, educados en la escuela del deber, son esclavos de sus obligaciones, que aceptan y cumplen con religiosa puntualidad; ellos son bastante fuertes para no doblegarse á las exijencias que impone un injustificable temor; bastante independientes para no mendigar un favor que les llenaria de vergüenza; bastante poderosos en su pobreza, porque se bastan á sí mismos.

Por eso se les vé siempre con frente erguida y paso *seguro* atravesar las calles al dirijirse á sus ta-

lleres, ostentando orgullosos sus timbres de nobleza, representados en su humilde chaqueta de artesano.

¡ Paso á los nobles hijos del trabajo !

Cuando la pátria, en sus dias de crueles tribulaciones, llama á sus hijos para que la defiendan, el obrero empuña con mano firme el fusil y corre á su puesto, sin preguntar la causa del llamamiento. ¿ Qué le importa ? Él sabe que su esfuerzo, su sangre toda pertenece á su pátria ; sabe que va á llenar un deber sagrado, el primero del hombre, y esto le basta ; ajeno á las intrigas políticas, á los manejos de la diplomacia, no hay para él razon de Estado mas poderosa que la honra de ese pabellon que vá á defender. Lucha valerosamente con gigantesco esfuerzo, como en Zaragoza ; sucumbe cubriéndose de gloria, como en Trafalgar ;—vence admirando al mundo como en Bailen.

Terminado el combate, cuando su mirada después de buscar con vano afan mas enemigos que combatir, se levanta serena y amorosa hácia el pabellon castellano que ha salpicado con su sangre, y vé que está ileso, y conoce que ya no necesita de su brazo, coloca el arma en un rincon de su hogar, y al otro dia torna á emprender tranquilo sus abandonadas tareas ; allí se le vuelve á ver, despojado de los arreos militares de la víspera, forjando el duro hierro, rompiendo el pedregoso suelo, derribando la añosa encina. Preguntadle por su victoria de ayer, y os la relatará breve y sencillamente, porque no puede malgastar el tiempo, su único capital ; decidle si miéntras él combatia sus hijos tenian pan

qué comer, y os responderá con ese español ¡ qué importa! cuya lacónica elocuencia es todo un poema de abnegacion y heroismo.

Ellos, vencedores del Gran Capitan del siglo, no saben ni aun engreirse con sus victorias.

¡ Paso, pues, á los invictos hijos del trabajo !

La agricultura y la industria, veneros inagotables de riqueza, son los manantiales mas fecundos de donde mana la prosperidad de las naciones ; su explotacion está encomendada á esas masas trabajadoras que constituyen el pueblo, de cuyas encallecidas manos reciben los gobiernos las sumas inmensas que necesitan para sostener el rango nacional; es la obra de la felicidad comun la que le está confiada á esos hombres que ven salir el sol de cada dia una hora después de comenzar sus tareas, y no dejan caer la herramienta hasta que el rey de los astros les niega su rayo postrero. Abejas incansables de la colmena social, depositan diariamente en el panal de la pátria su contingente, reunido á costa de su vigor.

En los aromatizados salones de la aristocracia, suele respirarse una atmósfera poco á propósito para los pulmones de un hijo del pueblo ; él no envidia el aire saturado de exquisitas esencias que allí se aspira, porque puede disponer á su antojo de la fresca brisa del campo, embalsamada por la fragancia rara de la florecilla silvestre ; él no envidia los ricos artesonados ni los techos cuajados de abalorios, porque sabe que nada hay comparable á la espléndida techumbre con que le brinda un cielo despejado, tachonado de estrellas ; su rústico calza-

do no reune las condiciones necesarias para saber pisar con donaire las ricas alfombras de los palacios, pero Dios entapizó de césped purísimo el camino que diariamente recorre, teniendo cuidado de renóvar esa alfombra inimitable cada nueva primavera.

En la tosca mesa de un hijo del pueblo, condenado á ganarse el sustento con el sudor de su frente en expiacion del pecado orijinal, se suele comer pan moreno, amasado con la levadura del infortunio; pero ese pan, si es poco nutritivo al cuerpo, vigoriza al alma, porque no deja en pós de si ningun remordimiento.

Donde quiera que se rinda culto al trabajo, allí estará la moral; donde la industria sienta su benéfica planta, allí existe la virtud; cuando se siembra una buena voluntad, la cosecha será de beneficios.

No hay que buscar la doblez, la traicion ni el deshonor en esas pobres viviendas santificadas por el trabajo y por Dios bendecidas, porque las gentes que las habitan no conocen esos vicios que se ciernen en regiones menos purificadas por el aroma del trabajo, y en donde la pereza enjendra toda clase de vicios.

Además, el dia es demasiado corto; apenas bastan sus horas para atender á las forzosas tareas impuestas por la necesidad, y es preciso agotar la sávia generosa de la vida en aras del trabajo, sin desperdiciar un solo minuto en fútiles devaneos.

El artesano alcanza actualmente una época en que se le hace cumplida justicia; ya era tiempo. *Dios ennobleció* el trabajo, asociándose á humildes

pescadores, pero la sociedad ha necesitado despues muchos siglos para desterrar esa preocupacion que negaba al bracero el rango que le pertenece. La sociedad de los hombres se cree en su orgullo de mejor linaje que el hijo de Dios. La blusa y el frac varian hoy solo por su hechura ó por la mayor ó menor finura de la tela, pero su importancia moral es la misma; con ámbas se hace el hombre digno de merecer bien de la pátria. Los hijos del pueblo, desheredados de la fortuna, no tienen culpa alguna de su involuntaria pobreza. ¡ Quién tendrá derecho á negarles un asiento en el festin social ?

¡ Dejadles llegar ! Ellos no tienen oro, pero ofrecerán los inapreciables productos de su inteligencia y de su arrojo; ellos no tienen un blason que hacer constar en eso que se llama ciencia heráldica, pero sí un apellido ilustre con qué enriquecer las pájinas de la historia pátria. ¿ No los veis ? entre ellos hay poetas como García Gutierrez, novelistas como Fernandez y Gonzalez, guerreros como Mina, el Empecinado y Palafox.

¡ Honor al trabajo !

El contacto del artesano ennoblece ; sabedlo, oh vosotros, que desde la cumbre de la fortuna apenas dejais caer sobre él una desdeñosa mirada.

Cuando al declinar la tarde le veis volver del trabajo, llevando bajo el brazo el moreno pan que á su paso compró en el mercado, pensando en sus hijos, consideradle como un ejemplo de virtud, de resignacion y perseverancia, que imitar debiérais, el dia en que el azar os pusiera en el terrible trance de *ganar vuestro sustento* en uno de esos talleres donde

el artesano sepulta catorce horas de cada dia de su existencia.

La desgracia no respeta á los poderosos. Las blancas manos que en la adversidad rechacen la honrada herramienta, tendrán qne tenderse en demanda de una lismosna ó empuñar el arma suicida; no hay mas caminos para los hombres que hasta en el infortunio desdeñan el noble trabajo.

El obrero es feliz, porque es honrado; independiente, al amparo de las leyes que respeta y hace respetar, porque con el sudor de su frente se redimió de toda servidumbre; temido, porque es fuerte, y para convencerse de ello no hay mas que ver sus endurecidas manos que supieron romper el yugo extranjero puesto á la pátria por un César perjuro, y su rostro curtido por la intemperie, en el que se dibujan los viriles rasgos de su indomable energía.

¡ Honor, eterno honor á los hijos del trabajo !

NOCHE BUENA.

El demonio esta noche
se desconsuela,
al ver que con el gozo
se vá la pena.

Tiene razon el cantar; vaya la pena al demonio, y quédese allá en su rabuda, cornuda y peluda compañía hasta que yo haya engullido el último trozo de pavo, porque

Esta noche es Noche Buena
y mañana Navidad.
Dáme la bota, María,
que me quiero emborrachar.

Pero entendámonos. Quiero emborracharme.... de alegría, ya que el médico me ha prohibido toda clase de libacion material, y yo sé por qué; quiero divertirme, echarme á perros por unas cuantas horas, y me voy á meter en tal jaleo, que no ha de quedarme hueso sano. Para todo esto me dá carta blanca la respetable fecha de este dia: ¡24 de Diciembre!

El orbe católico conmemora con zambra descomunal la venida al mundo del prometido Mesías, al que tributaron homenage los reyes de la tierra, venidos desde lejanas comarcas para ofrecerle incienso, mirra y oro.

Y vinieron guiados por una estrella solitaria, guia *mambí* de legítima procedencia.

¡ Oh monarcas piadosos !

Treinta y tres años después el hijo de Dios era azotado, crucificado y coronado de espinas, sin que dijeran esta boca es mia los susodichos reyes de la tierra.

¡ Oh monarcas inverecundos !

Harto apegados á la tradicion, que les concedia inocentes facultades para degollar á todos los inocentes del mundo, se rebelaron contra el Evangelio, que es la luz ; hé aquí por qué los tradicionalis tas son tan amigos de las tinieblas. ¡ Pobres miopes, que cierran los ojos en fuerza de la oftalmía que les hace ver visiones !

Dos cosas hay que la Noche Buena rechaza con horror : la melancolía y los artículos periodísticos. ¿ Quién puede estar triste en esa noche de piramidal jolgorio ? ¿ Quién ha de leer otro artículo que el artículo de fé escrito en su conciencia, clave del santo misterio que nos saca de nuestras casillas ?

Lean ustedes el dia de Páscua lo que se escribió en la Noche Buena, y lo hallarán indigesto y trasnochado, trasunto fiel del estado anormal de los lectores.

Por eso tiro la pluma y agarro la guitarra.

¡ Ole ! viva el *punteao;* vaya esa copla :

"Esta noche es Noche Buena
y no es noche de dormir,
que está la Vírgen de parto
y á las doce ha de parir.
Y dijo Melchor,
que lo bajen, lo suban, lo bajen,
lo bajen, lo suban
del caramanchon."

En qué quedamos, ¿lo bajan ó lo suben? No parece sino que ese señor Melchor que tanto sube y baja, es un furibundo partidario del caramanchon ministerial.

Pero dejemos las pullas para mejor ocasion. Hacer alusiones políticas es mi flaco, ó mi fuerte, y comprendo que soy incorregible, pero no lo puedo remediar. Es tanto lo que me preocupa la maldita política, que, como dijo el otro, me la encuentro hasta en la sopa.

Hoy es *dia* de Noche Buena, noche de veinticuatro horas, que empiezan á còntarse desde la seis de la mañana.

¡ Cualquiera me tosia á mí en aquellos buenos tiempos de mi breve niñez, tal dia como hoy, en que tempranito me llevaba mi santa abuela al mercado, del que no volvia sin el obligado apéndice de una zambomba de ocho cuartos !

Mucha seria la satisfaccion conque el entónces rey de Prusia sacudiria zambombazos á Paris, pero estoy seguro que mucho mayor era mi pueril alegría al ir prodigando mis pacíficos zambombazos por las calles de Cádiz, desde la plaza de los Des-

calzos hasta mi modesta casita de la calle del Empedrador, número 207.

¡ Recuerdos del alma! Fresco oásis al que vengo á descansar cada vez que me siento quebrantado por la fatiga, en la interminable marcha que llevo emprendida por entre las zarzas del mundo; ¡ ay ! en ellas noto que voy dejando pedazos de mi existencia y recibiendo crueles heridas que solo puede cicatrizar la muerte.

¡ Yo te bendigo, Noche Buena! Yo te saludo regocijado, porque en tí miro renacer, á impulsos de mis sentimientos, la memoria dulce, amorosa y tierna de la pátria; y el pensamiento recuerda las que ha pasado en el hogar paterno, entre aquellas blancas paredes y aquel delicioso brasero, y el blanco mantel y los manjares sazonados con cariño; yo te saludo y venero, porque eres tú dulce reminiscencia que se presenta á mis sentidos con el sublime atavío de la religion que mis padres me enseñaron á amar; yo siento al hablar de tí que mi pecho se ensancha y mis pulmones reciben el áire que les faltaba bajo esta pesada atmósfera, y estando solo, me encuentro acompañado, porque á mi lado viven los recuerdos del ayer venturoso y me dan fuerzas para arrostrar las vicisitudes del ignorado mañana.

Lector benévolo, perdona esta digresion. Me he dejado llevar de los impulsos de mi corazon, y mira lo que con eso se gana; decir majaderías que hacen humedecer mis ojos.

La Noche Buena dá orígen á diversas inspiraciones, segun el estado y condicion del que las siente; mira tú

LO QUE PIENSA EL GASTRÓNOMO :

—He estado veinticuatro horas sin que pasasen por mi garganta otra cosa que los suspiros que dirigia á Clotilde, criatura divina, aunque un poco vieja y atacada del reuma. Dichoso mil ochocientos setenta, y lo que me has hecho sufrir ! Pero á bien que hoy he de sacar el vientre de mal año. Julian, Amadeo, Antonio.... los tres me han dicho : "te esperamos esta noche, chico : sin cumplimientos y sin disculpa." ¿Por cuál me decidiré ? Julian tiene buen diente y gusto culinario ; pero en su casa no se conoce el vino sino de nombre ; Amadeo es dado á la cocina extranjera, y capaz será su cocinero de llevar á la mesa el pavo crudo, como salió del cascaron ; Antonio.... ¡ oh ! en cuanto á Antonio es otra cosa ; salvo la tacañería de su mujer, se come allí deliciosamente bien. Y ello es que no sé por cuál decidirme ; pero ¡ ah, luminosa idea ! ¿ no han dicho los tres que me aguardaban ? pues cenaré en casa de los tres por riguroso turno, y de ese modo, todo se habrá compensado. Es una suerte tener talento..... y hambre.

LO QUE SUPONE EL CESANTE :

—Ayer...... pero un ayer que ha visto trascurrir insensibles muchos hoy, vivia yo contento y feliz como el pez en el agua ; la Noche-Buena, que tan mala habia de ser para mí, llovian sobre mi morada el pavo del pretendiente, el jamon del aspiran-

te, los obséquios de Fulanito, Menganito y Zutanito, que esperaban que les sacase en bien de sus pretensiones, y el dulce, el delicado, el perdido turron del gobierno, que veo y deseo, pero que no cato por desgracia. Ah! cómo recuerdo y exclamo con el poeta :

..............Si yo pudiera
Retroceder un paso en mi camino....

aunque ese paso no durase más que la noche de hoy, que pasaré en soledad profunda y, lo que es mas triste, en ayuno mortal. Porque los mismos que en ese ayer tan distante que recuerdo, me regalaban, hoy pasan por mi lado, me miran por encima del hombro, y cuando más y ménos, exclaman netre sí :—Ahí te pudras!

ENTRE DOS NOVIOS :

—Luisa ?

—Rafael ?

—Decías...... ?

—Eh ?

—Veinte dias, veinte mortales dias, y esta noche será noche mala comparada con la de nuestra felicidad.

—Ay !

—Suspiras, bien mio ?

—Nó, es que.... vamos, Rafael, que dices unas cosas.... que me ponen *colorá.*

La mamá [apareciendo como por escotillon].—*Vamos, niños,* que ya es hora de comer la pava.

El.—Pues mire usted señora, ahora Luisa y yo la estábamos pelando.

ENTRE DOS CASADOS :

—Luisa! Luisa!

—Voooy.

—Pero, mujer, dónde te has metido?

—Aquí me tienes, Rafael: daba las últimas disposiciones para la cena.

—Sí, para cenas estoy yo.

—Pero, hombre, qué te pasa?

—Nada : que vengo de casa de Julian, y ¿sabes lo que he visto?

—¿Qué?

—Que entre él y Clara, como santificando la fiesta, habian colocado á su rubia Angelina. Mira, Luisa, si el año que viene no me has dado tú un niño, aunque sea pelinegro, que nos acompañe en la Noche-Buena, voy á hacer una que sea sonada.

—Pero, Rafael......

—Lo dicho, dicho, y.... Pero, mira, lo mejor será que nos demos un abrazo, y que empiece así á ser buena la Noche-idem.

—Rafael......

—Luisa......

....

—¿Qué mas desea usted saber, Sr. lector?

—Hombre, el final del diálogo, es natural.

—Pues el diálogo uo tuvo final ; ya está usted despachado. ¡ Al demonio los curiosos!

Lo que sí tiene que ver, al decir de los que la han

visto, es la Noche-Buena en Roma, aunque este año se han introducido importantes modificaciones en el ramo; por lo pronto, se han suprimido los pios nonos que ya no se pueden tragar sino extra-oficialmente.

Voy á inventar un diálogo de circunstancias:

—Beatísimo Padre, dice Víctor Manuel, desde la puerta del Quirinal, ¿no viene S. S. á decirnos la misa del gallo?

—¡La misa del gallo! responde el infalible anciano, si Luis no se hubiera metido en camisa de once varas, ya te lo diría yo de misas, y otro gallo me cantára.

¡Verdades amargas! como dijo Eguilaz.

Pero no hay que hablar de amarguras, hoy, dia de dulcísimo turron: Alicante, Zaragoza y Gijon nos lo mandan excelente y en gran cantidad, porque el artículo tiene una demanda loca; ya se vé, ¡hay tantos aficionados al turron! Yo me muero por él, pero jamás puedo echarle el guante; cuando más próximo de mí lo he visto, ha venido un quídam más *turronero* que yo, y me lo ha arrebatado socolor de tener una hermana monja.

Conozco yo á hombres que por un pedazo de turron darian hasta la camisa; tal pasion es ya una calamidad por lo que abunda. Vedlos: se pasan la vida mirando al cielo con la boca abierta, como esperando la reproduccion del maná: posicion incómoda, pero oportuna. Generalmente el turron viene siempre de arriba, quiero decir, de la tierra alta.

Pero no hay Noche-Buena más bella, más alegre, más *en carácter* que la de mi inolvidable España; *allí se conserva* pura la fé, intacta la tradicion; aun

se come la histórica torta de Belen, que á muchos suele costarles un pan. La mesa española, abundante y apetitosa esa noche como ninguna, no es exclusivista; los manjares más suculentos de las cocinas propia y estraña se amontonan en ella; allí se vé junto á la castellana castaña el dátil berberisco, y al lado de la nacional sopa de almendras los exóticos *macarrones*, con gran contento de los vividores de oficio, atentos á sacar todo el partido posible de la situacion.

Noche Buena, vuelvo á saludarte; me has inspirado un artículo y despertado mi hambre; terminado el primero, voy á satisfacer la segunda:—Atencion:

Aprontad las sartenes
Y las parrillas;
El fuego resplandezca
De las hornillas,
Y haced la cena,
Porque llegó, señores,
La Noche-Buena.

Primero, los bocados;
Luego, la gresca,
Y el brindis, y el contento,
Y el baile.... etcétera.
Oh! Buena-Noche!
¿Quién bajo tu dominio
Siente dolores?

Y si á mi lado miro,
De sobre-mesa,
La faz encantadora
De una trigueña
Que me sonría,
Eres ¡oh Buena-Noche!
Noche-bendita.

Pero....cese el ruido,
Callen las voces,
Que en el reloj del templo
Suenan las doce;
Hora precisa
Para escuchar del *gallo*
La santa misa.

Llegó la madrugada......
¡ Cuánto cansancio !
Ya los ojos se cierran......
Me encuentro malo....
Pronto, una cama,
Porque eres, Noche-Buena.
Noche mny mala !

Diciembre 24, 1870.

¡ANGELA PEREZ!

Lector, conoces tú á Angela Perez?

Veo que me contestas con un nó mas redondo que la esfera del reloj parroquial.

Pues te equivocas, que sí la conoces, y basta que yo lo diga, que en este asunto estoy mejor informado que tú mismo de lo que por tí pasa.

Solo que la conoces de nombre, no la has visto nunca, y eso nos sucede á todos los que hablamos el idioma de Castilla, sin embargo, casi no pasa dia sin que nombremos á mi Sra. doña Angela Perez.

De dónde vino, qué es de ella, quienes fueron sus padres, y si era alta, baja, gorda ó flaca, no hay quien pueda averiguarlo.

Y es natural; porque ella ni vino, ni se fué, ni tuvo padres, ni nació, ni ha muerto, por la sencilla razon todo esto de que no ha existido nunca.

Y mira, lector, lo que es el mundo; miéntras hay tantos que se agitan, sueñan y se desesperan por alcanzar una popularidad que rara vez consiguen, Angela Perez, que nada ha hecho, á quien nadie

ha visto y que nada pide, busca y se apropia, es la persona mas popular del mundo.

Angela Perez suele cambiar su apellido en nombre; así es que muchos la conocen por Angela María. De uno ó de otro modo, nuestra Angela es una persona importante.

Más aun; es una necesidad de la conversacion.

Á ella se apela cuando se nos dá una buena noticia para expresar nuestro júbilo.

Con ella espresamos la satisfacion de vernos comprendidos por los demás en una explicacion difícil.

¡ Angela Perez! esclama el avaro que halla una pelucona trasconejada en un rincon, y cuya pérdida le prometia un ataque de tífus.

¡ Angela Perez ! dice el pollo que vé á su amada asomarse á la ventana, haciéndole la señal convenida para que se acerque.

¡ Angela Perez ! no puede ménos de murmurar la esposa al recibir de manos de su cónyuge el aderezo que codiciára hacia seis meses.

¡ Angela Perez ! grita el tahur al ver el número 10 y la línea enteriza que anuncia la sota de oro y duplica su apuesta.

¡ Angela Perez ! ahulla el acreedor, al darse de manos á boca con su infeliz víctima, á la que suponia veraneando en Joló.

¡ Angela Perez ! bufa el papá intolerante al sorprender al seductor que viene por "la dulce fruta del cercado ajeno," atizándole de paso un puntapié.

¡ Angela Perez! articula el quídam famélico que

recibe una carta participándole un empleo ó la muerte de un tio en Indias.

¡ Angela Perez ! dice con satisfaccion el adepto de Heliogábalo, acariciando su enorme vientre al saber que la sopa está en la mesa.

Y la Sra. doña Angela Perez ni ha devuelto la onza al berrugo, ni cerrado el párpado al cancerbero mamá, ni ha reblandecido la fibra del amor conyugal, ni pegó los naipes, ni colocó la víctima al lado del verdugo, ni alentó los designios del emprendedor D. Juan, ni mató al tio de su sobrino, ni atizó el fuego de la cocina.

Desgraciada Angela ! sin conocerte te compadezco : eres la criatura mas calumniada del mundo !

Ella pertenece á todos los círculos sociales.

Puede tomarse por una princesa real ó por "la hija de un pescador."

Pero es demócrata.

Todo el mundo la llama Angela Perez, á secas.

Tal vez tenga parientes, yo por lo ménos la creo hermana del Sr. D. N. N. que vemos hacer muchos papeles en el teatro, y del caballero D. Hache, que por llamarse así es el recurso de los desmemoriados ó de los que no saben explicarse mejor.

Yo ccnocí á Angela Perez en la playa remota donde me cantaron la nana y me curaron el sarampion. Debia de haber sido muy amiga de mi pobre madre porque ella la nombraba cuando me daba un beso despues de peinar mis rizos.

La hallé luego en la Habana ; recuerdo que mi maestro de tipografía la llamaba por su nombre al pasar revista á mi diaria tarea.

Más tarde en Matanzas.

Y después en Cárdenas.... Yo la llamo con satisfaccion cada vez que doy por concluida una gacetilla, ó un articulejo, como por ejemplo este, que termino con un sacramental.—¡ Angela Perez !

AMOR Á LA VELA.

(LANCE HISTÓRICO.)

Al Sr. D. Pedro Suarez Prendes.

Oid, oid la historia
de un bravo capitan,
y quede en la memoria
de todo hijo de Adan.

La historia de un marino
bizarro, emprendedor,
al que arrojó el destino
al puerto del amor.

Allí, en la fresca orilla
halló gloria y placer,
y hoy tiene ya costilla
y huesos qué roer.

Lo de "tiene costilla" es porque se casó, y en buena hora lo cuente; aclaracion que hago en prosa llana porque no me cupo en verso agudo.

Pues, como dije en redondillas, lo que voy á contar, no es un cuento, sino toda una historia. Me ha dado por lo auténtico de poco tiempo á esta

parte, y quiero aprovechar el buen propósito encajándole á ustedes una histórica relacion.

Fin del preámbulo.

I.

El prólogo, porque prólogo tiene mi historia, y hasta epílogo, si llego á tanto, pasa en la renombrada ciudad de Cádiz, una de las mas preciosas de las ciudades del mundo, y le echo este piropo no porque sea mi tierra, sino porque es verdad.

Dos capitanes de la marina mercante inglesa se hallan sentados en el café de *Apolo*, que abre sus puertas en una de las esquinas de la frecuentada plaza de San Antonio, sériamente ocupados en tirarse al coleto una botella de brandy, tambien inglés, y del que arde solo.

Los dos son jóvenes y flacos, y siendo ingleses no hay que añadir rubios para que se sepa de qué color les luce el pelo; esto es todo lo que de su angosta presencia se me ocurre decir; por lo demás tienen una cara que les pertenece de derecho, como cada quisque la qué le regalaron sus padres en un dia de fiesta.

Oigámosle..... como callan; porque la verdad es que se están contemplando hace dos horas con los ojos claros y sin vista, como los santos de Francia. Su filosófico mutismo, empero, no les quita la facultad de soltarse cada lapo del jamaiquino que canta el credo. El contenido de la botella merma por terceras partes á cada combinado ataque de sus dos intrépidos acometedores, en tanto que un cris-

talíno vaso, lleno hasta los bordes de la riquísima agua del Puerto, es testigo indiferente de aquellas libaciones en que su refrigerante contenido no toca pito. Por fin, cuando la botella quedó mas seca que un espárrago, uno de ellos tomó la palabra, no sin apurar ántes las heces del brandy que coloreaban el fondo de su vaso.

—¿Cuando zarpas?

—Mañana, contestó el otro, y no agregó: "si Dios quiere" porque los ingleses no acostumbran á meterse en estos dibujos.

—Yo, agregó el primero, estoy ya listo para salir; solo espero que la casa consignataria me dé mis papeles. Antes de tres dias estoy en viage para la isla de Cuba.

Su compañero guardó silencio; y no porque le faltara qué contestar, pues con decir "que te vaya bien, resalao" ó algo por el estilo, habria salido del paso; pero, no señor; se contentó con dar la callada por respuesta.

—De modo, continuó, que llegaré á Matanzas poco después que tú á la Habana.... sinó llego antes, porque—y se sonrió con orgullo—mi *Elizabeth* es mas velera que tu *Melbourne.*

Apesar de este pullazo, que siempre hace mella en todo marino por vocacion, aquel á quien iba dirigido continuó mas callado que el de Lima.

—Tú tienes algo en la boca, Eduardo, que te impide responderme, observó el primero que habia hablado, y al que llamaré Jorge, que es nombre inglés. ¿Qué te pasa?

—Lo que me pasa, respondió por fin Eduardo,

es tan extraordinario, y hasta extravagante, si quieres, que no te lo cuento porque te reirias de mí, y con razon.

—Pues vaya, hombre, dilo ; te garantizo mi formalidad.

Y al decir esto, Jorge se puso mas sério que un cabo de realistas.

—¿Y guardarás el secreto ?

—Hasta el valle de Josafat. Habla.

—Bueno. Conque, gravedad y discrecion.

—Sí, hombre, sí ; discrecion y gravedad. Habla.

—Pues bien, escucha, ¡ oh compañero mio y paisano del alma ! escucha, y ¡tiembla !

—*God*.... ¡ Habla !

—Te prohibo jurar. Has de saber que estoy enamorado hasta el último pelo.

—Bien. ¿Y qué ?

—Nada mas. ¡ Hasta el último pelo !

Después de esta confesion de Eduardo, se siguieron lo menos veintincinco compases de espera, que aceleraba su impaciente compañero, marcándolos con el tacon de su formidable bota, construida en Liverpool.

—Conque nada mas, ¿eh ? Pues mira, quedo enterado. Y ¿quién es la ondina que ha sacado de quicio al mas bravo marino inglés que ha atravesado el estrecho ?

—Lo ignoro, y ese es el ajo. *La ví cruzar ligera*, como dice melancólicamente el tenor en *Jugar con fuego*, en situacion idéntica á la mia—por la alameda del *Peregil*, anoche, dos minutos después de las diez. *¡Qué rostro* el de esa adorable criatura, amigo mio;

sobre todo, visto á la luz municipal del gas público!

—Es española?

—No; la creo inglesa, como nosotros, ó por lo ménos tiene un perro inglés; lo saqué por la voz. Además su aire, el tipo, el traje, todo, Jorge, todo lo que hay en ella es más inglés que la pierna derecha de lord Gladstone.

—Pues, por mas que me intereso en tu relato, lo cierto es que no tiene nada de interesante: que la viste; que te gustó; que tiene un perro inglés, ó con voz de tal...... ¡todo eso es tan poco! ¿No la hablaste?

—No pude; desapareció como una vision; desde entónces veo visiones por donde quiera. Pasé el dia buscándola por todo Cádiz, echando el quilo; no he perdonado ni el cementerio ni la plaza de toros, pero ¡oh Jorge! ella no vive en la tierra, como un simple mortal; su sitio está en los aires, como el zancarron de Mahoma, porque mi bella desconocida, mas que mujer, es un ángel ó una hada.

Jorge, á pesar de su prometida formalidad, no pudo contener una sonora carcajada. Eduardo se puso rojo de cólera y apretó los puños.

—¿Te enfadas? dijo Jorge, haces mal; ya sabes que te quiero y siento tu pena, pero ya que no puedo hacer nada por tí, porque soy lego en asuntos de hadas, me voy.

—¿Quieres venir á bordo? dijo Jorge cuando los dos amigos estuvieron en la calle; cenarás roostbeeff y te presentaré á mi hermana; la pobre Jenny, á la que siempre te has negado á visitar.

—No, ahora no voy; un dia de estos, aquí, en la

Habana ó en la India...... en cualquier sitio, pero ahora nó.

—Como quieras.

—Voy á dar otra batida por esas calles, á ver si á mi alada beldad le ha dado la gana de descender al mundo de la prosa.

Los dos amigos se separaron ; Jorge conteniendo la risa y Eduardo diciendo para su capote de hule :

—Tú hermana! Siempre me la estás nombrando, y ya la aborrezco sin conocerla ; si, no será mala facha la tal hermanita ; él dice que tiene el aire de familia, y debe ser tan horrible como su hermano y mi apreciable amigo.

II.

El diálogo anterior tenia lugar el 9 de Setiembre de 1870.

Á la tarde del siguiente dia, cuando el sol, próximo á su ocaso cubre el cielo de inmensas franjas de grana y oro, y el mar las refleja con orgullo tiñendo con ellas las azules ondas que se elevan juguetonas y caen en blando movimiento, como trasparentes cataratas de líquido safiro, el *Melbourne*, gallardo bergantin que manda nuestro amigo Eduardo, dejaba la peligrosa bahía gaditana, poniéndose á rumbo.

El capitan, de pié en la toldilla, pálido y triste, no quitaba su escelente anteojo de la hermosa tierra que por momentos iba desapareciendo, perdiéndose sus blancas casas en el horizonte, y semejando la ciudad una alabastrina paloma, dulcemente posada en medio del Océano que parecia bañar cariñosamente su plumaje.

Sin duda Eduardo busca en la lejana ribera á su bella incógnita, porque aun abriga en su corazon el último destello de la esperanza.

El sol se ocultó definitivamente ; las tinieblas, cada vez mas densas, apenas dejaban percibir los objetos mas cercanos, y Eduardo, lanzando un suspiro, dirigió maquinalmente su anteojo á los buques que poblaban la bahía, cuyos elevados mástiles se perdian en el manto de brumas que sobre la tierra estiende cautelosamente la noche ; de pronto lanzó un grito :

—¡ Es ella ! exclamó.

Yo no sé si efectivamente seria la misteriosa *ella* que tanto tormento daba al pobre capitan, pero sí que á bordo de una hermosa corbeta que estaba ya en franquía, preparada para darse á la vela, se veia confusamente á una mujer vestida de blanco, que parecia agitar su pañuelo en señal de despedida.

Eduardo, palpitante de emocion, fijó en aquella vaga vision su anteojo que la oscuridad hacia perfectamente inútil ; la corbeta estaba á tiro de pistola del bergantin, pero nada se veia, cuando un ladrido prolongado, hendió el espacio y vino á vibrar en los oidos de Eduardo como una deliciosa armonía.

—Es ella ! repitió.

La verdad es que debió decir ¡ es él ! porque no era de figurarse que á su adorado tormento le diera por ladrar. Pero él no estaba para andarse con perfiles ; el perro y ella se identificaban en sus recuerdos, los habia visto unidos, y ambos participaban de ese afecto, vago é indefinible, que se llama amor

y que sentia nuestro héroe con una fuerza de quinientos caballos.

Estupefacto, con la boca de par en par y los ojos fijos en el vacio, sentia que su corazon se hacia pedazos, dando vaivenes en la cárcel de su pecho; desazonado por la oscuridad y presa de una alucinacion extravagante, encendió un fósforo y alargó la mano, como pretendiendo iluminar con una cerilla de Cascante hasta la barra de Sanlúcar.... ¡ Pobre inglés!

Poco á poco su escitacion fué calmándose, y hasta tuvo una idea que lo hizo feliz.

—Esa corbeta, se dijo, es la *Elizabeth*, próxima á emprender viaje; la mujer que he visto asomada á la mura no es otra que esa detestable Jenny que tiene el mal gusto de parecerse á Jorge, su hermano y mi amigo querido, y el perro..... quién sabe! será el perro del contramaestre; es cierto que su ladrido se parecia al del perro de Cádiz, pero no; hay entre ambos una notable diferencia : el de Cádiz pronunciaba mejor.

Vean ustedes, añadió, lo que es la ilusion.... y la oscuridad. He estado á punto de confundir á mi idolatrada desconocida con ese hipopótamo de Jenny, que viaja con la imperturbabilidadde un pirata y masca anduyo.

Con todo, proseguia diciendo Eduardo, eso de hipopótamo es un poco fuerte; yo no la he visto en mi vida, pero estoy seguro que es fea; lo de mascar anduyo tampoco está probado, pero ¡ qué me importa á mí que masque ni deje de mascar! con su *pan se* lo coma!

Terminado el monólogo, entró en su cámara y pidió de comer; pero apenas pudo pasar un bocado; quiso dormir, y el sueño huyó de sus párpados. Entónces tomando su estuche de pintura y se puso á dibujar el retrato de su amadasin y saber como hizo el del perro que ladraba en inglés; pero, eso sí, tan perfecto, que no le faltaba mas que decir *¡guau!*

***

La historia, lector, vá tomando sérias proporciones. Pero si te parece cansada, mataré aunque sea de un estornudo al capitan de la *Elizabeth*, hago naufragar al *Melbourne* de modo que no escapen ni las ratas, y *colorin colorado*. . .

—De ningun modo, señor historiador, queremos la relacion que usted nos ha prometido íntegra, sin que le falte un detalle, porque, ya vé usted, ese pobre Eduardo, es un buen chico que ha llegado á interesarnos. . .

—Bueno, entónces no hay que poner mala cara, si llega el caso de apelar al quinto tomo, porque cuatro por lo ménos le hacen falta á mi historia, si historia ha de quedar. .

—Convenido.

—Pues, aliviarse. . . . .

Continúo:

III.

Nada de lo que sucedió en los primeros dias del viaje del *Melbourne*, puede interesar al lector, por

la razon de no haber sucedido nada que merezca contarse. Un buque que marcha á la vía con mar bonancible y tiempo sereno, llevando á su bordo á un capitan enamorado y á una tripulacion indolente, que come, duerme y trabaja cuando hay qué, es cosa que no ofrece lances.

Amaneció el dia 19; hallábase el *Melbourne* á la altura de las islas Afórtunadas; el pico de Teide elevaba su enhiesta cumbre hasta ocultarse entre los celajes, y Eduardo, después de haberse asegurado con el mapa y el compás de la rectitud del ítinerario que seguia, se habia metido en su camarote decidido á soñar despierto con su bella desconocida de la alameda del Peregil, cuando oyó que su contramaestre disputaba en voz alta con el segundo, al hacer la clasificacion de un buque de vapor que se acercaba velozmente.

—Es el correo de Cádiz á Canarias, decia el primero.

—Nó, es el vapor correo de las Antillas que hace escala en Santa Cruz, y debió salir de Cádiz el 15.

Eduardo subió á cubierta; el vapor que habia dado orígen á ambas opiniones se acercaba impulsado por el robusto hélice que marcaba su paso por las ondas dejando tras sí torbellinos de espuma; dirigió Eduardo su anteojo al buque y al momento exclamó:

—El *Santander*, vapor correo de la empresa Lopez; vá á la Habana con escala en Canarias y Puerto....

No pudo acabar la frase; asomada á la barandilla de popa, una mujer vestida de azul y á cuyos piés *se veia echado* un bonito perro, agitaba su blanco

pañuelo como diciendo ¡adios! á la tripulacion del bergantin. Esta mujer era la amada del pobre Eduardo, la bella fugitiva de Cádiz, la vision seductora que el enamorado marino creyó reconocer á bordo de la corbeta del capitan Jorge.

—¡Pronto! gritó el contramaestre, izar bandera y saludar.

Era que en el palo de mesana del vapor ondeaba gallarda y magestuosa la noble enseña de Castilla, cuya vista tanto entusiasmo despierta en todo corazon español; el *Melbourne* izó á su vez la bandera inglesa, y ambos buques se saludaron segun las prácticas marítimas. Pero Eduardo, insensible á todo lo que pasaba en su rededor, no tenia ojos mas que para mirar á la hermosa pasajera del correo; esta tambien parecia fijar su mirada en el capitan, y hasta llegó á agitar los brazos haciendo un movimiento muy significativo.

—¡Me llama! me ha conocido! gritó Eduardo trasportado de alegría, precipitándose á la obra muerta.

¡Ay! si él pudiera detener la marcha del correo y echar el bote al agua! Si al ménos tuviera un motivo cualquiera para pedir auxilio y ponerse al habla!

Pero, ¡imposible! El tiempo era magnífico, tenia á bordo suficientes víveres y abundante aguada y se hallaba perfectamente á rumbo.

¿Qué hacer?

Y el vapor entretanto se alejaba con rapidez. Entónces la adorada de Eduardo se inclinó hacia adelante y llevando la mano á sus lábios envió un

lejano beso al desesperado marino, beso pasado por agua, pero caliente y amoroso que vino á partir en dos el corazon del capitan inglés. El vértigo se apoderó de Eduardo al sentir resonar en el espacio el beso de su amada, y poniéndose de dos brincos en la punta del botalon, se halló suspendido sobre las ondas, las que por un momento tuvo idea de cruzar á nado para unirse con ella.

Pero no se echó al mar; era presa de la alucinacion, pero no de la locura; allí se sentó y no quitó sus ojos del buque español hasta que se disipó en el horizonte la columna de humo que denunciaba su derrotero; después se retiró silencioso á su camarote y rompió á llorar, á llorar de felicidad, de inmensa alegría, porque *ella* le amaba. Aquel beso á tan larga distancia se lo probaba con toda la evidencia con que los besos acostumbran probar estas cosas.

Desde ese dia, Eduardo se mostró mas solícito que nunca en explotar las buenas condiciones de marcha del *Melbourne*. Forzando velas, colgando de las járcias hasta los manteles de la mesa, siempre vigilante, contínuamente al tanto de la maniobra, su afan no era otro que abreviar la distancia que le separaba de su querida, á la que estaba seguro de encontrar en la Habana.

Y el *Melbourne*, como si comprendiera la mortal ansiedad que devoraba el alma de su piloto, volaba sobre el Océano, haciendo singladuras de diez y once nudos.

Eduardo era feliz.

IV.

A cosa de las tres de la tarde del 26 de octubre, el bergantin *Melbourne*, su capitan Eduardo Davis, procedente de Cádiz, fondeaba en la bahía de la Habana, á los 47 dias de navegacion.

Después de entregar á la visita el rol y de llenar los demás requisitos de costumbre, preguntó Eduardo al intérprete:

—¿ Ha entrado el correo de Cádiz ?

—Hace ocho dias ; el *Antonio Lopez* es fijo como el sol.

—No, yo hablo del *Santander*.

—Pero, capitan, el *Santander* salió de Cádiz el 15 de setiembre !

—Bueno ¿ y qué tiene que ver eso ?

—Tiene que ver, que llegó el dia 3 y salió hace once dias para cumplir su viaje redondo.

—Es verdad ! ¿ Vió V. entre los pasageros una jóven hermosísima, vestida de blanco ?

—No la recuerdo. ¡ Habria tantas !

—Tiene V. razon. Pero á que la recuerda V. con vestido azul.... Vamos, haga V. un esfuerzo.

—Ya lo hago, pero no caigo quién pueda ser esa jóven vestida de blanco, y ménos si la vestimos de azul.

—Este mozo, se dijo Eduardo, es un estúpido. La jóven por quien me intereso, agregó en voz alta, viaja en compañía de un perro.

—Con que viaja.... Pues mire V., ni por esas.

[illegible] me parece que las señas que [illegible]: una jóven y un perro ves- [illegible] decir. el vestido lo lleva la jóven.

[illegible]

[illegible] Eduardo, es un estúpido; [illegible] afortunado con Jorge. ¿Podrá [illegible] llegó á Matanzas la *Elizabeth*, capitan [illegible]?

[illegible] llegó el 23, hace tres dias.

¡[illegible] que yó! Bien me lo dijo en *Apolo*; ese [illegible] Jorge tiene fortuna.

Si V. quiere ver á su amigo, hoy debe llegar; el cargamento de la *Elisabeth* ha sido vendido en la Habana, y el consignatario, hermano del capitan Jorge, le ha telegrafiado para que zarpe en seguida para acá. Llegará hoy.

La conversacion fué interrumpida por un dependiente de la casa de comercio á la que el *Melbourne* venia consignado; entregó á Eduardo varios papeles, y entre ellos una carta cuyo sobre estaba escrito con letra de muger; el corazon del capitan dió un brinco, y después, al notar en la huella que sobre el lacre dejó grabada el sello, la figura de un perro, el susodicho corazon del infeliz capitan, siguió dando brincos hasta completar la docena.

Conteniéndose Eduardo á sí mismo, porque tenia conciencia de sus irresistibles arrebatos, esperó á verse libre de importunos para leer la carta. Cuando estuvo solo la abrió con mano convulsa y leyó con la mas profunda emocion su contenido, que era el siguiente:

"Cádiz, 14 setiembre de 1870.

"Capitan: sé que V. me ama; no es del caso averiguar cómo lo he llegado á saber, pero estoy segura de que es así. Después de consultar mi corazon, me encuentro autorizada para decir á V., sin riesgo de equivocarme, que tambien le amo, de modo que está resuelto el problema amoroso de esta manera: Nos amamos.

"Esta carta la recibirá V. en la Habana; yo me quedo en Cádiz aunque por corto tiempo, porque mi viejo tutor se embarca para Terranova y quiere llevarme consigo á la pesca del bacalao. Ya sabe V. donde podrá hallarme. Supone V. que soy inglesa, pero no es así; nací en Escocia y creo ser parienta de Lucía de Lammermoor. Confía en su constancia y en su cariño, y está segura de verse unida á V. así en el cielo como en la tierra, su

Ada."

Tres veces consecutivas leyó esta carta Eduardo, y á cada una de ellas crecia más su estupor. Porque, vamos á ver, se decia, si está en Cádiz ó cuando ménos en camino de Terranova no era la mujer que venia en el correo; pero si no era *ella* la que en el correo venia, era, á no dudar, mi amada, la reconocí bien; de modo que yo no estoy enamorado de *ella* si no de la otra, aunque si esta otra no es *ella*, al amarla yo es la verdadera *ella*, y no la otra. Bien: pero entónces, ¿quién es esa *ella* de Cádiz que sabe que la quiero, cuando yo á nadie se lo he dicho?

No puede ser otra, siguió diciendo, que la muger de quien me enamoré, y saco de esto en limpio

que á la viajera del vapor no la habia visto en mi vida. Sin embargo, esta se atrevió á hacerme señas, y á dedicarme un beso, lo que es muy grave; además traia consigo el perro que la evidencia, la identifica y le dá patente de legitimidad, de lo cual deduzco que es la pasagera del *Santander* la que yo amo y no la ciudadana de Cádiz, tan aficionada á escribir cartas tontas que nadie le ha pedido. Pero ¡por vida de de Cromwell! Hay en favor de la parienta de Lucía un indicio que no deja duda; el sello de su carta representa á un perro, al dichoso animalito que se ha hecho indispensable en este asunto. Bueno; pues si la cláusula perruna garantiza su autografía, entónces la verdadera *ella* es la de Cádiz y no la del vapor.

Abismado en estas reflexiones, y sin poder comprender el lío que traia entre manos y que cada vez se complicaba más, el buen Eduardo acabó por dormirse. Cuando despertó al siguiente dia parecia por su aire satisfecho que ya habia dado con la clave del problema. En efecto, se le oyó decir por lo bajo:

—La cosa es clara. Esa pasajera del vapor es sin remedio la individua que navega con rumbo á Terranova y en direccion á la Habana al mismo tiempo. Esto no será muy claro, pero yo no hallo otra salida, y el majo que se atreva á descifrar el enigma que alce el dedo, porque yo tengo jaqueca. Yo amo á esa muger, venga de donde viniere y vaya donde le dé la gana....

Vistióse y saltó á tierra; al pisar el muelle de Caballería vió una hermosa corbeta que entraba remolcada por el vaporcito el *Indio*; la conoció, era

la *Elizabeth*. Tan cerca del muelle pasaba que á la simple vista se distinguian las fisonomías de los tripulantes, y Eduardo se situó allí, buscando con la la vista á Jorge; pero se quedó mas frio que un sorbete, al reconocer, sentada en la toldilla y vistiendo un elegante trage color lila, á su adorada de Cádiz, que no solo navegaba para Terranova al par que en el correo de las Antillas, sino que tambien la veia llegar á la Habana á bordo de la *Elizabeth*.

Y era ella ; no habia lugar á duda ; ella con perro y todo.

Y por cierto que el animalito, impresionado por los silbidos del remolcador, protestaba con sus ahullidos de que lo quisieran volver sordo.

Dije que Eduardo se quedó frio ; no es exacto ; lo que se quedó fué hecho una pieza é inanimado á más de enterizo. No era posible que pudiera darse cuenta de lo que le pasaba, y su misma desesperacion le volvió á la vida; entónces echó á su alrededor una feroz mirada, y encarándose con el centinela, que se paseaba á corta distancia, le dijo con dramática entonacion :

—¡ Pégueme V. un tiro !

Y como el voluntario le mirase con estrañeza y recelo, añadió :

—Un tiro, hombre, por favor ! Me parece que la cosa no presenta grandes dificultades.

Todo esto lo dijo en inglés ; y el voluntario, que se vió interpelado por un hombre que ni conocia ni entendia, si nó le pegó el suplicado tiro, le dió un empellon y se alejó murmurando : — La consigna no tolera el palique.

Eduardo corrió á ver á Jorge, que acababa de venir á tierra, y estaba en la casa consignataria; á ella se dirigió y se dispuso á esperar pacientemente que su amigo terminase de hablar con el gefe; como este era hermano de Jorge, le entretuvo largo tiempo hablando de la familia y de las calaveradas fenianas. Así se pasaron dos largas horas.

Por fin, libre ya Jorge, salió al encuentro de su amigo, y no se sorprendió poco al notar en el rostro de este claras señales de la perturbacion de su espíritu, pero fué discreto.

Una vez en la calle, Eduardo le preguntó:

—¿Has traido alguna pasajera á bordo, desde Cádiz?

—No.

—¡Cómo que no!

—Que no! Desde Cádiz, ni siquiera á mi hermana.

—Su hermana! ya pareció aquello! se dijo Eduardo; pero, en fin, si su hermana no está aquí, tanto mejor; esta omision me evitará negarme á visitarla. Pues te digo, Jorge, insistió, que has traido una mujer; por mas señas que vestia de blanco el 9 de Setiembre, el 19 de azul y de lila hoy. Qué tal ¿estoy enterado?

—No eres tú mal lila, pensó Jorge. Mira, Eduardo, dijo á su amigo, yo no sé ni una jota de esas historias de colorines; y si no me enojo por la desconfianza con que acojes mis palabras es porque noto que desde la última vez que nos vimos en Cádiz no te hallas en tu ser natural; pero te juro, bajo palabra de honor, que á bordo de la *Elizabeth* no ha venido de la Península mas entidad femenina que una

cotorra ; puedes creerlo, y ya sabes que no miento ni admito contrabandos en mi buque.

Eduardo no se atrevió á desmentir á Jorge, pero buenas ganas tenia de hacerlo ; pensaba que bien podia haber visto á su amada en la bahía de Cádiz á bordo de un buque, sin que este fuera la *Elizabeth*, lo que nunca llegó á probarse ; pensaba tambien que la mujer que habia visto aquella mañana sentada en la toldilla de la corbeta, no estaría allí, sino en su imaginacion, tan alterada actualmente que veia por todas partes mugeres y perros ; pensaba por último que él era un majadero y que Jorge tenia razon. Además, si su amada estaba en Cádiz, ó en Terranova, ó habia venido en el correo español, no era posible que se hallase tambien á bordo de la corbeta.

Estas reflexiones se las hacia Eduardo, gesticulando y acompañando sus conclusiones con una mímica expresiva ; Jorge lo miraba con profunda compasion.

—Vamos, Eduardo, mi buen amigo, déjate de amoríos y cavilaciones que acabarán por marearte, dijo Jorge ; te voy á hacer una indicacion : en esta tierra hay un gran edificio para los locos y los cuerdos que lo parecen ; se llama Mazorra. Pues bien, capitan Davis, ¡ cuidado con Mazorra !

—Es decir, que me juzgas loco.

—No del todo ; pero si te empeñas en ello, lo llegarás á ser.

—¿ Te atreverias á jurar que me falta el juicio ? gritó Eduardo furioso.

—Hombre, lo tomas con un calor . . . Vamos, nada

de disgustos entre nosotros. ¿Quieres venir á ver á mi hermana, mi pobre Jenny?

Esto era demasiado; Eduardo sintió que toda su sangre se le agolpaba al cerebro, y creyó que efectivamente estaba loco. Jorge, que habia jurado por su honor no haber traido de Cádiz mujer alguna, ni aun á su misma hermana, ahora le invitaba á ver á esta. Tal superchería, mentira tan grosera no sería por cierto la única, en el concepto de Eduardo, que habria brotado de los lábios de Jorge, al que creyó complice en todas sus desgracias y cojiéndole por el brazo le dijo con violencia:

—¡ Mientes !

—Eduardo, ese tono....

—Es el único que conviene á mi situacion y á mi bílis; Jorge, ¡ has mentido!

—Pero, desgraciado, ¿ estas loco?

—Si, puesto que lo quieres; pero si yo soy un loco tú eres un miserable!

—Mira Eduardo, que te voy á romper el alma, no me impacientes; yo cuento....

—¿Cuentas con mi candor? ¿eh? pues mira; ves contando trompis y toma castañas.

Y Eduardo sacudió á su amigo dos fraternales puñetazos que pesarían un quintal.

Á tan brusco ataque, Jorge, sin perder su sangre fria, contestó con otros dos de raza inglesa, aplicados concienzudamente al pecho de su amigo, y esperó.

Pero esperó en vano; seguramente la sangre habria llegado á la bahía, si Eduardo, dando un sal*to de cuatro* metros y echando luego á correr mas

desbocado que el caballo de Mazzeppa no hubiera puesto fin al combate, con gran asombro de Jorge, que no podia tomar aquella repentina desaparicion por una fuga, porque le constaba el valor de su amigo; pensó que algun motivo desconocido lo habia hecho huir, y como quería entrañablemente á Eduardo, como lo acababan de demostrar los anteriores puñetazos, porque los ingleses se quieren así, echó á andar en la direccion que tomó su amigo con el noble propósito de serle útil.

V.

No se equivocaba el buen capitan de la *Elizabeth*; Eduardo perseguia, echando los bofes, á un vulgar *arrastrapanza* que habia cruzado con toda su velocidad pesetera momentos ántes por el sitio donde reñia con Jorge, y creyendo ver en la dama vestida de verde que en compañía de un señor grueso iba en él á su amada de la alameda del *Peregil*, de la bahía de Cádiz, del correo, &. &., y aguijoneado por el amor, por la duda, por los celos y por un millon de pasiones más que agitaban su pecho, corrió desolado tras ella, como alma que lleva el demonio.

No era Eduardo el solo perseguidor del arrastrapanza en que iba la señora del vestido verde y su grueso compañero; un hermoso perro lo seguia tambien dando lastimeros ladridos; Eduardo observó que tenia en el perro un buen auxiliar para no perder la písta, y tanto corrió que se puso á la altura del perro en eso de correr.

Ya iba á ser alcanzado el carruage, cuando al llegar á la esquina formada por las calles de la Amargura y Cuba, torció á la izquierda y desapareció.

Eduardo y el can doblaron á su vez la esquina con tal violencia, que el primero se dió un terrible golpe contra el mismo coche que tanto perseguia, el que se habia parado á la puerta de la casa número 145. El perro saltó dentro del coche de un brinco y con igual ligereza lo abordó Eduardo por la otra banda, pero ¡ estaba vacío ! Eduardo y el animal se miraron jadeantes, extenuados. Aquel dió á este un abrazo que era todo un poema de ternura, una confidencia sentimental, y el perro agradecido le lamió el bigote.

Creyó el cochero tener un nuevo viagero en el hombre que habia tomado por asalto su vehículo y echó á andar esperando la órden de dirigirse á lugar determinado.

Esta creencia fué fatal á Eduardo, porque le apartaba del sitio donde, ayudado del perro, habría podido hacer sus pesquisas con probabilidades de éxito; pero el pobre capitan, atolondrado y molido por la carrera se dejó llevar ; abrazaba al perro con efusion, y este se mostraba agradecido contestando con sus mas bien modulados ladridos á las preguntas que sin cesar le dirigia Eduardo.

—Ya tengo algo, decia este estrechando paternalmente al animalito ; este es su perro, un perro sin el cual no puede pasar ; pues bien, ahora se pasará sin el perro, ó tendrá que descubrir la incógnita al recobrarlo. Y luego le preguntaba al animalito :

—Como te llamas ? Pero el perro esta vez no respondió !

—Vamos á ver ; ¿ te llamas Gluck, Cromwell ó Pitt ?

El perro dejó escapar un *¡guau!* de asentimiento, que es toda la elocuencia que pueden permitirse los de su casta en las mas difíciles situaciones.

—Pues señor, se dijo Eduardo, Pitt se llama.

—¿ Donde vamos ? preguntó el cochero al llegar á la plaza del Cristo, deteniendo la marcha.

—Donde usted quiera, contestó Eduardo en inglés ; pero no fué comprendido, y el coche continuó parado.

Esta demora hizo que un segundo coche, seguido á cierta distancia por un tercero, alcanzára al de nuestro héroe ; de él saltó el caballero grueso que acompañaba á la dama vestida de verde, y dirigiéndose á Eduardo le dijo en perfecto inglés y con reposado acento :

—Caballero, ¿ tiene V. la bondad de darme mi perro ?

—¡ No me dá la real gana ! contestó Eduardo.

—Pues me lo dará V., porque este perro no le pertenece, Mr. Edward Davis, capitan del *Melbourne* ; es mio, y usted no me lo negará.

Admirado quedó Eduardo de oirse llamar por su nombre por un caballero particular, al que no tenia el honor etc. Pero como todo lo que iba sucediendo era tan extraordinario, ya no le hacian mella los enigmas ; asi es que contestó :

—Dice V. que el perro es suyo, ¿ como lo prueba V. ?

—Llamándole por su nombre, al que contestará saltando de gozo ; se llama Capitan.

—Pues ya vé V. que se equivoca, porque hace un momento el perro y yo hemos convenido en que se llamará Pitt. ¿ No es verdad, Pitt ?

—Capitan, repito que se llama Capitan y que es mio.

—Aquí no hay mas capitan que yo, y no soy de V. ni de nadie. Eh, cochero *larga* pronto.

Esto sí que lo entendió el áuriga, que ya se desesperaba porque el diálogo le robaba un tiempo que en la Habana, como en toda tierra de garbanzos, vale dinero, y dió un latigazo á su escualido jamelgo que respondió á la amistosa insinuacion tomando el trote.

El rollizo sugeto entró en el otro coche y ordenó al conductor con acento apremiante que siguiese al de Eduardo ; pero este vió la operacion, y comprendiendo que se trataba de darle caza para sustraerle á su querido Pitt, sacó una onza del bolsillo que mostró al cochero diciéndole:

—Mira, *ese mister no cojer mi pero este onso ser para ti.*

¡ Tú que tal dijiste ! En ménos que se persigna un cura loco, el áuriga, deslumbrado por la promesa, descargó sobre los disecados lomos de su rocin tal coleccion de latigazos, que este, soliviantado por el dolor emprendió una carrera eléctrica.

Esfuerzo inútil ! El segundo coche le seguia siempre á corta distancia ; á los juramentos y escitaciones del cochero de Eduardo , respondia el del hombre gordo con un repertorio tal de blasfemias,

que no habia mas que oir; á los latigazos que el primero aplicaba á su desvencijado animal, contestaba el segundo poniendo en práctica igual procedimiento, y aun con mayor vigor.

Aquello era un pujilato cocheril de primer órden.

Pero si trás el coche número uno corria el número dos, tras este marchaba á buen paso otro que hacia el número tres en esta especie de procesion de las bulas; solo que la persona que lo ocupaba no tenia empeño en llegar primero; se contentaba con no perder de vista á los que perseguia, y en vez de tomar parte en la regata se conformaba con representar el papel de observador pacífico.

En esto habia llegado el vehículo ocupado por el capitan del *Melbourne* á la plazoleta de la puerta de Tierra que cruzó como un relámpago; desembocó en la alameda y echó á correr velozmente á lo largo de la calle de árboles que dá al antiguo recinto; atravesó el glásis que se estiende entre el teatro de Tacon y las puertas de Monserrate, y continuando de frente se halló en menos tiempo del que invierto en contarlo en el campo de la Punta; pero como la persecucion de que era objeto, en vez de disminuir, arreciaba con furia, el cochero, sin vacilar un segundo, pasó por el frente y el costado de la cárcel que mira al mar y tomó la calzada de San Lázaro con direccion al Torreon; al aproximarse á escape á la batería de la Reina notó, no sin sobresalto, que el centinela, estrañando la triple carrera de los vehículos, habia hecho un ademan sobrado insinuante y para escapar al peligro el cochero torció á la izquierda y siguió corriendo

por la calzada de Belascoain, siempre seguido del otro, al que no perdia á su vez de vista el de mas allá. En esta forma los tres coches entraron armando el escándalo del siglo, y en son de guerra, por la calle de la Concordia, que siguieron hasta su estremo superior que desemboca en la de Galiano; por esta calle tomaron perseguidos y perseguidores, atravesaron á todo vapor la plaza del idem y el campo de Marte, siguieron por el hoy parque de la India, y por último, entraron resueltamente en la calzada del Monte, decididos, como lo estuvo la guardia napoleónica, á morir ántes que rendirse.

Por fin, viendo el dueño de Capitan (perro) que el capitan (hombre) se le escapaba con la prenda, recurrió para detenerlo á un espediente sencillísimo, pero de éxito probado; gritó, y á la voz de *¡ al ladron !* dada con recios pulmones aunque en mal castellano, respondieron ocho ó diez voces primero, luego ciento, después mil, con un tremendo *¡ataja!* De modo que se armó un *belen* de los mas gordos.

—¡ A ese ! gritaba desaforadamente el buen señor, puesto de pié en el arrastrapanza y en la misma plástica actitud con que vemos pintado y plantado en su carro á Júpiter Tonante.

—*¡ Largo !* ahullaba el mísero Eduardo, llevando bajo el brazo izquierdo al perro, que le azotaba la espalda con su cola, y estendiendo el derecho hacia el cochero, poniendo ante sus ojos la codiciada onza.

—¡ Ataja ! ¡ ataja ! vociferaban los vecinos y los transeuntes, los chicos y los grandes, todo el mundo, en fin, que se hallaba en disposicion de gritar *mucho y bien.*

Aquí empezó el lance á tomar cierto aspecto precursor de un trágico desenlace; de todos los establecimientos, que en ese sitio se cuentan por docenas, salian individuos armados con palos, sillas, piedras, varas de medir y otros proyectiles que arrojaban con escelente tino y buena voluntad á la cabeza de los fugitivos.

Era que la voz de ¡ataja! hacia su acostumbrado efecto, convirtiendo la pacífica calzada en un revuelto campo de Agramante.

Imposible era dar por ella un paso más sin exponerse á un fracaso; el cochero de Eduardo lo comprendió así y determinó rendirse á discrecion, en cuya resolucion tomó mucha parte la vista de algunos remingtons, cuyos cañones brillaban á la luz del sol. Por último, paró la marcha de su ya medio muerto caballo, y cerró los ojos para no ver la onza de oro que se le escapaba.

Eduardo con su perro y el caballero gordo, bajaron de sus respectivos carruages, y al momento se vieron rodeados de un grupo inmenso de curiosos, atraidos por la novedad. Los promovedores del alboroto hablaban acaloradamente en inglés, y no eran entendidos; pronto llegó al sitio del conflicto tres agentes de seguridad y el Inspector de policía del 4º distrito.

Era este un caballero muy fino é ilustrado; después de servir á la pátria en las filas del ejército, se habia retirado con el grado de comandante, y unia á su inteligencia un gran tacto para distinguir á los verdaderos criminales de los que por circuns-

tancias especiales llegan á parecerlo. El Inspector hablaba medianamente en inglés:

—Vamos á ver, ¿ qué ha pasado aquí? preguntó.

—Que el señor, dijo el perseguidor de Eduardo, señalándolo con el dedo, me ha robado mi perro, y, ya vé V., no lo quiere soltar.

—Falso, dijo el aludido; este perro es mio, lo compré... que se yó, en la Meca seguramente, donde los hay que dá gusto.

Poco faltó para que el juez se echara á reir con la salida de tono de Eduardo, al que desde luego condenó en su conciencia.

—Suelte V. el perro, dijo á éste, que le obedeció; ahora llámenlo ustedes por su nombre.

—Pitt!! gritó Eduardo, creyendo que el perro seria consecuente con su nuevo nombre.

—Capitan!! dijo el hombre gordo.

El perro dió un brinco y se puso á su lado.

—Ya vé V. que es mio, añadió.

—Pues bien, repuso Eduardo, fuera ya de sí; el perro no es mio, esta es la verdad, caballero; pero tampoco de ese botijo que se lo apropia; pertenece á una bella señora, amiga mia, la que está inconsolable por la pérdida de su perro; yo iba á restituírselo, íntegro y acabado de almorzar.

—¿Cómo se llama esa señora? preguntó el Inspector.

—Se llama.... le diré á V. como se llama.... luego, pero entretanto sepa V. que usa un vestido blanco...

El pobre Eduardo estaba aturrullado y no sabia *lo que hablaba.*

—¿ Cómo se llama ? insistió el juez mirando fijamente al capitan, que acabó de perder su aplomo.

—Se llama... ¿ pero ya no le dije á V. que viste un trage azul ?

—Caballero, V. se contradice; si el vestido de esa señora, en el que estriba la pésima defensa que hace V. de su conducta, es blanco, no es posible que tambien sea azul :

—Señor juez, contestó balbuceando Eduardo, sostengo que la dueña del perro vestia color lila, y esto lo repetiré siempre ; ¿ hay alguna ley en España que prohiba á una señora escocesa, parienta cercana de Lucía de Lammermoor y admiradora entusiasta de la pesca del bacalao, vestir un trage verde ?

—Está loco ! murmuró por lo bajo el Inspector con voz conmovida. ¡ Pobre jóven ! Será menester llevarlo á Mazorra.

—¡ Á Mazorra ? gritó espantado Eduardo, que se acordó del consejo de Jorge. No, señor, yo no iré sino hecho pedazos.

Á una señal del Inspector de policía los agentes de seguridad se apoderaron de Eduardo, para impedirle cometer un arrebato, con todo el respetuoso miramiento que inspira la desgracia.

—Me llevo mi perro, dijo el señor grueso, que no parecía insensible al estado lastimoso de su contrario ; puedo asegurar á V. que me pertenece ; para mas garantía me pongo á la disposicion de V.

Y entregó al Juez una targeta bellamente litografiada, que espresaba su nombre y calidad.

—¡ Mi *perro*!—seguia gritando Eduardo, al ver

que perdía la partida, pretendiendo meter el asunto á barato.

—¡ Ese perro es mio !! dijo un hombre que á duras penas se habia abierto paso entre la muchedumbre, cayendo como una bomba en el sitio de la disputa.

Era el misterioso personage que ocupaba el tercer coche observando á los dos primeros ; el capitan Jorge Douglas.

—Jorge, amigo mio ! gritó al verle Eduardo, deshaciéndose de los que lo retenian suavemente y precipitándose en los brazos de su amigo.

Jorge dirigió una elocuente mirada al contrincante de Eduardo, á la que este contestó con otra no menos significativa y una tranquila sonrisa.

—Este perro es mio, señor Inspector, se llama efectivamente Capitan ; ya vé usted como el pobre animal me reconoce. Soy Fulano de tal, y vivo....

—¿ Es verdad esto ? prejuntó el juez al hombre grueso.

—Si, señor ; el perro le pertenece.

—¡Cómo, dijo Eduardo, que se esforzaba por entender lo que pasaba ; conque mi perro es tuyo, conque eres tú, Jorge, el te vistes de blanco y de azul.... ¡ Ay, no puedo mas !

—¡ Pobre Eduardo ! estás loco, respondióle Jorge. Bien te dije yo que pararias en Mazorra !

—Oh si, contestó Eduardo, con resignado al par que angustiado acento : yo estoy loco, mi frente arde, tengo fiebre.... pues bien, cúmplase mi destino. Que me lleven á Mazorra.

Y al decir esto, sus grandes azules, llenos de lá-

Cuando Jorge dejó en lugar seguro á Eduardo, se fué á ver su hermana, la pobre Jenny, como la llamaba invariablemente, acompañado del señor obeso; reunidos los tres en *petit comité*, empezaron las explicaciones en tono menor, pronto llegaron estas al sobre-agudo mas culminante que puede resistir el diapason humano arrostrando el peligro de la ronquera, y como hablaban en su lengua natal, armaron un guirigay verdaderamente infernal para oidos españoles.

Pero, ¡ se dijeron allí unas cosas ! No, la verdad es que, en inglés y todo, los tres se explicaban perfectamente y sin cojer resuello.

La *pobre* Jenny, demostraba que su cacareada pobreza no se estendia á sus recursos oratorios, porque llevaba la *batutta* en la discusion y charlaba hasta por los codos con aturdidora elocuencia.

Pero, ¿ qué decian ?

¡ Ay lector ! Si nosotros supiéramos tanto de inglés como el Sr. Inspector del 4º distrito de la Habana, podríamos entender su conversacion y hasta meter en ella nuestra cucharada. Pero hay que resignarse á seguir ignorando lo que hablaban nuestros personages, y yo tengo mis razones para condenarte á esa ignorancia necesaria á mi historia.

Y para que veas que juego limpio voy á decirte clarito por qué.

Permíteme que haga aquí una digresion.

***

Oye, amigo mio.

Si yo te pongo al corriente de lo que hablaban

Jenny, Jorge y Cª y te enteras del asunto, como eres harto perspicaz no solo verias claro el pasado embrollo, sino que hasta adivinarías los acontecimientos futuros, y aquí daria fin la historia.

Pero eso no entra en mis cálculos y no lo conseguirás, te lo juro por quien soy, como dicen las gentes que se figuran ser algo. En este asunto mando yo, y..... ¡silencio!

Necesito escribir, por lo ménos, veinte páginas mas en esta historia de percances amorosos y perrunos misterios, y hasta que no concluya con la diez y nueve no esperes de mí nada que parezca una explicacion. Vamos, que no.

Conque tienes que aguantarte por la buena, ya que así lo exigen las proporciones de este libro.

Haste el cargo que yo te ofrecí 300 pájinas, haciendo cálculos alegres que me salieron fallidos. Esto no es nuevo. Todos los dias se ven por los suelos cálculos que fueron hechos con todos los requisitos prescritos por la lójica, cuyos autores creyeron al hacerlos ganar el oro y el moro, y luego no sacaron ni para las luces.

Contaba yo muy ufano con mis quince artículos de costumbres y otros asuntos para llenar con rumbo lo menos 200 de las 300 páginas consabidas; el resto, consagrado á la música celestial, estaba garantido por el buen número de versos de todos calibres que forman al final del presente tomo. Pero, hijo, me sucedió lo que á la lechera de la fábula; los artículos se imprimieron y ahí los tienes, son quince justitos, ni mas ni menos, pero las páginas que los encierran no suman mas que 88.

¡ Horror !

¿ Qué hacer ?

Escribir otros tantos articulitos para arribar en alas de la literatura al menudeo al término que me habia fijado, era una idea que me aterraba.

Y, como me aterraba, deseché la idea. ¡ Pues no faltaba mas !

Entónces me dije : escribámos una verídica historia de cincuenta páginas de largo y cinco pulgadas de ancho cada una de estas, y de un tiron me planto en lo justo, atrapando el picaro guarismo que me es indispensable para quedar lucido, en cuya empresa me ayudarán un par de articulejos que siempre hallaré trasconejados en la sombrerera que me sirve de archivo ó en los recovecos de mi magin.

Y dicho y hecho.

Esta es, lector, la historia de la idem que estás leyendo. Ya sabes lo que te espera, y no te puedes llamar á engaño.

Cincuenta páginas ¿ estamos ? y tienes que apechugar con ellas ó cerrar los ojos.

Abur.

***

Ocho dias permaneció Eduardo en cama, presa de una violenta fiebre que lo puso á los bordes de la tumba ; pasaba las noches en un completo delirio y los dias sumerjido en el mas profundo abatimiento. No daba señales de reconocer á ninguno de los amigos que frecuentemente rodeaban su lecho ; parecia haber perdido la memoria y no tenia concien-

cia de lo que le sucedia ni del sitio donde se hallaba.

A veces dejaba escapar frases incoherentes, cuyo sentido era un misterio para todos; llamaba á grandes voces á una muger que juraba amar, pero cuyo nombre jamás salió de sus labios; maldecia á Jorge, se creia tan pronto á bordo de su buque como encerrado en Mazorra, nombre que siempre pronunciaba con terror; quería tomar venganza sangrienta de agravios que no explicaba, y luego caia en la estúpida preocupacion de creerse perro, llegando su extraña manía hasta ponerse á gatas en el lecho y ladrar por espacio de horas enteras.

Decididamente era un cuadro lastimoso el que ofrecia el jóven capitan del *Melbourne.*

Su juvenil robustez triunfó al cabo de la enfermedad. Volvió en sí, pero no se atrevió á hacer la menor pregunta á ninguno de los que veia, incluso á Jorge, porque desconfiaba de todos y temia que le engañaran de nuevo. ¡ Tan escamado estaba el pobre Eduardo !

Cuando tras largos ratos de silenciosa cavilacion pudo comprender algo de su situacion presente y se dió cuenta de las causas que lo habian llevado al extremo á que se veia reducido, tomó una determinacion heróica. Hizo propósito de enmudecer y observar, y hasta de hacerse el muerto si le acosaban demasiado.

Aquellos dias de reposo habian devuelto á su espíritu la perdida calma; verdad que su memoria le era á veces infiel, efecto de la debilidad de su cerebro y de la postracion que le aquejaba; pero así y

todo tuvo lugar de reflexionar, y la reflexion lo puso en el buen camino.

Por lo pronto le dijo quien podria ser la misteriosa muger que veia en todas partes; se rebatió á sí mismo la idea para provocar la certidumbre y se pidió pruebas, pero estas las halló en la conducta de Jorge y en la presencia del perro. Tranquilo sobre este punto, se hizo el sueco y esperó lo que pudiera sobrevenir.

Jorge entró á visitarle, como acostumbraba hacer diariamente; examinó á Eduardo con profunda atencion, pero este cerró los ojos, llamándose andana.

—¡ Eduardo ! dijo Jorge, en voz baja.

—Á la otra puerta, respondió para sí Eduardo, que no se movió.

—Siempre en el mismo estado ! De aquí no sale este infeliz sino loco ó imbécil.

—Cuéntaselo á tu abuela, pícaro, pensó el enfermo; el imbécil lo eres tú; de aquí salgo yo en perfecto estado para continuar la escena de mojicones que interrumpió la señora del traje verde, que Dios confunda.

Entró el médico.

—¿ Doctor, le preguntó Jorge, qué opina V. de la enfermedad de mi amigo ?

—Que si hoy no vuelve á la razon, será preciso acudir á las lociones generales de agua helada.....

—¡ Mal rayo te parta ! dijo Eduardo, continuando sus apartes.

—Ó bien, concluyó el médico, á grandes cáusticos en la parte extrema del cuerpo.

Al *oir esto*, Eduardo abrió con cautela un ojo

para ver la pinta del médico que segun él se proponia asesinarlo ; el galeno le tomó el pulso y se puso á meditar.

—¿ Y bien ? preguntó Jorge.

—El pulso demuestra evidentemente que se ha operado en el enfermo la crísis que yo esperaba. ¡ Es estraño ! Ya debia hallarse en un período de lucidez. En fin, escitaremos su sistema apelando al agua fria.

Y dió las órdenes oportunas á un practicante.

—Mal negocio, pensó Eduardo ; si no doy fé de vida activa, me van á poner mas fresco que un granizo y de seguro me baldan. Ea, digamos algo.

Y suspiró.

—¡ Ha vuelto en sí ! dijeron á un tiempo el médico y el amigo.

—Eduardo, ¿ me conoces ? agregó Jorge.

Abrió el enfermo los ojos penosamente, echó una vaga mirada á los que estaban allí, y luego, dando una media vuelta se arrebujó en las sábanas, diciendo :

—¡ Buenas noches !

—Esto es, observó el médico, que la crísis sobrevino ya. ¡ Si no podia faltar ! Vaya, no le importunemos ; necesita reposo.

Jorge y el facultativo se fueron, y Eduardo, al verse solo, tiró al aire una zapateta y se sentó en la cama.

—¡ Tengo hambre ! murmuró.

Al buscar con la vista algo que pudiera servir de alimento, tropezaron sus ojos con un pedazo *de tabaco* anduyo que Jorge habia dejado distrai-

damente sobre el lecho, después de tirarle un soberano mordisco. Tomólo Eduardo, lo contempló con pena y se lo metió en la boca exclamando filosóficamente :

—Á mal dar, tomar tabaco, aunque sea anduyo. La *pobre* Jenny, se pirra por él.

Y volvió á acostarse lanzando una histérica carcajada.

Aquella noche vió Eduardo abrirse las puertas de la habitacion y dar paso á una muger jóven, hermosa, de mirada lánguida y magestuoso continente. Á la débil claridad que despedia una lamparita colocada sobre el velador, creyó reconocer en aquella señora á su adorada aparicion de la alameda del *Peregil*.

Juzgó soñar, y pidió á Morfeo que lo retuviera por siempre en su mundo ideal ; temiendo ahuyentar con el menor ruido á la bella vision que le hacia feliz, ni se atrevió á respirar ; su alma entera estaba entregada á la contemplacion de la hechicera criatura que se habia presentado allí como evocada por el ángel tutelar del pobre capitan.

La desconocida avanzó hasta la cama de Eduardo y trató de descorrer las cortinillas, pero después de reflexionar un segundo se retiró sin haberse atrevido á hacerlo. Entónces notó Eduardo que la dama no estaba sola ; la acompañaba el hombre gordo que tan vívamente le disputara la posesion del perro ocho dias ántes, y hasta el mismo perro se hallaba allí tambien, cómodamente sentado sobre sus patas traseras.

El caballero se acercó á su vez á la cama ; com-

templó á Eduardo, que fingió dormir, y después de tomarle el pulso y palpar su frente, dijo á la dama en voz baja.

—Duerme; está ya fuera de cuidado.

—Despachemos pues, contestó esta en el mismo tono, aproximándose al lecho.

El corazon de Eduardo rebotaba en su pecho como una pelota de goma; estaba allí, á dos pasos de él, al alcance de su mano, la muger misteriosa que amaba con locura, por la que tanto habia sufrido y sufria aun; él la contemplaba á través de sus entreabiertos párpados, y se sentía renacer á la vida con todo su perdido vigor; en fin, era en aquel momento dichoso hasta la pared de enfrente.

Abrió ella con resuelto ademan las cortinas del lecho, é inclinó su rostro sobre el del atortolado Eduardo, para examinar las huellas que en él habia impreso la enfermedad; uno de sus rizos tocó las mejillas del capitan, que se estremeció á su sedoso contacto sin poderlo remediar. La dama se retiró bruscamente.

Pero dos minutos después, que fueron años para Eduardo, la desconocida volvió junto á la cama, diciendo á su compañero, que no podia oirla porque se hallaba al otro estremo de la habitacion:

—¡ Que Dios me perdone si hago mal, pero no puedo resistir los impulsos de mi alma; me he propuesto llevar á cabo esta idea y ha llegado la hora de realizarla. ¡ Con tal que no se mueva, es cosa de un instante!

Creyó Eduardo que estas palabras envolvian una *mortal* amenaza, y como era natural, se puso en

guardia. Recordó entónces que la presencia de aquella muger habia sido siempre para él de mal agüero, y, temiéndolo todo de su ódio femenil, resolvió estar alerta.

La dama, después de lanzarle una mirada intensa, que traspasó al enfermo de parte á parte, sacó de su bolsillo con vacilante mano un objeto largo y agudo, de acerada punta, que al ser herido por la luz de la lámpara despidió rayos de fúnebre significacion.

Eduardo no podia equivocarse; aquello era un puñal. Se trataba lisa y llanamente de asesinarle.

Al bajar ella su diestra armada sobre el pecho de Eduardo, este dió un terrible grito y sugetó el brazo homicida. Otro grito, que revelaba una indecible angustia salió de los lábios de la dama, que rápida como el pensamiento dió un soplo á la luz dejando la escena á oscuras, y se deshizo por medio de un violento esfuerzo de las uñas del capitan. Eduardo, esperando de un momento á otro recibir la fatal herida que pusiera término á su existencia, reunió cuantas fuerzas le quedaban y saltó del lecho, pero un agudísimo dolor que sintió en una pantorrilla le hizo caer al suelo, arrastrando consigo el velador, una silla, la mesa de noche y otros objetos; entónces gritó á todo pulmon : ¡ qué me matan !

Un momento después la habitacion del capitan se vió invadida por una multitud de empleados del establecimiento que acudieron con luces; pero no vieron en ella á nadie, ni aun á Eduardo. El revuelto lecho, los muebles esparcidos y todo lo que se habia derramado, inundando la estancia, indica-

ban la lucha, en tanto que algunas gotas de sangre que salpicaban el pavimento denunciaban un crímen con evidencia aterradora.

En esto se oyó el ruido de un coche que se alejaba á escape.

Al poner en órden los objetos que estaban por el suelo, los criados vieron al capitan que yacia inanimado debajo de la cama, donde se refugió en la oscuridad huyendo á una muerte segura; preciso fué sacarle de allí y prodigarle los auxilios que imperiosamente reclamaba; de su pierna derecha chorreaba la sangre, y se notaron en ella algunas pequeñas, pero profundas heridas, semejantes á las que son producidas por los dientes de un perro.

Indudablemente, el capitan habia sido mordido por su tocayo.

Este suceso fué explicado del siguiente modo por la gente de la casa: un caballero y una señora habian venido á visitar al enfermo; traian un perro, y al retirarse, el animalito, deseando exhibir sus gracias, se habia acercado á la cama y mordido furiosamente al capitan, que se puso á bailar de gusto. De ahí el fracaso.

Este trágico incidente retuvo á nuestro héroe ocho dias mas en el lecho del dolor, que unidos á los anteriores suman diez y seis dias echados á perros en toda la estension de la palabra.

Jorge no iba ya con tanta frecuencia á ver á su amigo, y este ni siquiera preguntaba por él; se habia propuesto olvidarlo todo, y empezaba por echar de su memoria y de su corazon el recuerdo de Jorge.

Por fin este vino á verle cuando ya Eduardo es-

taba casi restablecido, y le saludó dándole un abrazo que el otro recibió sin devolverlo.

Después de un largo silencio durante el cual Eduardo se entretuvo en la interesante operacion de contar las vigas del techo, Jorge le dijo:

—Eduardo, ¿no tienes nada que decirme?

—No.

—Nada esperas ni deseas?

—Si, espero en Dios y deseo que me lleven á bordo de mi bergantin.

—Imposible. El *Melbourne* ha salido para Cárdenas, fletado para cargar miel con destino á un puerto de Inglaterra.

—¡Ha partido sin mi! ¿Es posible?

—Si, tu segundo se hizo cargo del mando, interin recobrabas tu salud.

—Está bien.

Y Eduardo dió unos cuantos pasos por la estancia, apoyándose en su grueso baston; después lo arrojó y empezó á andar sin ageno auxilio, con bastante seguridad. Cuando hubo hecho esta prueba, de resultado satisfactorio, escribió unos renglones en un papel, que entregó á un criado indicándole lo hiciera llegar al punto que decia la direccion.

—¿Puede saberse, dijo Jorge, lo que piensas hacer?

—Si, porque no es un secreto; me voy á Cárdenas á hacerme cargo de mi buque, que me estará esperando. Deseo volver á Europa cuanto antes.

—Esa determinacion desbarata mis proyectos. Yo queria tenerte aquí unos dias mas, en mi compañía y en la de mi pobre...

—Jorge, de una vez y ¡ para siempre ! No hablemos de un pasado que me avergüenza; te lo prohibo terminantemente en nombre de nuestra amistad..... si es que amistad me has tenido alguna vez.

—Sea, puesto que así lo quieres; hoy ménos que nunca pretendo contradecirte; pero he de darte una queja: Eduardo, eres injusto conmigo.

—Bien está; dueño eres de pensar de mí lo que te se antoje.

—Es decir, que nada esperas, que nada piensas encontrar aquí que te sea grato, y ni quieres oirme ni deseas saber...

—Nada; con llevarme la vida que me quisieron arrebatar me doy por satisfecho.

—Yo iba á decirte algo que me pertenece; he dejado el mando de la *Elizabeth* y he entrado de sócio en la casa de comercio de mi hermano. ¡ Qué quieres ! Menester es ir pensando en el mañana. En cuanto á la...

—Jorge, perdóname, pero nada de lo que me cuentas me interesa saber; he perdido la memoria y no apetezco recobrarla por ahora.

Como se vé, igual empeño que ponia Jorge en sacar á su hermana en la conversacion, demostraba el cuco Eduardo por evitar que se hablara de ella.

Aquella escena entre los dos capitanes debía conducir á un necesario rompimiento á poco mas que continuara, tal era la amargura que respiraban las palabras de Jorge y la mal disimulada violencia que se notaba en las de Eduardo.

Por fin, el primero se levantó y dijo á su amigo *en tono solemne*, mientras tomaba su sombrero:

—Eduardo, hay entre los dos un misterio que es preciso aclarar; á eso venia, cumpliendo un deber de amigo y de caballero; pero una vez que no quieres oirme, puesto que me haces la injuria de creerme un villano, mi dignidad ofendida me prohibe insistir. Vas á Cárdenas; yo tambien. Si hoy estás enfermo, mañana tal vez habrás recobrado tu salud. Ese dia estará completamente á tu disposicion el capitan Jorge Douglas para darte las satisfacciones que desees en el terreno en que las personas decentes acostumbran darlas. Adios.

—Vaya usted.... contestó Eduardo, sin completar la frase, por que Jorge ya estaba en la puerta de la calle que atravesó echando chispas.

—Valiente discurso me ha pronunciado ese tio! dijo. Y, no hay duda, habla con tal formalidad que cualquiera diria que tiene razon. No, yo no le quiero mal, y sin embargo estoy dispuesto á quitarle las ganas de comer para toda la vida; pero esa obstinacion en hablarme de su hermana......

Tocó el timbre y apareció un criado, con el que mandó á llamar á un empleado del establecimiento que hacia las veces de intérprete. Por él supo que el vapor *Comanditario* salia aquella tarde para Cárdenas, y se dispuso á emprender su viaje.

—La hermana de Jorge, pensaba en tanto que arreglaba su maleta, sé ya quien es. Jamás fuí á verla, es verdad; el corazon me decia que ella seria la causa de mi perdicion; verá usted como por su causa su simpático hermanito concluirá por plantarme bonitamente una bala entre ceja y ceja. No quise verla, creyendo que seria un fenómeno, y en esto

obré lo mas estúpidamente posible, lo confieso; pero ella se dió trazas para dejarse ver de mí, y yo fuí un bárbaro en prendarme de su hermosura.

Eduardo lanzó un profundo suspiro, y siguió ordenando su equipaje continuando al mismo tiempo su monólogo:

—No puedo negar que la amo, y eso que hasta ha querido asesinarme, cuando me veía indefenso, casi exánime, en un estado en que hasta los enemigos son respetados por ley de guerra. Pero, ¿por qué me querria escabechar esa buena señora? Averígüelo Vargas; por mi parte no lo sé, y probablemente no lo sabré nunca; pero en fin, por algo seria, y á falta de mejor razon esta puede pasar.

En esto entró un sirviente que le entregó una carta. No hizo Edeardo mas que ver la letra del sobre, y la arrojó al suelo esclamando:

—Es de esa pérfida muger. Pues bien, no he de leerla; seguramente contendrá un nuevo enredo.

Y la arrojó á un rincon de un puntapié, á pesar de que rabiaba por enterarse de su contenido; hizo mas, le volvió la espalda para huir de la tentacion.

—Lo que en vano he procurado esplicarme, se decia prosiguiendo sus interrumpidas reflexiones, es la presencia de esa muger en la corbeta de su hermano, y en el correo, y en Cádiz, y en la Habana, y ¡qué se yo! Lo peor es que nadie ha de venir á contármelo, porque yo no he de hablar con ella y en cuanto á Jorge, si lo mato, no es fácil que después de muerto esté de humor de contar historias, y si él me mata bonito estaré yo para oirlas. ¡*Si esa carta* me diera alguna luz!

Y ya iba á cojerla, cuando retiró la mano avergonzado de su debilidad.

—No, he dicho que no, y sostendré mi palabra; este es el momento de mostrar firmeza..... con todo, tirar una carta sin leerla es una grosería indigna de mí, que me precio de estar bien criado; pues, señor, ya veo que tendré que hacer el sacrificio de enterarme de ella en obsequio de la buena educacion.

Y contento con poder escusar su debilidad á sus mismos ojos con este especioso argumento, tomó la carta y la abrió con rapidez. Todo lo que contenia era un retrato en targeta, el retrato de *ella*, y al pié escritas con caractéres microscópicos estas palabras: *siempre tuya.*

—Pues mira, dijo Eduardo, yo soy de otra opinion, pues tales mañas tienes, hija mia, que el diablo que te aguante. Mia.... si, ¡ te veo ! Pues bien, si eres mia, yo te regalaré al primer transeunte que te solicite.

Aunque así desahogaba el capitan su mal humor, lo cierto es que no podia apartar sus ojos de aquella hechicera fotografía en cuya contemplacion hallaba un irresistible encanto. En un momento de entusiasmo, que no fué dueño de contener, le dió un irreflexivo y sonoro beso, y luego, volviendo á dejarse dominar por el coraje le tiró tal dentellada que lo partió precisamente por unas líneas más abajo del talle de la dama. Después guardó cuidadosamente los pedazos, pensando que le vendrian de perilla para enviarlos á la mollera de Jorge convertidos en tacos.

Á las cinco de la tarde dejó la Quinta del Rey y fué á despedirse de su consignatario, el que le dió

las últimas instrucciones; allí supo que efectivamente el *Melbourne* habia sido fletado por una casa comisionista de Cárdenas y que estaba próximo á darse á la vela.

De la casa de comercio se dirijió al muelle de Luz y se embarcó en el *Comanditario*; diez minutos después se ponia el buque en marcha para su destino.

VII.

Casi todos los pasageros salieron á la toldilla para respirar á su satisfaccion las gratas brisas marinas; Eduardo quiso hacer lo mismo, pero halló obstruida le estrecha escalera por un caballero de enormes proporciones que pugnaba por llegar al último escalon y librarse de los que lo empujaban inconsideradamente para abrirse paso El capitan reconoció en él al grueso acompañante de su dama, y sin ninguna ceremonia le agarró del brazo y le arrastró á un rincon, sin que el otro hiciera la menor resistencia.

—Deseaba con anhelo verle, caballero; le dijo Eduardo; necesito una explicacion categórica de la conducta que ha observado V. conmigo, entrometiéndose en mis particulares asuntos, y, ó me la dá V. tan cumplida como la espero, ó nos batimos á muerte en cuanto pisemos un palmo de tierra.

—Siento no poder complacerle, capitan. Yo no tengo explicacion alguna que dar, y no me bato nunca.

—Le llamaré á V. cobarde.

El otro contestó á este insulto con una tranquila sonrisa.

—Le abofetearé en público, continuó Eduardo exasperado.

—Usted no hará eso, capitan, pero si lo hiciera...... tampoco me batiria.

—Es decir, que tendré que asesinarle? ¡ Yo le suplico que no me ponga en ese caso, porque no respondo de mí !

—Mr. Davis, dijo el caballero grueso con acento solemne y un tanto conmovido ; yo no puedo derramar la sangre de mis hermanos, y si alguno de ellos me ofende, le perdono de todo corazon. Yo tengo una sagrada mision de paz y consuelo que cumplir en el mundo, y haré siempre mi deber. Capitan Davis, soy sacerdote católico !

Esta respuesta dejo á nuestro héroe estupefacto ; sin contestar una sola palabra se descubrió reverentemente, y tomando una mano del sacerdote pronunció con voz ahogada la palabra ¡ perdon !

Era que el valiente marino rendia justo homenaje á la sublime religion que sus padres, honrados irlandeses, le habian inculcado.

—Venga V. conmigo, capitan.

Eduardo obedeció, y bajaron á la cámara. En un sofá, colocado al fondo de ella, estaban Jorge y su hermana ; al verla Eduardo, la escena del puñal vino á su memoria y sacó un revólver de ocho tiros de su bolsillo ; pero inmediatamente lo volvió á guardar.

Los cuatro personajes se reunieron, guardando un embarazoso silencio.

—*Mr.* Davis, dijo el sacerdote, me ha suplicado

le presente á la señorita Jenny Douglas, y yo le complazco gustoso.

Eduardo y Jenny se saludaron políticamente.

—Capitan, dijo Jorge, no es aquí donde nosotros debiéramos volver á vernos. Nada tenemos que decirnos después de lo ocurrido esta mañana, pero mi hermana y este caballero me suplicaron......

—Jorge, interrumpió Eduardo, yo he sido contigo sobrado cruel, demasiado injusto; lo conozco. Me dejé llevar del despecho, y te ofendí. Hago esta confesion sin avergonzarme porque me la inspira la lealtad. Yo te ruego olvides mis imprudencias y te alargo mi mano con la esperanza de que la tuya no la rechazará. ¿Quieres mas?

Á este patético discurso contestó Jorge con un fraternal abrazo, en el que permanecieron estrechados los dos amigos algunos segundos.

—Jenny, dá la mano á Eduardo; que *que al fin se digna visitarte*, dijo Jorge.

Eduardo estendió su diestra, pero ella no la tocó.

—Mi mano, dijo con acento penetrante y dulce á la vez, está acusada de homicidio por el capitan Davis; la mano de un criminal no puede tocar la de un honrado marino.

—Perdon, Jenny, perdon! esclamó Eduardo. Pero el caso es, añadió mudando de tono, que usted, señorita, no tenia las mejores intenciones al blandir sobre mi desnudo pecho el consabido chisme que brillaba á la luz de la lámpara.

—¡ Eran unas tijeras! dijo el sacerdote.

—Callad por Dios, replicó Jenny con viveza, poniéndose como la grana.

—No, no calleis, repuso Eduardo ; decid la verdad ; yo, que he dado pruebas del respeto que os tengo, os lo suplico.

—Otro lo dirá por mí, capitan ; son detalles que no me compete aclarar. Hablad, Jorge ; hablad, Jenny ; vosotros jamás habeis mentido, porque yo os he enseñado á no mentir. ¡ Hablad de una vez !

—Pues bien, dijo Jorge, Jenny queria.... Eduardo, hazme el favor de no mirarla por que se vá á morir de vergüenza ; ponte de espaldas, así ; oye ahora : Jenny iba á verte á menudo en mi compañía durante tu enfermedad ; como no estabas en tu juicio, no pudistes conocerla. En una de esas visitas concibió un proyecto que después del escándalo á que dió lugar el querer llevarlo á cabo, me ha confesado avergonzada y no sé si arrepentida tambien... el de cortar un rizo de tu cabello y guardarlo como un recuerdo tuyo, por si desgraciadamente sucumbias.

Jenny dió un ahogado grito y escondió el rostro entre sus manos. Eduardo se aproximó á ella é inclinándose á su oido le hizo oir un *¡ te amo !* que salia del fondo de su corazon.

El perro, que no se apartaba una línea de su dueña, pareció comprender de qué se trataba, y aprobó la declaracion amorosa con un bostezo.

Una hora después, nuestros cuatros conocidos cenaban alegremente. Hay quién dice que el amor quita el apetito, pero Jenny y Eduardo se propusieron demostrar lo contrario, cenando admirablemente bien ; esto prueba que el amor entre los ingleses es de buena calidad. Concluida la cena, Eduar-

Los dos hermanos subieron de nuevo á la toldilla. Comprendiendo Jorge que los dos amantes tendrian mucho que decirse, se separó discretamente unos cuantos pasos de ellos, y llamó al perro para tener quien le hiciera compañía.

Es menester, decia Eduardo á su amada, que me aclares todos esos embrollos.

Sí, Eduardo, todo lo sabrás..... Pero, dime, ¿te parezco tan horrorosa como me suponias?

No me hables de eso, porque soy capaz de tirarme al mar.

Eso no es responder; quiero saber si la desairada y aun despreciada Jenny, que sin conocer calumniastes; si Jenny que te amaba y sufria por tu ingratitud, sigue siendo para tí una detestable muger quemasca anduyo..... ¿Crees que yo masco eso, Eduardo?

—Te diré, respondió este con tono sério; yo, aunque parezco hombre, soy un animal. He dicho:

Una sonora carcajada fué la respuesta de Jenny.

—¿Quién te contó eso? le preguntó su amante.

—¿Quién? Mi hermano; él adivinó mi amor, amor imprudente nacido de la contemplacion de un retrato tuyo que Jorge poseía; deseé conocerte, y mi hermano, que me ama y te ama, se encargó de tu presentacion, pero tú te negastes siempre á ello. Quiso saber la causa, y aunque al principio Jorge me la negó, ostigado por mí me confesó mas tarde con su habitual franqueza que cediendo á una disculpable vanidad de familia te habia dicho que yo me parecia á él; y como mi buen hermano está algo léjos de parecerse á Adonis, no fué menester mas

para que tú hicieras extravagantes deducciones y huyeras de mí temiendo caer en algun lazo, ó contraer compromisos.

—¡Es verdad! contestó Eduardo; por eso te decidistes á presentarte á mi vista guardando el incógnito y tomar justa venganza.... Pero dime, ángel mio, ¿podré saber qué ibas á hacer á las diez de la noche y sola por la alameda del Peregil? porque este dato me desazona por su gravedad.

—Por qué no! habia ido á tiendas; después quise dar un paseo, y cuando me dirigia al muelle para tomar el bote que me aguardaba para llevarme á bordo, me encontrastes. Por lo demás, na iba tan sola; me acompañaba el buen sacerdote que conoces, pero como al verte apreté el paso, y al notar que me perseguias emprendí la carrera, me alejé de él; por eso no lo vistes á mi lado.

—Todo lo comprendo ahora; pero ¿Jorge sabia que tú eras mi desconocida de la alameda? ¡Y me lo ocultó cuando en el café de *Apolo* le confié mis nacientes amores!

—Sabia tanto como tú, respondió Jorge, que no perdia una sílaba de la conversacion. Todo fué para mí un misterio hasta que á consecuencias del rapto del perro y la escena que siguió en la calzada del Monte, tuve una conferencia con Jenny, que me lo confesó todo.

—Vaya, pues está aclarado una parte del enigma. Falta saber cómo te ví á bordo del correo y luego en....

—¡Eduardo mio, le interrumpió Jenny con amoroso acento y echándole una mirada capaz de

derretir á un guarda-canton; no hablemos de eso por ahora, yo te lo ruego! Mira qué hermosa está la noche, cuán bella la luna, qué fresca la brisa que besa nuestras frentes; todo sonrie en derredor nuestro, todo es armonía, tranquilidad, dicha inefable. Parece que los génios de la noche saludan nuestros amores y entonan en su loor himnos de alabanza, repetidos por las olas que blandamente acarician nuestro buque, tendiendo bajo su quilla un manto de blanca espuma...... Hablemos de amor, de ese amor eterno, sublime y puro que embarga nuestras almas; de ese amor nacido en el mar y en el mar correspondido... *Amor á la vela*, que se desarrolla entre dos inmensidades, el firmamento y el Océano......

VIII.

El *Melbourne* estaba listo ya para emprender viaje, pero su capitan, ocupado en arreglar primero el suyo al puerto del matrimonio, daba mil escusas á los fletadores procurando ganar el tiempo necesario para redondear su casamiento y llevarse á su esposa junto con el cargamento de miel que ya tenia á bordo.

Por fin obtuvo todas las esplicaciones apetecidas. El enigma habia dejado de serlo, y ya veia claro. Supo que Jorge, temeroso de que el equinoccio cogiera á la *Elizabeth* en los mares antillanos, habia tomado pasage á bordo del vapor correo para Jenny y su respetable compañero; ella habia escrito á *Eduardo* la carta que conocemos, ántes de saber la

determinacion tomada por su hermano, tomando un nombre supuesto para desorientar al capitan, y la carta y su autora salieron de Cádiz juntas y juntas llegaron.

Jenny supo en la Habana la arribada á Matanzas de la *Elizabeth*, y corrió á la ciudad de los dos rios para abrazar á su querido Jorge, en cuya compañía estuvo hasta que con él vino á la Habana en la corbeta, y desde su bordo vió á Eduardo que en el muelle de Caballería estaba presenciando la entrada del buque.

¿ Qué más ?

Ah ! que todas las tribulaciones del infeliz capitan fueron debidas al carácter original y arrebatado de este y principalmente á la casualidad.

Se fijó por fin el dia de la boda ; Eduardo hubiera deseado ahorrar los trámites y casarse en seguida, como si dijéramos, á la *zumba y aguanta*, porque el comerciante no le dejaba á sol ni á sombra exigiéndole que abandonara el puerto ;así es que el capitan huia de él como el diablo de la cruz.

Una noche se lo encontró de manos á boca, y no hubo remedio, tuvo que hacerle frente.

—¿ Qué es eso, capitan ? le pregunta el comerciante, yo le hacia á V. en alta mar.

—No pude salir, contesta el capitan un poco cortado ; me hacia falta agua y hoy me la llevan. De fijo que salgo..... mañana.

—Ea, pues buen viaje.

—Adios.

—Abur.

Eduardo fué á ver á su ídolo al hotel donde vi-

via con su hermano, y le pintó su comprometida situacion. Pero por mas esfuerzos que se hicieron, el matrimonio no podia verificarse sino pasados dos dias.

Al ir nuestro héroe á casa del cónsul, quiso su mala suerte que tropezára en la calle con su fletador, y para ahorrarse nuevas disculpas se metió el sombrero hasta la barba y tomó un paso de locomotora á fin de perderlo de vista; pero el comerciante, que lo habia conocido, corrió tras él y consiguió atraparlo por un faldon de la levita.

—¿Capitan, por que no se ha marchado usted? ¿No tiene V. ya bastante agua? le dijo.

—Sí señor, veo que la marea sube mucho.

—No es eso, si le falta mas aguada.

—¡Ah! no tal! lo que me falta ¿entiende usted?.... pues bien, eso mismo es lo que me falta, y faltándome eso, comprenderá V. que no puedo emprender viaje.

—¿Pero, hombre, qué es lo que le falta?

—Cualquier cosa.... ¡ah! leña, si señor, eso es lo que me hace falta, mucha leña. En cuanto me la den me marcho. Y dicho esto desapareció mas listo que Cardona.

Pasan dos dias; el capitan no parece; su buque sigue columpiándose blandamente en las tranquilas aguas cardenenses, inclinando su proa amenudo, como llamando á su piloto por medio de su gracioso balanceo.

El consignatario se alarma, la tripulacion se cruza de brazos, pasa el tiempo, y el capitan en tanto *no sabe lo* que pasa por él, preocupado con la in-

mediata posesion de la hermosa criatura que lo habia vuelto loco.

Por fin, en la mañana del cuarto dia se dirigió á bordo de su bagel, pero no iba solo; le acompañaba su hermosa compatriota, convertida ya en su esposa, Jorge y el buen sacerdote; allí se despidieron estos de Jenny y Eduardo, á los que tuvieron que ceder la propiedad exclusiva del perro, por haber declarado Eduardo que ese era el único dote que admitia de su esposa, volviéndose á tierra silenciosos y tristes.

Una hora después la dichosa pareja perdia de vista el puerto, y se entregaba á las dulzuras de una luna de miel qne empezaba á brillar para ambos, formando con su luz una aureola de dicha que circundaba la frente de los dos felices desposados. Las brisas marinas nos trajeron la despedida que daban á Cárdenas, cuna de su presente ventura.

Aquel amor nacido á la vela, otorgaba sus valiosas primicias *á la vela* tambien.

Y aquí acabó la historia
del bravo capitan,
que al fin cantó victoria
luchando con afan.

La historia de un marino
bizarro, emprendedor,
al que arrojó el destino
al puerto del amor.

Allí, en la fresca orilla,
halló gloria y placer,
y hoy tiene ya còstilla
y huesos que roer.

VAMOS TIRANDO.

Eso sí, tiremos hasta que no podamos más, y dejemos á otros el cuidado de tirarnos al hoyo cuando las fuerzas nos falten.

Ello es que la vida es una carga pesada, sobre todo si echa uno sobre sus costillas el peso de una idem de tomo y lomo, con sus obligados apéndices de mamá enfermiza, glotones hermanitos y todo el resto de compañía y comparsa que compone la sacra familia. Y no hay remedio, fuerza es sostener *el peso de la casa*, gastando uno el dinero que debe, sea dicho con franqueza, en faralares, tisanas y vituallas para adornar, curar y nutrir á la caterva de bigardones que le comen á uno las entrañas y le queman la sangre.

Á pesar de eso, y esa es la más negra, al que se halla colocado en esta deplorable situacion no le queda otro partido que conformarse con su suerte, y hacer méritos para ganar el cielo, tirando de esa miserable vida que entre escollos lleva á rastro, volcando aquí, descarrilando allá, hasta llegar á su término. Una sola esperanza le está permitida: la de

un cólera morbo de pocas palabras que le abrevie la peregrinacion.

Digo esto, lector, á propósito de lo que ayer me contaba Clemente, un antiguo compañero mio de famélicas vigilias y amorosos devaneos. Lo voy á pintar en dos frases: era Clemente un buen chico que hacia versos y ayunaba por la cuaresma y cuando no tenia qué comer, mozo discreto y sensible, cuidadoso de su honra y temeroso de Dios. Vaya, no tenia desperdicio.

Pues bien: el pobre se casó y hoy es un mal hombre, de instintos feroces, casi criminales; lo ménos que pide es la completa extincion del género humano, sólo porque á él pertenece la familia de su cara señora.

Vean ustedes cómo cámbian los hombres! Mi amigo era un ser inofensivo, sencillo y creyente; vivia en medio de esa mística atmósfera que rodea á las almas pudibundas, y seguro estoy de que á no haber acontecido la catástrofe matrimonial que lo ha puesto en un tris, habria escrito tremendos artículos contra *La Internacional*, porque para todo eso era muy liso y abonado por sus honestas inclinaciones. Pues bien: han pasado solo tres meses, noventa y pico de miserables dias, que no son nada comparados con la eternidad, y ya mi desventurado amigo ni cree, ni espera, ni vive, ni come, ni chupa, ni reza.

Él, que tanto se inspiraba cantando en celestiales quintillas la venida al mundo del Mesías, sin omitir detalle, hoy no tiene aliento más que para *llamar al* Ante-cristo en su ayuda, sirviéndose de la

prosa que se usa en el rastro, porque no le queda otro amparo que el gran cataclismo del Juicio final, único en su clase, que saldando las cuentas todas del libro de la humanidad, no deje títere con cabeza.

—Porqne, mira, amigo mio, me decia no há mucho, cogiéndome frenéticamente del brazo; yo he sido siempre partidario acérrimo del matrimonio, juzgándolo indispensable para sostener incólume la moral social; pero ya quisiera yo que me dijeran qué necesidad habia de inventar las suegras, ese feo reverso de la medalla matrimonial.

—Hombre, es muy sencillo. ¿No es la madre de la mujer que elegimos, en cuya existencia fundimos la nuestra, realizando la teoría de los dos cuerpos y un alma? Pues ahí tienes cómo la mamá de la hija viene á ser por legítimo derecho de sacristía nuestra propia madre.

—¿Madre? ¡un demonio! si me la imponen por madrastra soy capaz de pegarle un tiro y dejar viudo al padre que me engendró. Mira, yo estoy convencido de que en el matrimonio podrian introducirse útiles reformas, suministrándoselo á los consumidores al pelo, es decir, *pelado*, sin más gajes y atributos que el señor cura por una sola vez, y la esposa, pura é indivisible, para todos los dias. La doctrina que clasifica concienzudamente los deberes del hombre, no dice una palabra tocante á las suegras, cuya omision es divinamente previsora; de lo que deduzco yo que las suegras se inventaron ellas mismas para obtener una colocacion ventajosa, aún en casa de un yerno que no la tenga y fallezca víc-

tima de una horrenda cesantía. Ya ves si tengo razon para renegar del prójimo.

—¿ Y qué daño te ha hecho el prójimo, hombre?

—¿ Qué daño? Pero desdichado, no ves que tengo una suegra que no es mala prójima en gracia de Diós?

—Pues, chico, nadie te obliga á tolerarla. Si te carga y te martiriza, la plantas. Te retiras á tu casa con tu mujercita de tu corazon á cumplir el precepto evangélico lo mejor que se pueda, y Cristo con todos.

—Tú no conoces á las suegras, te lo aseguro : eres en este ramo del saber humano un pobre hombre. Las suegras son una especie de lapa cuya potencia absorvente y pegajosa condicion no tienen símil ni en lo incomensurable ; son, hijo mio, el estorbo viviente que no vió el atribulado novio, gracias á la triple hilera de cataratas que el amor y el deseo pusieron en sus ojos en el fatal momento del sacrificio.

Clemente , hondamente conmovido , se enjugó con el dorso de la mano una lágrima de desesperacion, y continuó:

—Puede un ciudadano cualquiera librarse de quintas, de la viruela y de comer en fonda; pero el librarse de su suegra, es un manjar prohibido al paladar de los yernos, y eso que casi todos tienen unas tragaderas, que se comerian á su mamá postiza sin esfuerzo y con buena voluntad.

—Exageras, hombre ; la pasion te arrastra á unos extremos. . . . ¡Tú, el filántropo por escelencia, aplaudiendo á los yernos antropófagos !

—Nó, sino los aplaudo, los envidio y nada más ;

hazte el cargo de que yo á la mia no habia de hincarle el diente, porque, chico, no hay quien se la coma; palabra de honor.

Y Clemente se fué, despidiéndose á la francesa.

Bueno, me dije; aquí tenemos á un infeliz que se divierte con la vida de perros que pasa y de la que vá tirando, soltando el quilo, en tanto que su muger le tira el codillo, su suegra al degüello y él mismo está próximo á tirarse por la muralla. Esta familia sí que puede decir con propiedad el sacramental *vamos tirando* que oigo en boca de todo el mundo.

Hallar á una buena esposa que sepa llenar sus santos deberes, es un peligroso *albur*, segun el voto de un tahur de profesion; el *gallo* es el encontrar una suegra razonable, y si esto no es posible, siquiera humana. Pero ¡ay! si el *albur* suele acertarse, el *gallo* siempre se niega; que si todos los casados lo ganaran, les cantaría otro gallo.

Yo, que no soy jugador, fácilmente renunciaria al azar matrimonial si no fuera porque tengo el corazon hecho áscuas por una hembra de las de "hasta allí."

Su madre es una señora bizca,—salva sea la parte—muy aficionada á leer la *Gaceta* y á tomar rapé, sin que ninguna de las dos cosas la hagan estornudar.

Digo, ¿será valiente?

Á veces me echa una mirada equívoca con sus tornadizos ojos y se sonrie, como diciendo:

—Ya te lo diré de misas.

Pero á su turno me mira la hija, y ya me tienen ustedes con escalofrios; porque yo soy así.

El dia ménos pensado ¡ cataplum ! me caso, y ya estoy aviado para esta vida y la otra; sí, porque es seguro que mi suegra hará que me condene.

Ese dia la *Gaceta* tendrá un nuevo suscritor, el martirologio de los casados otra nueva víctima....

Y yo tendré mujer. Esta idea me hace cosquillas.

Entretanto, seguiré escribiendo articulos y otras menudencias hasta que Dios quiera, y *vamos tirando.*

EL USURERO.

Verdaderamente, el hombre es un animal—salva sea la parte — susceptible de toda extravagancia y capaz de todo género de debilidades, hasta cuando acaba de almorzar fuerte.

Y no hay que amostazarse por esta brusca arremetida á la humanidad, que no lo he dicho con malicia.

Este es un inocente desahogo que me he permitido, con perdon de ustedes, por cuenta propia.

Hablo conmigo mismo, escribo para mí; soy yo el que me he inspirado ese exabrupto feroz, pero exacto, y me parece que tengo el derecho de apostrofarme como mejor me parezca, despachándome á mi gusto.

La verdad es que razon me sobra para echarme pestes, porque lo que me pasa á mí, es cosa que no le pasa á nadie y que ya pasa de castaño oscuro.

Voy á ver si consigo explicarme.

Ya sabrán ustedes—como se dice en las comedias, cuando precisamente se va á decir lo que ignora todo el mundo—ya sabrán ustedes que existe

en la sociedad un respetable número de individuos, que dotados del instinto de la urraca, se dedican caritativamente á explotar al prójimo por todos los medios legales que ha producido el cálculo mejor fundado para prostituir la legalidad.

Séres que vejetan en la condicion de las aves de rapiña, siendo todos ellos pájaros de cuenta, y á los que el mundo llama rencorosamente usureros, es decir, descendientes de Cain, almas de Judas y hechuras del demonio, que al fin y al cabo se aprovechará de su obra.

El usurero no forma tipo; la especie humana lo rechaza sin dar esplicaciones; yo lo creo *nonnato*, improvisado y enterizo.

Serpiente que atrae, zorra qne *se escama*, ó tigre que devora á su víctima, lo vemos unas veces; otras es el cuervo que después del festin saca los ojos al que le dió de comer, ó cocodrilo que gime sobre los huesos que un escrúpulo de conciencia le impide roer.

De lo que se deduce que siendo el usurero un animal dañino, se necesita para describirlo un crítico zoológico.

Pues bien, lectores, yo que conozco todos esos defectillos que le adornan, tengo el capricho, la debilidad de amarlo.

¡Horror!

Le amo, sí; yo siento una simpatía ardiente, febril, irresistible por ese adorable sugeto que seria capaz de dejar sin pellejo al género humano y quedarse como si tal cosa.

No puedo contener los impulsos de mi alma, que

me llevan á quererlo por toneladas; Dios me perdone, pero me lo comería frito, si no temiera reventar de gusto.

En fin, lectores, á tanto llega mi entusiasmo por ese ente simpático y recomendable, que no puedo resistir la comezon que siento de continuar su apología en el lenguaje de las musas; quiero hacer versos en su loor, anhelo *cantar* sus fechorias y tenebrosos manejos, y allá vá ese pedazo de romance, que por lo sustancioso puede arder en un candil.

Tú, el insolente enemigo
del que no tiene dinero,
prestamista pistonudo,
vampiro de pelo en pecho,
cercenador de jornales
y cortapisa de sueldos,
enciclopedia de leyes,
confeccionador de apremios,
campeon de los tribunales,
adalid de enjuiciamientos,
mercader de la conciencia,
opositor al infierno,
duende de las alcaldías,
padre del tanto por ciento,
sanguijuela del bolsillo,
culebra de humano pelo,
recipiente de entredichos,
secuestrador del sustento,
epidemia de los hombres,
calamidad de los pueblos,
redactor de pagarés,
archivo de *documentos*,
apóstol de los embargos,
forjador de mil enredos;
el que á los buenos explota,
el que desuella á los nécios,

y es con los cándidos, cuco,
y es con los listos, camueso;
el que al pobre que le presta
lo parte de medio á medio,
y con su bolsa se nutre,
y enriquece con lo ageno,
y come de lo que pilla,
y engorda que es un contento;
síntesis de la avaricia,
y de torcidos manejos,
de mala fé ruin dechado,
de vagabundos ejemplo;
más judio que los mismos
que á Jesús escarnecieron,
ladron, más ladron que Geta
y el más ladron insurrecto;
más cobarde que Agramonte,
más rufian que Figueredo,
y más dañino que Céspedes,
Aldama y Morales Lemus....
Yo, que conozco tus mañas,
yo, admirador de tu génio,
levanto mi voz amiga,
para lanzar á los vientos
tu nombre, que sea el asombro
de los siglos venideros.

Amen. Para que parezca oracion.

Y ahora, despues que he tenido valor para hablar en romance de mi tipo, nadie podrá negarme la razon que tuve para decir que no hay rareza ni estravagancia que el hombre no haga posibles.

Yo, por lo ménos, confieso las mias; y es de notar que aunque denuncio mi pecado, no hago propósito de enmienda.

Porque es mi héroe un ser inofensivo, harto dé-

bil, sobrado incáuto, para que yo tenga la crueldad de retirarle mi proteccion.

Y eso, que segun dicen malas lenguas, es el usurero un mal social que crece por horas, se desarrolla por minutos y que nos ha hecho el favor de hacerse endémico en nuestro suelo privilegiado, sin duda á causa de ese mismo privilegio; su principal carácter es el de una lepra contagiosa que pone en un tris á la humanidad insolvente, y cuya nociva influencia ataca al individuo hasta en el órden moral; á él se le achaca la destruccion de la familia, la corrupcion de las costumbres, y el desnivel que ha de dar al traste con el edificio social.

Pero esto no pasa de ser una calumnia propalada por deudores y descamisados, con el perverso propósito de ponerlo en berlina. La verdad es que el usurero no debe nada al casero ni al mercader, que paga puntualmente los sábados y oye misa todos los domingos y fiestas de guardar, pidiéndole á Dios fervorosamente por la salud de su clientela.

Harto trabajo tiene el infeliz que se ha hecho prestamista por amor al prójimo, con arrastrar su trabajosa existencia por los zaguanes de las alcaldías, siempre pagando *á reserva*, para que aumentemos sus cuitas tomándolo en lenguas.

De los Juzgados de paz ha hecho el usurero su taller, su lonja, en una palabra, su Calvario; allí recibe á sus agentes, á su servidumbre y á sus ministros, gente toda honrada y dispuesta, que le ayudan á sentir, pero no á palpar; desde ese sitio, teatro de sus modestos y legítimos triunfos, fulmina los rayos de su ira, condensados en decretos ceremoniosos,

timbrados convenientemente, capaces de estremecer de espanto á un adoquin.

El usurero es muy fuerte en citas y cálculos; nadie le aventaja en el estudio del almanaque; la exactitud es su fuerte y la urbanidad su flaco; su memoria; sin embargo, no es de lo mejor; de las reglas aritméticas, solo se acuerda perfectamente de la de multiplicar; la de dividir no la ha olvidado, por la sencilla razon de que jamás consiguió aprenderla; él, por no partir, no parte peras ni con la misma madre que lo echó al mundo.

En resúmen, el usurero es un sér no comprendido aun por la generalidad de los hombres, poco dados al estudio de los fenómenos de la naturaleza.

Él necesita rehabilitacion y gente que pague con puntualidad.

De lo primero me encargo yo; lo segundo está en su mano conseguirlo de mí.

Y de seguro que se divierte.

LA SARTEN POR EL MANGO.

Ay! si yo la tuviera!

Porque no hay cosa como tener la sarten de todas las situaciones de la vida por el mango de la ocasion, para reirse uno del mundo y sus arrabales.

Desde que tuve lo que se llama uso de razon, oigo ponderar constantemente la utilidad que reporta el sencillo procedimiento de agarrar el mango de la sarten y tenerlo firme; lo que ménos se necesita es talento para llevar á cabo esa operacion, y sin embargo, ¡cuán pocos son los séres afortunados que lo consiguen! Ya se vé; el que ha logrado una vez echar mano á la sarten por el rabo, no lo suelta ni á tres tirones.

Yo tambien, cediendo al general deseo, quise probar fortuna, y al efecto me hice pinche en la cocina de *Juan Palomo*, pero me fastidié; sin tener ni la práctica, ni la habilidad que se requieren para hacer la presa, cuando no pillaba la sarten por donde tizna, la cogia por donde quema; así estoy de escaldado.

Decididamente el mango de la sarten no está pa-

ra mí, como decia el marqués de San Estéban hablando de cosas que no tienen rabo.

Si queremos conocer á los felices prójimos que sujetan la sarten por donde conviene, no tenemos más que fijarnos en los actos de su vida. . . .pública, porque los de la privada no son de ajena incumbencia, segun está hábilmente probado por eruditos jurisconsultos.

El primer cocinero que, armado del susodicho chisme, se me viene en mientes, es todo un emperador en activo servicio: Guillermo de Prusia, que tiene todavía sujeta á la Francia, y no haya miedo que la suelte en tanto no le suelten los realejos convenidos como pago de su trabajo: después aflojará un tantico, más tarde cederá algunas pulgadas, pero con precaucion suma, porque en el mango de la sarten francesa, que empuña con brio, están grabados los nombres de Alsacia y Lorena, y á estas no las suelta el tremendo Guillermo aunque lo peinen.

¿Quién no se ha alarmado con las probables consecuencias de la preponderancia prusiana? ¿Qué gobierno no ha sentido la necesidad de llamar al órden y echarle la escandalosa al afortunado hulano que así secuestra emperadores como provincias y se hace pagar su metralla á peso de oro?

Y sin embargo, ninguno se ha atrevido á decirle: "negros ojos tienes," porque ¡vaya usted á tenérselas tiesas con quien tiene la sarten por el mango!

Esto es tan claro como chocolate de hospital; con todo, el que lo quiera mas claro que le eche agua.

D. Rafael de N. quiso ser diputado por Asturias,

pongo por caso, y prometió á sus electores villas y Castillas; pero estos, un tanto escamados, le dijeron:

—Oiga usted; en primer lugar, Asturias ha sido dos veces cuna de la independencia española, y está dispuesta á serlo cada vez que se ofrezca; por tanto, necesita estar representada por un hombre leal.

—Más que yo, ni Pelayo, dice don Rafael haciendo un *puchero*. ¡Pues bonito soy yo para andar en enjuagues!

—Bueno. Queremos proteccion para nuestros chorizos, que no los mejoran los de Estremadura.

—En cuanto yo sea diputado, los van ustedes á vender á cinco duros el par. De eso sí que me encargo yo.

—Deseamos tambien que la contribucion no afecte á nuestros cosecheros, porque la sidra se está poniendo por un sentido con tantas socaliñas.

—¿Quién habla de contribuciones ni de consumos? Nómbreme esta circunscripcion diputado, y les prometo que harán la cosecha de balde, y hasta que el gobierno les dé dinero encima. ¡Pues no faltaría más, estando yo allí!

—Ea, muchachos, ya lo oyen ustedes, don Rafael *labra* nuestra fortuna y es leal, con que, ¡arriba don Rafael!

Y don Rafael se encontró diputado. Tomó en el Congreso asiento y la palabra, que es cuanto se puede tomar allí, además de una sofocacion, y hablando de chorizos y manzanas, pidió al gobierno que segregase indirectamente de la monarquía las provincias de Ultramar.

—Porque ya ustedes ven, dice el *leal* diputado, yo debo ser consecuente con mi programa. Vengo aquí á abogar por Asturias, y en efecto, defiendo á los traidores que á mil y tantas leguas se han alzado en armas contra España.

Al oir esto, los electores asturianos bufan de coraje; en todas partes se oye un clamor general contra él trapisondista diputado, pero este habla cada vez más gordo, y arrellanado en su banco, dice para su capote : *aquí me las den todas.*

Y tiene razon; don Rafael es todo un padre de la Pátria, inviolable, inatacable é indiscutible; tiene además la sarten por el mango y se dá gusto.

Otro ejemplo : Saturnina es más fea que el pecado, y además tiene malas mañas; pero su padre ha sabido hermosearla con medio millon de dote, al que debe la doncella las *brillantes* prendas que por fuera la adornan.

Hay un Saturnino que, prendado de las prendas de Saturnina, se resuelve á estrechar el vínculo, y guiado por este honesto pensamiento, vá, coge y se la pide á su papá.

Concedido ! Porque el papá de Saturnina es de aquellos que le gustan las gangas, aunque las paguen bien.

Pero hé aquí que Saturnino sabe en tiempo oportuno que la niña padece de ciertos arrebatos juveniles un tanto alarmantes, y, sobre todo, que no anda muy derecha. Averiguado el caso, se decide á ponerlo en conocimiento del papá.

—Señor, le dice, su bella y virtuosa hija me conviene, eso sí, pero he sabido, pues.... he visto que

—Vamos ¿qué ha visto usted?

—He visto.... que no anda bien.

—Diablo! pues qué le pasa á Saturnina?

—Cojea....

—¡ Ah ! Eso es de familia; pero yo le pondré las dos piernas nuevas con mi medio millon, y no faltará otro Saturnino que entre por uvas.

—No prosiga usted ! Aquí no cabe más Saturnino que yo, pecador arrepentido, dispuesto á romperle el alma al rival homónimo que usté se proporcione en mi reemplazo.

—Es decir que mi hija anda ya derecha?

—Más que un huso! pero yo no habia caido en la cuenta.

—Pues bien, jóven incáuto y apreciable, usted se casará con ella, porque mejor marido que usted no se halla ni de lance.

¿ Creen ustedes que Saturnino quedó convencido de que su prometida andaba con rectitud? Pues nó señor; sólo que ¡ cómo iba á contradecir á un señor tan respetable, que tenia la sarten del dote agarrada por el mango !

Vuelve ahora á la vista, lector; ¿ ves á ese viejecillo rechoncho y coloradote? Pues es don Froilan, mi vecino, abogado... contra las chinches y juez de paz, cargo que no le impide estar en perpétua guerra con su mujer.

Pero ¡ qué mujer, lector, es mi señora doña Dorotea, esposa del desventurado don Froilan! Aquello no es mujer, es una epidemia. En lo físico, lo mejor que tiene es la nariz, y eso que es chata. En lo moral.... Nó, la moral de doña Dorotea pertene-

ce exclusivamente á su legítimo y pacientísimo consorte.

Ella es la única que en la casa alza el gallo; ella la que maneja el dinero y la que zarandea á su marido hasta hacerle sudar tinta.

Ella la que tira, gasta y derrocha, y luego contrae deudas, que paga su sócio suspirando, sin atreverse á murmurar.

Y si nó que murmure; para llevar cada arañazo que le llegue al hueso no es menester más.

No hay en el mundo marido mas asendereado que mi vecino don Froilan; y eso que al pobre, se le caen los calzones de puro hombre de bien.

Doña Dorotea posee un talisman del que se sirve hasta el abuso para tiranizar á su infeliz marido; este tuvo la debilidad de confesarle que no puede vivir sin cenar, porque vé visiones si se acuesta con el estómago vacío, y esto ha bastado para consumar su eterna perdicion.

Porque el desgraciado por lo regular, se queda con las ganas lo ménos cuatro noches de cada siete, que se las pasa viendo las consabidas visiones, y dándose á todos los diablos.

Allá vá ese trozo de un diálogo que pesqué al vuelo:

—Froilan, te iba á pedir doce onzas, pero no me des más que la mitad; te regalo seis.

D. Froilan se estremece de horror, porque esa peticion, hecha precisamente á la hora de cenar, es un indicio funesto.

—Déjalo para mañana, mujer.

—Nó; las quiero ahora.

—¡ Ahora ! y ¿ para qué ?

—Para lo que me dá la gana.

—Gracias por tu finura ; pero, hija, es el caso que como no las quieras de jalapa....

—Es decir, que me las niegas ?

—Mira, Dorotea, déjame el alma quieta y dame de cenar.

—¿ No me las das ?

—Pero, hijita....

—Cálláte ! ¿ Nó ?

D. Froilan, al que le han mandado callar, dice que nó, por señas.

—Pues bien, agrega su esposa, esta noche vas á cenar rejalgar.

—¡ Alabado sea Dios ! exclama consternado el juez de paz. Pero, Doroteita, alma mia....

—Á la otra puerta.

—¡ Basta ! Toma el dinero, pero no me expongas á ver más visiones !

Como se vé, doña Dorotea se ha hecho dueña de la situacion. Aquí la sarten es don Froilan y ella la que la tiene sujeta por el mango.

Y tú mismo, lector ; si te enoja este articulejo y echas pestes de mí, tendré que conformarme. Tu opinion es legítima, porque te cuesta el dinero ; y el *vil metal* es el mejor mango que pueden tener todas las sartenes del mundo.

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

COMPOSICIONES POETICAS.

COMPOSICIONES POETICAS

A ESPAÑA.

Á LOS BENEMÉRITOS CUERPOS DE VOLUNTARIOS
DE CÁRDENAS Y SU JURISDICCION.

Génios de la sublime poesía
Henchid de inspiracion mi pensamiento,
Prestad á mí entusiasta fantasía
Con vuestro don sagrado
Enérgica espresion, fiel sentimiento.
Quiero á la Pátria mia
Alzar de santo amor un monumento
Con mi trova ferviente,
Y su nombre bendito,
Que está en mi corazon con fuego escrito,
En mi entusiasta anhelo
Y en alas de mi fé llevar al cielo.

¡ Oh génios inmortales !
Vigor del alma, de la mente gloria,
Dadme vuestro favor, ved que es invoco;
Porque para cantar la egrégia historia
De mi Pátria querida,
Mi pobre inspiracion vale muy poco.
Venid, y acariciad con vuestras alas
Mi frente enardecida,
Dad frase al lábio y á la frase galas,
Y con mi tosca pluma,
Cual la llevo esculpida en mi fiel pecho,
En el papel la dejaré esculpida.

Allá de Gades en la orilla hermosa,
Del Atlántico mar las pátrias brisas
Hicieron oscilar mi débil cuna,
Y en su noble bandera laureada,
Fijé en el mundo mi primer mirada
Dándole en mi inocencia mis sonrisas.
Mas tarde me dijeron
Que el estandarte de la Pátria mia
Que aun el mundo respeta,
Fué de ese mundo admiracion y espanto,
Y aprendí á pronunciar: Bailen, Pavía,
Las Navas, San Quitin, Quito, Lepanto;
Que España abrió potente
A extranjera ambicion inmensa tumba,
Y los laureles ví sobre su frente
De Cerinola, Trafalgar y Otumba.

Yo averigüé gozoso que á tí, España,
Debió el sábio la luz de ciencia ignota,
Y ¡el mismo Dios! el místico homenaje
Que hoy en playa remota
Le rinde un pueblo entero, ayer salvaje.

Por tí, España, domina
Del Nuevo Mundo en la extension inmensa
El águila latina,
Que hallando á Europa á su ambicion mezquina,
A la América vuela
Siguiendo de Colon la carabela,
La nave exploradora
Que ufana de su enseña y su piloto,
Rasgando el mar con su cortante quilla,
La halló para Castilla y por Castilla.
En tu rico lenguaje
Sus plegarias á Dios, y sus canciones
De amor, alegre entona
El pueblo desleal americano
Que á su despecho tu virtud pregona....
Cuatro generaciones de hijos tuyos
Te debieron favor, amparo, nombre,

Derechos, religion, sitio en la Historia,
Y luego te olvidaron,
E ingratos te negaron
Como negó el Apóstol la memoria
Del Hijo Dios, que por su amor fué Hombre.

¡ Oh amada Pátria mia !
Mas noble y grande miéntras más se ensaña
Contra tí la infernal alevosía;
¿ Qué pueden á tu honor viles dicterios,
A tí, mil veces mil gloriosa España,
Si á contener tu nombre sin segundo
Han sido menester dos hemisferios;
Si para dar más áuge á tu grandeza
¡ Otro mundo ! dijiste, y otro mundo
A tus piés colocó Naturaleza ?

No es la razon humana
Capaz de comprender tu gran valía;
No es el hombre que vive en sus pasiones
Y miente libertad, gimiendo esclavo
De sus torpes, mezquinas ambiciones,
Quien te puede juzgar, que de tí en frente,
Pese á su orgullo, el hombre es impotente.
Hay algo superior, fijo, inmutable,
Léjos del orbe que el humano habita;
Hay algo más allá de esta existencia
Mísera, deleznable,
Que adivina el sér justo en su conciencia;
Existe un mundo inmaterial, sublime,
Dó la vida de Dios viven las almas,
Donde todo es amor, luz y armonía;
La fé que nos redime
Brota de allí en raudales
Y á los mártires lleva
A conquistar, muriendo, verde palmas ;
Allí, en esa region que en el espacio
Fijó el Señor con invisibles polos,
La justicia divina
Erigió omnipotente su palacio,

Y en él tu nombre escrito, pátria amada,
Se vé en cerco de vivos resplandores,
Le saludan del sol los puros rayos,
Lo invoca de los ángeles el coro,
Y las almas gloriosas
De los Guzmanes, Cides y Pelayos
Lo bendicen de júbilo extasiadas
Cual lo bendigo yo, que fiel te adoro.

¡ Paso á mi pátria ! Paso
A la egrégia nacion cuyos pendones
Jamás vieron el sol en el ocaso.
Paso á Iberia, que avanza
Erguida, entre el cortejo de naciones
Que envidian su pujanza.
Es la España que un dia
La santa cruz del Redentor del mundo
Llevó del Setentrion al Mediodía,
La que triunfó del islamismo fiero,
Y opuso el valladar de sus creencias
Al herético dogma de Lutero.
Ella puso esa cruz que el alma adora
En la alta almena de la infiel mezquita
Que á su profeta alzó la gente mora;
Ella esa cruz bendita,
Por la fé y por las armas consagrada,
A América llevó, con los laureles
Que los aceros fieles
Colgaron de sus brazos en Granada !

Si la traicion impía
Hoy quiere mancillar tanta grandeza,
Castigue tu valor su villanía.
Infames que así intentan ofenderte
No son tus enemigos,
No pueden difamarte nl vencerte;
Y pues la sangre de los buenos baña
Sus manos parricidas,
No basten á pagar su ultraje á España,
Si mil vidas tuvieran, sus mil vidas.

Si lágrimas te arranca la memoria
De tus hijos que heróicos sucumbieron,
Llóralos, y por ellos viste luto :
Mas llévanos ¡ oh madre ! á la victoria
Para vengarlos en mortal combate,
Y ellos, que á nuestro lado sucumbieron
Y su eterno recuerdo nos legaron,
Desde su tumba fria
Bendecirán tu triufo, pátria mia !

A MARIA LUISA CORRALES,

EN SU ÁLBUM.

Versos para tu álbum me pides, prima bella,
Y pues que tú lo quieres en verso he de escribir;
No cantaré, por cierto, de amor triste querella,
No á una ilusion perdida, ni á mi enemiga estrella,
Ni insultaré al destino, ni me querré morir.

Yo dejo á los poetas sus locos desvaríos,
Precoces desencantos, escepticismo cruel,
Con que dulces, ó cáusticos, ó místicos, ó impíos,
Ya ardientes visionarios, ya pensadores frios,
Convierten el Parnaso en torre de Babel.

Yo no nací poeta: lo digo sin empacho,
Y siéntolo, que el daño no es fácil remediar;
Yo soy lo prosa viva, yo soy un buen muchacho
Que como sopa y olla, que ceno ¡horror! gazpacho
Y el hambre me asesina si tardo en almorzar.

Jamás "lóbrega noche de amargos sufrimientos"
Quitóme un bravo sueño de nueve horas ó diez;
Ni sentí esos feroces, fatídicos tormentos,
Ni para el alma herida jamás gasté en ungüentos....
¡Ni siquiera, Luisa, me suicidé una vez!

El mundo su atractivo me brinda placentero,
Yo cifro en mi familia mi gloria mi ambicion;
Sobrado de caricias, si falto de dinero,
Yo solo temo al bárbaro, estúpido casero
O al siete con que un clavo me adorne el pantalon.

Y basta de este asunto; que pica en egoismo
Hablar por cuenta propia, tratándose de tí.
Si sigo en este tono, charlando de mí mismo,
Mi historia, achaques, gustos, partida de bautismo
Capaz soy, prima mia, de trasladar aquí.

EL MAS PURO AMOR

..............Tierna y piadosa,
tú del paterno amor, tú de su alma
de sus dolores tú fuiste nacida;
y eres amor en que su fé reposa,
dulce tristeza que las suyas calma.

P. A. DE ALARCON.

Canto al amor más profundo
que en el corazon se anida,
puro, ardiente, sin segundo;
amor único en el mundo
que ni muere ni se olvida.

Amor franco, sin recelo,
del mortal dulce consuelo
para sus duelos prolijos;
amor que roban al cielo
los padres para sus hijos.

Amor, rey del corazon,
sublime en su mismo esceso,
que cumple su alta mision
siendo su símbolo un beso,
su síntesis el perdon.

Amor que es todo virtud,
que olvida la ingratitud,
que con la piedad se aduna,
que sonríe en nuestra cuna
y llora en nuestro ataud.

¿Has adivinado, Luisa,
el amor que pinto aquí?
que sí, dice tu sonrisa,
y es afirmacion precisa
pues tu padre te ama así.

Tu padre, que llamo mio,
y en su indulgencia confio,
te adora, porque eres buena,
más que adora el manso rio
su blanco lecho de arena.

Más que el árbol del desierto
á su flor preciosa y rara
y el náuta al salvador puerto;
más que el muro descubierto
á la yedra que lo ampara.

Más que á la diáfana aurora
ama la alondra canora
y ama el sol la creacion;
mucho más, Luisa, te adora
de tu padre el corazon.

Ámale tú cual merece
é irás de la dicha en pós,
que si en el mundo fenece
todo, el que á un padre obedece
muriendo, vivirá en Dios!

Mas ya suelto la lira; perdona si te dejo,
Si te arrancó un bostezo mi insípido cantar;
Mas de la vieja musa que inspira á uu vate viejo,
Solo esperarse puede un sano y buen consejo
Y en prenda de cariño, te lo he querido dar.

¡A LAS ARMAS!

Ya de la Pátria el acento
á sus buenos hijos llama,
para que empuñen leales
sus nunca vencidas armas.
La Pátria cuenta con ellos
y tiene razon la Patria,
que allí, donde un español
fije su arrogante planta,
tendrá España un baluarte,
tendrá nn buen soldado España.
¡Á las armas! siempre unidos
en fortuna ó en desgracia,
siempre fieles, siempre bravos,
sea nuestro grito: ¡á las armas!
¡Menguado del que no sienta
en su corazon la llama
de ese amor, que nunca muere,
de ese cariño del alma
que simboliza el bendito,
sagrado nombre de *Pátria!*
Hoy nuestro esfuerzo acredite
que en esta region lejana
somos dignos descendientes
de los héroes de Numancia;
que reverdecer haremos
en la americana playa
los laureles que en Gerona
nuestros padres conquistarán;
que guardamos cuidadosos
la historia de tanta hazaña,
y á esa historia añadiremos
en Cuba una nueva página
que al mundo entero revele
cuanta fué nuestra constancia,

cuanto el indómito arrojo
con que en la ruda campaña,
de cadáveres traidores
haremos torres humanas
donde ondée victoriosa
nuestra enseña inmaculada;
que no hay poder en el orbe
que humille nuestra arrogancia,
y ni el peligro tememos
ni cedemos á amenazas,
porque aquí, donde tremola
la bandera castellana,
en cada uno de sus hijos
tiene un buen soldado España.
¡ Á las armas, españoles !
así lo ordena la Pátria;
escuchad su voz querida
como nos dice: —¡"Á las armas!
Venid, mis valientes hijos,
que inmortalizan mi raza,
defensores de mi gloria,
de mi nombre y de mi fama;
asombro de las naciones
que humilló vuestra arrogancia,
y á mis plantas depusieron
sus prisioneras espadas.
Que hoy vuestro brazo proteja
esta tierra americana
que cobijó mi bandera
desde que flotó en su playa,
al descubrirlá Colon
por España y para España.
La traicion de ingratos hijos
de mí quiere separarla,
y á vosotros encomiendo
su salvacion y su guarda.
Españoles, hijos mios,
¡á las armas! ¡á las armas !"

FLORES DE MAYO.

Niñas, que vais al templo
flores llevando
para la Santa Vírgen,
flores de Mayo,
Llevad las mias
que tambien tengo flores
para María.

Yo ofrezco á sus altares
triste violeta,
imágen de mi amarga,
profunda pena.
Flor ya marchita,
marchita como el alma
del que la envia!

Mas si de Dios recibe
su grata esencia,
á Dios su puro aroma
quiero que vuelva,
que en este suelo,
nadie cuida las flores
del sentimiento.

De la Vírgen María
soy fiel devoto,
y en mis horas de angustia
siempre la invoco.
Si el mundo necio
mi fé escarnece, callo,
callo, ¡mas.... rezo!

Alla en la tierra hermosa
que Cádiz llaman,
el nombre de María
vive en las almas;
Yo de allí vengo
y esta práctica pura
traigo en mi pecho.

Para cantar tus glorias,
¡oh Madre mia!
dulces, sencillos ecos
tiene mi lira;
Tú representas
un símbolo, un recuerdo
y una creencia.

Símbolo de la dicha
que de tí aguardo,
recuerdo de la pátria
que tanto amo;
Creencia santa
que el rigor dulcifica
de la desgracia....

Niñas que vais al templo
flores llevando,
á vosotras confio
mi flor de Mayo;
Llevadla, niñas;
para vosotras, flores;
para mí, espinas....

EL BATALLON DE SAN QUINTIN.

AL BUEN PATRICIO SR. D. JOSÉ OLANO.

Legion de bravos que la Pátria mia
Al combate lanzó en estas regiones
Contra el traidor y el torpe aventurero;
Y ostentando el valor de los leones
Llena de asombro al Universo entero.

Tu nombre, San Quintin, fiera metralla
Escribió, para gloria de tu historia,
En el sangriento campo de batalla
Dó lo Francia arrogante
Se rindió, agonizante,
Cegada por los rayos de tu gloria.

Fama inmortal, preclara,
Te dieron los ilustres capitanes
Que espanto fueron de la Europa un dia:
Filiberto Enmanuel, Leiva, Pescara,
Almas de acero en cuerpos de titanes
Que con heróico esfuerzo, sin segundo,
Dieron al mundo el nombre de Pavía
Que hace tres siglos reverencia el mundo.

Bravos de San Quintin, que en la memoria
El lema conservais de la bandera
Que hoy os conduce en Cuba á la victoria,
Y el sitio conquistais en la campaña
Que á vuestro invicto San Quintin le espera
Junto á quel S. Quintin que honra la historia.

Y dá renombre á España,
Permitid que un hermano
Desde el suelo cubano
Ensalce en sus cantares vuestra gloria;
Dejadme alzar con estusiasta acento
Un himno de alegría
A España, de quien sois amantes hijos,
A España, que tambien es pátria mia.
Yo soy de esa nacion que no hay hazaña
Que no le pertenezca:
Yo nací de ese pueblo leal, valiente,
Que al sol levanta su orgullosa frente
Para que en ella el sol más resplandezca.

Poeta sin ventura,
Jamás canté mezquinas ambiciones;
Mi voz hoy se alza pura,
Cuando rugen de Iberia los cañones,
Porque en la fé patriótica se inspira,
Porque para ensalzar grandes acciones,
Siempre hay valientes ecos en mi lira
Y en mis lábios canciones.

Y si me fuera dado
El génio poseer que inspiró á Ercilla,
Del español soldado
Llevaría de un polo al otro polo
El nombre sin mancilla;
Porque no hay en el mundo quien le iguale,
Hijo de un pueblo que en grandeza es solo,
Que no hay quien valga lo que España vale.

. . . .

. . . .

Hoy en motin villano,
Alzando una bandera envilecida,
Un pueblo, al que tendimos nuestra mano,
Sangre de nuestra sangre, nuestro hermano,
Nos provoca á una lucha fratricida.
Menguar quieren el brillo

De nuestro limpio honor en su demencia,
Y despreciando ingratos la clemencia,
El perdon generoso
Que solo cabe en pechos castellanos,
Con que España á su crímen respondiera,
Feroces, inhumanos,
Poner sobre la pátria osan sus manos
Y quieren desgarrar nuestra bandera......
No será!! que este ultraje
Dá la muerte al perdon, vida al coraje!
¡Sufra el traidor de su traicion la pena!
No será ¡ vive Dios ! que esta remota
Tierra es de España, miéntras quede gota
De sangre hispana en española vena.

Entre los bravos que en la lucha horrible
Invencibles se ostentan
Y el ancho pecho sin temor presentan,
Bordando con empuje irresistible
De enemigos cadáveres el suelo,
Que retiembla á su paso victorioso,
Se vé al de San Quintin, guerrero fuerte,
En la lid el primero,
Que olvida peleando
Cómo su noble sangre de honda herida
Vá en raudales brotando,
Porque atento á sembrar la ajena muerte,
Nunca és avaro de su propia vida..

Do el peligro se halla,
Donde el combate con furor arrecia
Y el ¡ ay ! del moribundo se oye unido
Al crugir del acero
Y del ronco cañon al estampido,
Allí está San Quintin ! Se vé, se siente
Como el del rayo su poder potente,
Revolverse, luchar, y en sangre tinto,
Herir, despedazar, matar venciendo.......
En tanto la Victoria va tejiendo
Coronas de laurel para su frente.

Coronas de laurel que ciñó un dia
En la tierra letal dominicana,
Emblema del valor y del martirio,
Cuya eterna verdura
Cobra vigor en la region cubana,
Y cubre cariñosa
Del soldado español la sepultura,
Del mártir que á la Pátria dió su vida
Con indomable brio,
Y su cadáver frio,
Proscripto de su suelo, aquí reposa!

Yo le canto á tu gloria,
Invicto San Quintin, porque es la mia,
Como es tuyo tambien mi leal acento,
Como es de España la sin par victoria
Que tú conquistas, y que lleva el viento
Con tu fama inmortal á otras regiones
Llenando con tu nombre las naciones.
Español como tú, y en noble saña
Ardiendo el corazon á sus agravios,
Del alma vá á mis lábios
Un canto para tí y un ¡ VIVA ESPAÑA !

EN EL ALBUM DE CÉLIA.

I.

Vírgen de los amores,
pura y sencilla,
realzando tu belleza
dulce sonrisa,
te admiré, Célia,
discreta y virtuosa,
sensible y buena.

Aun me acuerdo: tu mano
tocó la mia,
y una amistad eterna
nos unió, niña.
Nuestras dos almas
gozosas se dijeron:
¡Hermano! ¡Hermana!

II.

Á verte, Célia, un dia
volví más tarde
del conyugal asilo
trocada en ángel;
ángel sublime
que en el hogar doméstico
sufre.... ¡y sonrie!

En tí halló su ventura
tu amante esposo;
es tu vida su vida,
su amor tu gozo,
y en tu regazo
él encontró igual dicha
que tú en sus brazos.

cierra el abandono impío
con que mi ingratitud suma
premió tus nobles servicios,
vuelvo á tomarte en mi mano,
gozoso y arrepentido,
y noto que al estrecharte
vuelvo á ser feliz contigo.
Voy á contarte mis penas,
voy á decirte el martirio
que ha velado de mis ojos
su antigua espresion, su brillo;
que ha mezclado á mis cabellos
postreros, plateados hilos,
y que me acosa incesante
y á cuyo rigor me inclino.
Es.... que para mí la vida,
pobre pluma, ha concluido,
porque no vive quien llora
sus pesares de contínuo
ni quien lamenta incesante
la ausencia de un bien perdido.
Mi bien era *la esperanza*,
y hoy sin esperanza vivo.
El núcleo de mis afanes,
la diosa de mi albedrío,
la que me inspiró cantares,
la que amé con dulce ahinco
huyó de mí, y aun la adoro,
me abandonó y la bendigo;
ya no espero sus favores
mas me consuelo contigo,
pluma, que siempre tú fuiste
de mis tormentos alivio;
vuelve á mi mano doliente
y vuelve del pecho mio,
si nó á estampar su contento,
á interpretar sus suspiros.

CUENTO.

Amigo lector, la historia
que referir quiero aquí,
me la contaron á mí
y la grabé en mi memoria.

Ello podrá ser verdad
que juzgo el caso probable,
mas no salgo responsable
de su fé y veracidad.

Diz que en cierta poblacion
los vecinos se reunieron
y á su diputado hicieron
la siguiente peticion
que al punto le remitieron:

"Señor Diputado:—Mil
vecinos, que están presentes
y la Autoridad civil
que suscribe, reverentes
piden un ferro-carril;

El de la villa vecina
fuera tal vez adecuado
si alto hiciera en mi oficina,
y en la tienda de la esquina
y el domingo en el mercado.

En las Córtes, sin demora,
usté arregle este belen;
y nada mas por ahora.—
Memorias á la señora
y que usted lo pase bien.”

Respuesta del diputado:—
“Señor alcalde: el dia seis
recibí vuestro recado;
¡Albricias! ya está acordado
ese ramal que quereis.”

No bien á la poblacion
llegó noticia tan grata,
hubo baile, procesion,
repique, iluminacion
y se gastó mucha plata.

El alcalde, muy formal,
salió al balcon principal
de la casa Ayuntamiento
y anunció con gran contento:
—¡¡Ya nos ponen un ramal!!

CARTA

AL SR. DIPUTADO D. RAFAEL M. LABRA.

Sr. D. Rafael de Labra,
diputado por Infiesto.
Cárdenas, á seis de Mayo
del año que vá corriendo.—
Muy Sr. mio : después
de saludarle cual debo,
deseándole igual salud
que yo para mí deseo,
de esta epístola en romance
voy á decirle el objeto.

He sabido que este año
se sienta usté en el Congreso
Español, representante
de la voluntad del pueblo,
donde no caben traidores
á España, vulgo insurrectos,
como usted saberlo debe,
es decir, debe saberlo.

Le aconsejo señor Labra
renuncie al punto el empleo,
ántes de que por montera
le ponga alguno el asiento.

Usted, que es un laborante
de *primíssimo cartello,*
en la Cámara *estrellada*
tiene merecido un puesto
conforme con sus ideas,
con el progreso moderno,
y el espíritu del siglo,
y el independiente credo,
la extincion de los deberes,
la adquisicion de derechos,
y cuanto convenir pueda
al ruin bando *manigüero,*
que explica usted, señor Labra,
con sandunga y en un verbo.

Váyase usted á la lógia
y no pierda el buen concepto
en que le tienen Azcárate,
Jorro, Bramosio, Piñeiro,
Aldama, Bembeta, Céspedes,
Aguilera y Diaz Quintero.

Mire usted que es *reaccionaria*
la mayoría del Congreso,
y, sinó toma el portante
vá usté á llevar tal meneo
y silba tal, que de gusto
ha de chuparse los dedos,
porque pegan de lo lindo
esos pícaros *negreros.*

Han armado aquí tal cisco
los muchachos del Infiésto,
que muere usted de *cerote*
en cuanto llegue á saberlo.
¡ Váyase usted, señor Labra,
que le veo, y no le veo !!

Voy á terminar la carta
dándole un sábio consejo :
Cuba es de España ; nosotros
para España la queremos,

y no hay Cristo que se atreva
á robarnos lo que es nuestro.
Mas si usted la solicita,
gustosos se la daremos,
con tal que por ella venga
con buen acompañamiento.
¡ Váyase usted, señor Labra
del conservador Congreso,
y venga á *Cubita libre*
donde le aguarda un buen puesto.

A MI, ¿QUE ME CUENTA USTED?

—Sr. don Juan, buenas noches.
—Buenas noches, doña Inés.
—¿Cómo vá de salud?
—Bueno.
—Me alegro; yo sigo bien.
Vengo á consultarle un caso
de muchísimo interés.
Figúrese que á mi niña,
la mayorcita, Belen,
la ha pedido en matrimonio
mi vecino don José;
pues señor, don José es hijo
de don Froilan, genovés
que llegó aquí el año ocho....
mucho ántes de yo nacer.
Es D. José muy buen mozo.
y es rico, es jovial y es....
¿Qué le respondo?
—Señora,
Á mí, ¿qué me cuenta usted?

—D. Juan, me alegro de verle,
le buscaba.
—¿Para qué?
—Tengo el plan de una comedia,
múy de circunstancias, en
dos actos, y un buen consejo

pretendo que usted me dé.
Mi protagonista es jóven
y tiene un tio marqués ;
su padre murió en la China
y su abuelo en Aranjuéz.
Quiere casarse, y su tio
no lo deja...... ¿qué hace él?
nada, toma su revólver
y se pega un tiro ó diez,
segun se lo pida el cuerpo,
y al decir, "me fastidié!"
el telon cae : ¿ qué tal ?
me parece que está bien ;
¿ no quiere usted que se mate ?
—*Y á mí ¿ qué me cuenta usted ?*

—Corren noticias, D. Juan,
de notoria validez :
se dice que ha de haber gresca,
que se vá á armar un *belen*
del demonio ; estoy tentado
por irme á todo correr
á encastíllarme en el Morro....
No hay quien alerta no esté :
este limpia su fusíl,
su sable y pistola aquel;
se establecen las patrullas
y se duplica el reten.
El gobierno no se esplica
ni hace falta ; yo no sé
lo que vá á ser de nosotros ;
señor don Juan, ¿ qué he de hacer ?
¿ Me esconderé en la alacena ?
¿ Me largo á Madrid á pié ?
¿ Me doy por muerto ? ¿ Me eclipso ?
¿ Me disfrazo de mujer ?
¿ Donde me voy ?....
—Al.... demonio !
Á mí ¿ qué me cuenta usted ?

—D. Juan, me duele una muela.
—D. Juan, mi esposo se fué,
—D. Juan, hoy cumplo cuarenta
—D. Juan, ronca mi mujer.
—D. Juan, me mudo de casa.
—D. Juan, esto no vá bien.
—D. Juan, présteme usté un duro.
—D. Juan, ayer me casé.
Y D. Juan á todos dice:
—*Á mí, ¿qué me cuenta usted?*

A MI ESPERANZA.

Esperanza lisonjera
que engañas con tal cinismo,
¡quién agarrarte pudiera,
deidad falaz, embustera,
para romperte el bautismo!

Agotada mi paciencia
tus veleidades maldigo,
pues me dice la experiencia
que dejas, al que es tu amigo,
á la luna de Valencia.

Yo á tu amparo me acojí,
yo en tus alas me encumbré,
me rechazaste, y caí;
y tal costalazo di
que aplastado me quedé.

Por tí, Esperanza veleta,
ya no sé lo que me pesco,
que he perdido la chaveta
y estoy sin una peseta,
ó de otro modo, estoy fresco.

Juré á Pepa mi pasion
creyendo sus añagazas,
y Pepa, sin compasion,
me dió sendas calabazas
y hasta la gran desazon.

Sin sospechar que mentías,
por tí, Esperanza, he gastado
en rifas y en loterías,
y hoy dicen las cuitas mias
el producto que me han dado.

Por tí quise especular,
formé cien empresas raras
y el trueno fué regular,
pues me metí, sin pensar,
en camisa de once varas.

Maldije mi infáusta estrella,
y hoy sufro, Esperanza bella,
tan atroz *carpanta* impía,
que me hace andar todo el dia
á bofetadas con ella.

Envuelta en verde cendal,
bella, pura, celestial,
en mis versos te he cantado,
y tú, cruel, no me has dado
por mi trabajo un real

Oh Esperanza siempre amada!
Oh Esperanza apetecida!
De tí no hay que esperar nada,
sino una mala pasada
ó una serrana partida.

Jamás te acuerdes de mí,
que aunque mucho te he llamado,
al cabo te conocí,
y me tienes sin cuidado
como yo te tengo á tí.

CUENTO.

Compró un cura un salchichon
de rico olor, gran tamaño;
y lo escondió el muy tacaño
de su alcoba en un rincon.

El sacristan, perro viejo,
husmando, hallólo en seguida,
y de una sola embestida
no le dejó ni el pellejo.

Viendo tal desaguisado
el cura, para su cena
trajo otro, y á la alacena
puso un enorme candado.

—Ay padre, eso no conviene,
con flema el sacristan dijo:
todo salchichon, de fijo,
encerrado se reviene.

—Yo pondré su encierro á raya,
dijo el cura, el mal no es tanto;
que se *re-venga,* lo aguanto,
pero nó que se *re-vaya.*

CUENTA COMPLETA.

Cuenta, lector, los nombres que refiero :
Cérpedes, Mármol, Villamil, Quesada,
Aldama, Fesser, Aguilera, Estrada,
Giralt, Bramosio, Azcárate, Quintero,

Armas, Mestre, Varona, Ryan, Agüero.
Lanza, Gomez, Jordan, Perez, Cavada,
Peña, Castillo, Echevarría, Posada,
Luna, Piñeiro, Jorro, F. Rivero,

Casanova, Govin, Valdés, Delmonte,
Diaz, Cisneros, Mola, Santacilia,
Peralta, Alfonso, Torroella el tuno,

Palma, Porro, Suzarte y Agramonte,
¿ Cuantos son, con la vieja doña Emilia?
—¡ Cuarenta y seis !
—No tal, que son..... ninguno !

CARTA DE MIGUEL ALDAMA

Á JUAN DE LAS VIÑAS,

EN RESPUESTA Á LA QUE ESTE LE DIRIJIÓ POR CONDUCTO
DE JUAN PALOMO.

Juan, á tu recuerdo fino
sin dilacion correspondo,
y trato el asunto á fondo
por el cable sub-marino.

Pagarás la trasmision
por tu cuenta ó por la mia,
que yo me encuentro en el dia
como el gallo de Moron.

¡De mis compinches el roce
en tal estado me ha puesto!
Entro en materia, y contesto
á tu apreciable del doce.

Me hablas de tú, y á fé mia
con notoria sin razon,
que yo tengo, á más del don,
el don de la tontería.

Me tienen por caballero,
soy el eminente Aldama,
que así la Junta me llama
cuando me pide dinero.

Y ella pide tan de prisa,
y es mi corazon tan tierno,
que sospecho que el invierno
me vá á pillar sin camisa.

Si logran sus intenciones
de volver á Cuba un dia,
ya cayó á la policía
que hacer con tantos bribones.

Esto se ha vuelto un belen;
Bramosio bufa y patea,
el cojo Fésser cojea.....
y Dª Emilia tambien.

Morales no tiene un peso,
Jordan vendió ayer la espada;
desde que vino Quesada
está oscuro y huele á queso.

Me miro al espejo yo,
y noto, aunque no quisiera,
que ya no me conociera
la madre que me parió.

Seco estoy como una paja,
blando como la jalea,
del espesor de una oblea
y el canto de una navaja.

Negro, en ocasion distinta,
me han llamado. y lo negué;
si soy negro, no lo sé,
pero sí, que sudo tinta.

Las mambisas, que tú tratas
con frases tan atrevidas,
hoy lloran arrepentidas,
hechas unas traviatas.

Lo del *Upton* he sabido;
fué nuestro chasco cabal,
y á mí, por ser animal,
me está muy bien merecido.

Gasté en fusiles mi plata
para la gente de allá,
y á los tontos se les vá
el tiro por la culata.

La pólvora que llevaron
como cobardes perdieron,
¡ ni en salvas la consumieron
porque ellos no se salvaron !

Por el regalo no abuso
si te pido atento, urbano,
tan solo un tabaco habano
aunque sea de medio uso.

Y en sigilo, que quizás
si los voluntarios ven
que viene un cabo, tambien
se vengan ellos detrás.

Me han dado ya por noticia
que en mi casa está la Audiencia;
donde nunca hubo conciencia
ahora vá á sobrar justicia.

Y acabo; un adios eterno
dale en mi nombre á la Habana,
que voy á tomar mañana
pasaje para el infierno.

EPIGRAMAS.

Aunque Bernabé y Joaquina
eran amigos de antaño,
al fin riñeron, y al año
se hallaron en una esquina.
—¿Qué haces? dijo Bernabé.
—¿Yo? sirviendo.
—No te entiendo.
—Pues, sirviendo.
—Bien, sirviendo,
pero sirviendo.... ¿de qué?

***

Amaba con frenesí
Juan á Luz, y en son de queja,
por causas que callo aquí,
de la ventana á la reja
los dos se hablaban así:

—Querida Luz de mi vida,
¿Por qué me dices que nó?
Y Luz dijo:—¡Qué salida!
Si yo fuera tu querida,
tonto, lo ignorara yo?

JINDAMA.

Por entre las breñas
de este *patrio suelo*
á escape corrian
dos mil insurrectos,
meneando las tabas
con tanto denuedo
que envidia le daban
al rayo y al viento;
de *Cubita libre*
soldados expertos,
venidos de Yara,
Caney, Palmarejo,
Mayajigua, Sagua,
Cascorro y Jumento,
que comen jutías,
y pillan lo ageno,
y aceptan la moda
que manda ir encueros
para su uniforme
de último modelo.

De entre la manigua
salió un compañero
y gritó:—*Mambises,*
¿de quien vais *juyendo*?
—¿De quién?—azorados
los dos mil dijeron.

de tres voluntarios
que nos van siguiendo.
—¿Son tres? pues me *emplumo.*
—Son dos, por lo ménos.
—¿Dos? Lo dicho dicho.
—Lo que sí podemos
jurar, es que á uno
le vimos el pelo.
—Entónces, muchachos,
no tengamos *mieo,*
que aunque esos patones
arriman de récio
le caeremos todos
cuando esté durmiendo.
—*¡ Viva Cuba libre !*
—*Viremos* al pueblo,
y en matando al godo
que vieron de léjos,
como unos benditos
nos *presentaremos.*

Así estos valientes
iban discurriendo,
cuando entre las matas
distinguir creyeron
la blusa maldita
del soldado ibero.
—Aquí está, murmuran,
fajémosle presto,
la cosa vá séria
no hay que perder tiempo,
y en en cuanto podamos
tenerle bien muerto
con cuantro descargas
lo fusilaremos.

Con heróico empuje,
con valor tremendo,
á la lid se lanzan
de entusiasmo llenos,

y hallaron la blusa
solita, sin dueño,
colgada de un palo
donde la pusieron
—despues de lavada,—
al sol y al sereno.
—¡Muera! grita el gefe.
Y en dos mil fragmentos
la blusa dividen
aquellos guerreros,
con los que se tapan,
pues, lo descubierto.—
De este hecho glorioso
el parte extendieron
para el Presidente,
que lo mandó luego
á Aldama, Bembeta,
Quesada y Piñeiro.
Y hubo entre los *yankees*
bullanga y jaleo,
fiestas, luminarias
y otros mil escesos.
Esto me han contado,
y así yo lo cuento,
creedlo, lectores,
que es digno de crédito

POR ELLA SOLO.

Si con el dia, pesar insano
Torna á mi alma, y el inhumano
Dolor que siento me hace llorar,
Al cielo elevo tierna querella
Y siempre triste, pensando en ella....
Voy á almorzar.

Si por la tardc, la amada mia
Goza en mi cruda, lenta agonía
Y, esquiva, aumenta mi padecer;
Ante sus plantas me postro mudo,
Y en cuanto el polvo limpio y sacudo...
Voy á comer.

Si por la noche y en la retreta
Ni una mirada, ni una discreta
Frase amorosa la oigo decir,
Desesperado, loco, anhelante,
En aquel triste, supremo instante....
Voy á dormir.

¡LÁGRIMAS!

Lágrimas que aliviais
mi eterno duelo,
brindando al pecho herido
dulce consuelo;
lágrimas mias,
corred, que sois vosotras
mis alegrías.

Corred de mis hinchados
párpados rojos;
nublad la vacilante
luz de mis ojos.
Llanto que quema,
para mí es vuestro fuego
dicha suprema.

Corred, lágrimas mias,
salid sin duelos,
fresco rocío del alma,
don de los cielos;
vuestra amargura,
es á mis lábios néctar
de la ventura.

Si sobre mi sepulcro
las gaviotas
traen del mar de mi pátria
saladas gotas,
es que me envía
lágrimas de cariño
la pátria mia.

Si la tierra que cubra
mi cuerpo inerte
moja la lluvia, el cielo
llora mi muerte;
pues son las nubes
mensageras del llanto
de los querubes.

Si halla una flor silvestre
vida en mi huesa
y el céfiro la halaga,
y el sol la besa,
flor es del llanto;
lágrima de mí alma
¡que sufrió tanto!

La cruz que baña el llanto
de la mañana,
y el mistico lamento
de la campana
piden al cielo
descanso para el ánima
que dejó el suelo.

Lágrimas que mis ojos
vierten á mares,
yo os invoco, yo os amo,
yo os doy cantares......
¡Lágrimas mias!
vosotras sois mis goces,
mís alegrías!

YO, A MI.

Pues que mi *natal* llegó
saludarlo debo, en suma,
que si nadie lo cantó
papel tengo, y tinta, y pluma
para cantármelo yo.

Yo tengo en mí un buen amigo
como no habrá otro quizá;
yo me adoro y me bendigo,
y hoy, que es mi santo, me digo:
—¡ *Dios te guarde, Calamá !*

Dios te guarde, saleroso,
bendito sea *un divé*
que te jiso tan jermoso.—
Y me respondo orgulloso:
—Es favor que me hace usté.

En ademan liso y llano,
á mí me alargo mi mano
diciéndome muy sereno:
—Me alegro de verme bueno,
apreciable don Mariano.

Y pues versos escribí
para el vegete mastuerzo
y el polluelo baladí,
hoy me los escribo á mí
y me servirán de almuerzo.

Hoy me digo en la ocasion,
que de años cumplo un monton,
pero callo la verdad;
que eso de sacar la edad
es de mala educacion.

Yo me afirmo, y me aseguro,
que no me seré perjuro
de amarme al ferviente sí,
y si yo tuviera un duro
me lo regalaba á mí.

Que la fortuna insolente,
me digo, te dé un porrazo,
y, sin que lo véa la gente,
me propino un buen abrazo
con un besito en la frente.

RESPUESTA

DEL PERÍNCLITO MANUEL QUESADA Á SU HERMANO RAFAEL.

Tu carta he deletreado,
Rafael, con placer profundo,
por que me tenia tragado
que ya en Cuba te habian dado
pase para el otro mundo...

Te has metido en un belen
de los que á tiros concluyen,
que nunca en Cuba se ven
harto léjos los que huyen,
pues los de atrás corren bien.

Á mí, que á escape volaba
por miedo á una buena soba,
cada soba me baldaba;
en una solté la *jaba*,
y en otra perdí la èscoba.

Tan èscarmentado estoy
que aunque me empujan y *fajan*,
lo que es á Cuba no voy.
¡ Va mucho de ayer á hoy
y á mi ya *no me trabajan !*

No ha de causarle alborozo
tu epístola á doña Emilia,
que al ver su gozo en el pozo,
dirá :—por mándria este mozo
parece de mi familia.

Fué, segun tu relacion,
de los burros la jornada,
y tienes mucha razon;
porque era esa expedicion,
tú inclusive, una burrada.

Si buen resultado dan
los burros en esa guerra,
burros no te faltarán.—
yo te prometo á Guzman
y otros muchos *de la tierra.*

Ya que apurado te miro
quiero darte ese respiro,
pues Guzman Blanco no es manco;
yo no he visto mejor blanco
para que le dén un tiro.

Yo, como tú, al burro alabo,
y la *República* al cabo
premiará el asnar aplomo,
con una estrella de plomo
para usarla bajo el rabo.

Sé, y al saberlo me aflijo,
que engullís burros y potros,
y eso está mal hecho, hijo;
porque Jesucristo dijo:
"Amaos unos á otros."

Á mi ya nada me espanta,
que he visto una *suripanta*
y no de baja ralea,
apagar con una oblea
cuatro meses de *carpanta.*

Harto ya esperimenté
del hambre el terrible azote,
y tan hambriento me hallé
que una noche me cené
los pelos de mi bigote.

Tu ruin lábio confesó
el miedo que te sofoca,
y como igual tuve yo,
me maravilla la poca
vergüenza que Dios nos dió.

Escucha, hermano, un consejo;
procura siempre la huida
aunque te llamen conejo,
porque quien salva la vida
salva el honor y el pellejo.

Que si por suerte indiscreta
te pilla un hijo de España,
Rafael, entregas la *geta*;—
¡ probarás lo que es castaña
y sabrás lo que es cajeta !

Si un voluntario te vé,
ponte de modo, que allí,
en donde le dije á usté,
te arrime un buen puntapié
y ya estás de vuelta aquí.

Mira que fuera una guasa
que te matáran por bruto;
tú sábes lo que me pasa,
que no tengo un cuarto en casa
para comprarme tu luto.

Y adios, caro Rafael;
se me ha acabado el papel
y el bodeguero no fia.
Será mas largo otro dia
tu digno hermano.—

Manuel.

SEGUIDILLAS.

Yo olvidarte quisiera,
Pero adivino
Que olvidarte seria
Darme al olvido.
Tú eres mi vida;
Mas vida que fallece,
Dicha que espira.

Tú eres el sol fecundo
Que rayos vierte;
Mas para mí sin brillo,
Sol de Occidente:
Sol que se aleja,
Sol que todo lo anima
Y á mí me hiela.

Dicen que los rigores
Quitan la vida....
Miéntras que yo á los tuyos
Debo la mia.
Mas si prefieres
Verme espirar de gozo,
Dí que me quieres.

LAS AMAZONAS DE CUBA LIBRE.

Me han dicho, señoras mias,
que echando el pudor á un lado
la vida haceis del soldado
en perpétuas correrías.

Esto me alarma en verdad,
porque si dais en correr,
de fijo os vá á suceder
alguna barbaridad.

Dicen que hostiles á España
renegais de las cazuelas,
y os poneis escarapelas
en lo alto de la castaña.

Que con empeño formal
trocais por la carabina
los bártulos de cocina
y la aguja y el dedal.

Que para el calzon vestir
recortais vuestras camisas...
y esto, señoras mambisas,
no se puede consentir;

Porque os pone en evidencia
ese varonil calzon,
cuyas estrecheces son
de notoria inconveniencia.

Dicen que en libres festines
olvidais el *ajiaco*,
no despalillais tabaco,
ni remendais calcetines.

Que si llora un chico allí
donde os ponen de faccion,
ha de mamar un boton
del uniforme mambí.

Aun que se ven, de seguro,
rarezas en nuestros dias,
las vuestras, señoras mias,
pasan de castaño oscuro.

Yo á toda dama venero,
mas si habla de sable y bala
la mando muy noramala
á sazonar el puchero.

Para mí son faltas graves
Esas que el vulgo pregona:
Yo aborrezco á la *ama*-zona
cuanto *amo* al *ama* de llaves.

Siempre es *ama*, en su ternura,
la muger, dulce *ama* mía;
por eso es *ama* de cría,
¡por eso es *ama* de cura!

Y *ama* el pudor y el aseo
y *ama* el honor que la abona,
mas si ha de ser *ama*-zona
puede largarse á paseo.

Solo podrá defender
la causa que así os desvela;
la impúdica mugerzuela,
nunca la honrada muger.

La honra, en sus principios fijos,
mira al vicio con horror,
y es señoras, vuestro honor
el honor de vuestros hijos.

Y basta de sermon ya;
renunciad á esa comedia,
que el mal ya no se remedia.......
Cubita libre......¡¡se vá!!

MUSICA CELESTIAL.

"De músico, poeta y loco
todos tenemos un poco"
el refran dice, y lo creo;
ahora averiguar deseo
cual es el que mejor toco.

Tantos son, que en el momento
mi mente nos los recuerda,
pues soy musical portento;
ya soplando en los de viento,
ya rascando en los de cuerda.

Produzco tal armonía
que la tomára el mortal
por celestial melodía,
porque la música mia
es *música celestial.*

Sencilla, fácil, barata
y estrepitosa á la vez
cuando truena y se desata,
no la comprende Zapata
ni la descifra Marquéz.

Es mi bufete el atril,
y sentado en coja silla
escribo con *notas* mil
un soneto ó seguidilla
que ardería en un candil.

El asunto es lo primero;
El género, lo segundo;
la inspiracion, lo tercero;
mas todo está en el profundo
abdómen de mi tintero.

En relacion al *motivo*
echo mano al *instrumento*,
cuya ayuda me prescribo,
y en tanto que *toco* escribo,
y miéntras escribo, invento.

Si hablo de funcion teatral,
ó recomiendo á un doctor,
ó celebro á un industrial,
ó aplaudo al rico señor
que en limosnas dá un caudal,

Ó escribo la bienvenida
del que llegar quiso aquí,
ó la tierna despedida
de un idem, toco en seguida
el *bombo*, con frenesí.

Si corono de laurel
á un vate chirle, ramplon,
y aplaudo la inspiracion
con que emborrona papel,
entónces toco el *violon*.

Si encomio á la bella Aurora
cuyo amor mi llanto enjuga,
bella, pura, seductora,
en obsequio á mi señora
toco el *pito* y la *maruga*.

Si hablo de marcial ardor,
de la guerra cruel, impía,
de su efecto destructor,
etcétera, todo el dia
estoy tocando el *tambor*.

Si por cargarme el descaro
con que nos pone en un brete
el que pide sin reparo
un doblon, lo digo claro,
me acompaña el *clarinete.*

Si en lazo dulce y eterno
se unen con ardiente abrazo
dos amantes.... en invierno,
por no echarme yo otro lazo
lo digo soplando el *cuerno.*

Y repico la *campana*
en toda funcion galana,
en duelo y en diversion,
en bautizo y procesion
y cuando me dá la gana.

Siempre de música y fiesta,
siempre de zambra y jaleo
tengo en mi musa una orquesta;
Mas ¡ ay ! qué cara me cuesta
mi aficion por el *solfeo !*

EPIGRAMAS.

Cien tomos escribió Irene,
doncella de gran talento,
Y ha de escribir otros ciento
en todo el año que viene.
Siempre á escribir consagrada,
Irene, muger profunda,
si de soltera es *fecunda*,
¡qué no será de casada!

***

Mi amigo D. Blas del Rio
decia, torciendo el gesto:
—"Á los muchachos detesto,
quiero al mio, porque es mio.
Su esposa, en tono sereno
perdon, dijo, si te arguyo,
Blás, que si quieres al tuyo
tambien quieres al ageno.

LA QUE YO QUIERO.

Niña que bien se engalana
aunque ser pobre es su suerte,
y todo el tiempo lo invierte
entre el novio y la ventana,
y el paseo y la visita,—
¡Quita!

Literata que me espeta
cien malos versos al dia,
y aunque escribe una elegía
hacer no sabe calceta,
lo que es contigo no cargo,—
¡Largo!

Dama que es dama de noche,
y es soltera y gasta lujo,
y el misterio y el tapujo
le dán para rodar coche,
ni me pilla, ni me estafa,—
¡Zafa!

Política consumada
que arregla el mapa de Europa
y deja quemar la sopa
porque la tiene embargada
la diplomácia extrangera,—
¡Fuera!

Jamona que tiñe canas
á fin de atrapar marido,
para ella fruto prohibido,
por màs que le sobren ganas,
á mi no me compromete,—
¡ Vete!

Murmuradora sin freno,
entrometida y chismosa,
cuya lengua venenosa
ataca el honor ageno
en las calumnias que ensarta,—
¡ Aparta!

Niña hermosa y recatada
cuyo rostro seductor
me hace delirar de amor,
brindándome enamorada
en su sonrisa un Eden,
¡ Ven, ángel del cielo, ven!

¡VIVA EL LUJO!

Viva el lujo, y el majo que lo *trujo* :
Y pues el lujo se halla en candelero
Del lujo heraldo fiel, yo canto al lujo,

Y reto al moralista vocinglero
Que torpe lo calumnia y lo difama,
Vulgarote mordaz, mal caballero.

El lujo dá valer, crédito y fama,
De culto y bien nacido al hombre abona,
De cualquiera muger hace una dama;

Talento y ciencia presta á la persona,
Que un quídan con gaban y estrecho guante
Puede ocupar ministerial poltrona.

Tan fuerte nos dá ya por lo elegante
Que brilla aquel que por su lujo brilla,
Aunque el brillante mozo sea un tunante

Que á gritos reclamando esté Melilla,
Ó alguna vanidosa suripanta
Que el buen tono adquirió de pacotilla.

Puso aquí el lujo su extrangera planta,
Y muchos que le dán su único duro
Soportan por su amor fiera *carpanta ;*

Gentes que viven en perpétuo apuro
Cifrando en la bambolla lo decente,
Por no igualarse al artesano oscuro...

Atildado doncel, dama explendente,
Perdonad si os infiero rudo ultraje;
Yo confieso que sois cumplida gente,

Yo sé que por lucir rico equipaje,
La de Galicia escúalida sardina
Devorais, cuando no vulgar potage.

Su frente el mundo á vuestro paso inclina
Absorto al contemplar tantos adornos,
Propiedad del tendero de la esquina.

Lucidlos ¡ vive Dios ! que hartos bochornos
Cuestan al padre, al novio ó al marido
Víctimas de la usura y los trastornos.

Á ser vuestro adalid ya me decido,
De cantar vuestra gloria siento el pujo
Y pujaré el elogio merecido.

Al malandrin que motejáre al lujo
Sinó encuentro razon que le convenza
Rajo, destripo, aplasto, rompo, estrujo.

Porque es crímen atroz, y es desvergüenza
Calumniar la belleza peregrina
De postiza armazon y agena trenza.

Húndase la barata muselina
Y sea el crujiente gró y el terciopelo
Lo que cubra la hinchada crinolina.

Hay que barrer con raso el súcio suelo
Y hay que cubrir con blonda y rico encaje
Desde el bajo talon al alto pelo.

¡ Que bufen los pobretes de corage !
Lucir el taco bien y ¡ ancha Castilla !
Es la mision de todo personage.

La modesta, la humilde, la sencilla,
Si humillada se vé por tal boato
Que se aleje del mundo que la humilla.

Pues no tiene derecho el mentecato
Que ni luce buen frac, ni joyas luce
Á entre gentes de pró pasar el rato.

El que no viste bien, mal se conduce,
Que ha llegado por fin el fausto dia
En que oro es todo aquello que reluce.

Contra el lujo luchar ! vana porfía.
Tan solo de pensarlo airado rujo.
¡ Echar rumbo ó morir ! y no hay tu tía,
Esta es la ley del lujo.—¡ Viva el lujo !

TRES ASUNTOS.

Petra á su esposo Vicente,
que se encontraba en la Habana,
le remitió una mañana
cierto telégrama urgente.
Vicente al punto esclamó:
—¡Mentira! esto no es de Petra.
—¿Por qué?
—Porque no es su letra,
¿Si la conoceré yo?

Porque vendió á Jesucristo
Judas, no fué hombre de bien;
y yo á un escultor he visto,
de todo el mundo bien quisto,
que ha vendido mas de cien

Me han contado que Bembe-
cansado de la mani-
por no subir al patí-
hubo de tomar solé:-
Agarrando la vihué-
entonó el siguiente can-
"Con tal que yo pueda alcan-
una estrangera ribé-
á mí en el circo me vé-
pero que me cojan, ¿cuán?"

LA GENTE DE VENEZUELA.

A aumentar la insurreccion
Venezuela se nos cuela
por la costa de rondon.
¡ Verá usted qué revolcon
llevan los de Venezuela !

Dirije Rafael Quesada
la chusma recienvenida,
que ya está un tanto escamada
sospechando que hubo entrada
pero que no habrá salida.

Siguiendo mañas antiguas
que los mambises cubanos
trajeron á la maniguas,
hoy son pasto de las niguas
doscientos venozolanos.

Buscando torpe quimera
desplegaron su bandera
que no vale tres ochavos,
de la que su gefe espera
hacerse un buen tapa-rabos.

Quesada aquí los espeta
y solo piensa el muy tuno
en tomar pronto soleta,
ántes que no quede uno
para taco de escopeta.

La chusma venenzolana
al zurrarle la pavana
esclamará entre suspiros :
—" Aquí vinimos *por lana*
y nos *trasquilan* á tiros."

Y uno dirá—" ya no hallo
salvacion del atropello ;
en vano invento y batallo
pues de aquí á Puerto-Cabello
no se puede ir á caballo."

La turba se desconsuela,
y solo piensa en su anhelo
contar el lance á su abuela......
¡ Ya saben lo que es *camelo*
la gente de Venezuela !!!

CUENTO.

Dicen que el baron Rostchild
cuyo crédito es notorio,
vió invadido su escritorio
por una turba incivil.

—Tanto bueno por mi casa!
dijo admirado el baron
al ver la ruda invasion,
¿qué ha sucedido? ¿qué pasa?

—Poca cosa, caballero,
contestó un gefe gabacho,
como es hora de despacho
que nos deis *nuestro* dinero.

Sois dueño de una fortuna
que al pueblo habeis usurpado,
y al pueblo ha determinado
devolverla la Comuna.

Bien á bien, ó mal á mal,
soltar la mosca es preciso,
y *aguantarse*, pues lo quiso
la sábia *Internacional*.—

—Bueno, Rostchild contestó,
de la razon no me aparto,
Procedamos al reparto:
¿sabeis lo que tengo yo?

Nadie contestó al banquero
que agregó : —Tengo en los bancos
hoy cien millones de francos ;
¿ os conviene ese dinero ?

—Vengan ! gritó alborozada
la turba, vengan millones !—
Y hubo gresca, pisotones
y rota alguna quijada.

Todos ser gefe quisieron,
todos ¡ dinero ! clamaron ;
"todas las manos se alzaron,
todas las bolsas se abrieron."

—Silencio ! gritó el banquero :
Si el comunismo es el órden,
dividamos sin desórden
mi oro, que es vuestro dinero

Cien millones, y es cabal
el cálculo en que me fundo,
repartidos en el mundo
toca á cada hombre un real.

Si ante el docto comunismo
son hermanos los humanos,
repartamos como hermanos,
lo demás fuera egoismo.

Doctrinas son comunales
que de gritar estais hartos
con que, tomad esos cuartos......
¡ Ya somos todos iguales !—

SIBONEYAS.

I.

EL CANTO DE NAYA.

Venid, *siboneyes;* yo soy la que un dia
Á *Tuira* cantaba bajo el *jamaiquí;*
Mi acento escuchaba la alegre *jutía,*
La triste *cucuba* y el fiel *naborí.*

Yo soy siboneya, yo soy de la grey
De *Jagua, Ornafay, Boyuca* y *Magon;*
En verde *manigua* yo vivo en mi ley,
Y *plátano* como, maduro ó *pinton.*

Mi madre era *Omeya,* mi padre el *Cacique*
De *Cauto, Jobabo, Bayamo* y *Maisí;*
Del indio alcornoque sagrado *behique,*
Mas feo que Picio, mas bravo que *ají.*

Venid, de *Jaragua* los hijos *sabrosos*
Que usais tapa-rabos de piel de *majá;*
Yo os llamo al *bohío,* llegad, salerosos,
Que aquí se halla toda la gente de acá.

Yo vengo de *Yara,* que es tierra de gritos,
Allí con el *guao* todita me hinché;
Si escuchar quereis males infinitos,
Apéense, señores y tomen café.

Hablemos el *gringo* que hablaba *Saley*
Del *guamo* playero al rústico son,
Y queda enterado cualquier *siboney*
Que *coma de flores* y toque el violon.

II.

Yarina y *Salea.*

El.— Ven junto al *ateje*
y el *cuyaguateje*,
Aquí está el *caimito* y el dulce *mamon*,
y el *jubo* del monte,
y el pardo *sinsonte*
serán los testigos de nuestra pasion.

Cojamos, *Yarina*,
la fresca *guabina*,
El rancho guisemos en ancho *batey*,
bailemos el *tango*
debajo del *mango*,
Y ¡viva la Pepa! yo soy *Siboney*.

Ella.— Me gusta, *Salea*,
La blanda *jalea*,
Me gusta el *tabaco*, cuando es *de cañon*.
Yo cojo al *mayito*,
Yo entiendo al mosquito.....
Mas muere de pena mi fiel corazon!

Mi choza de *yagua*,
de *seiba* y *majagua*,
si llueve se pone como un *babiney*;
la verde *maloja*
me causa congoja;
¡qué vida tan perra, para un *Siboney*!

El.— Ven á la *sabana*
dó mora la *higuana*;
al raso y de *guagua* busquemos mansion.

Ella.— Pues ya de hoy no pasa,
yo quiero una casa,
Ya quiero una casa que tenga balcon.

El.— La tendrás, *Yarina*,
y una crinolina
que te haré de *palma, jibá* ó *tibisí*,
y al verte galana,
así, *á la campana*,
de brazo conmigo, ¡quién me tose á mí!

POLITICO-MANIA.

Voy á referir un sueño,
lectores del alma mia,
que tuve el viérnes pasado
en que cené de vigilia.
¡Ay mamá; que noche aquella!
la recuerdo, y sudo tinta.

Soñé que en lejana tierra
me encontraba de visita,
sin que me costára un cuarto
pasaporte y travesía.
Al verme en aquellas playas
sin tener de ello noticia,
dudé si yo era yo mismo
ó alguno de mi familia,
dudas que ahuyentó al espejo
mí propia fisonomía.

Era una hermosa comarca,
rica, abundante, magnífica,
arrullada por las olas,
besada por leda brisa;
mansos rios con sus aguas
riegan, bordan, fecundizan
el privilegiado suelo
que dá el olivo y la viña.
Sin embargo, allí no moran
el bienestar ni la dicha;

el comercio languidece,
la industria se paraliza
y vá el pais paso á paso
caminando á su ruina
desde que en él tomó asiento
lo político-manía.
Ví á una multitud inmensa
que se agitaba á mi vista
quejándose amargamente,
de un modo que daba grima,
de yo no sé qué primada
ó qué serrana partida.
Todos saltan, todos corren,
todos charlan, todos gritan,
y en tanto se van quedando
como quien dice, en camisa.
—¡Viva el cimbrio, dice uno;
—Muera! y viva el progresista!
—¡Arriba los de la Union!
—¡Viva la libertad!—¡Viva!
y á la verdad todos viven,
todos gastan, todos triunfan
miéntras que la pobre pátria
va ya de capa-caida.
Esta gente no trabaja,
ó es holgazana, ó muy rica,
ó ha perdido la chaveta,
con las idas y venidas
y la Tertulia, y los clubs,
y las procesiones cívicas,
y el universal sufragio,
derechos y garantías,
y el matrimonio civil
que civiliza á las chicas.
En tanto sigue la huelga,
nadie al trabajo se arrima,
y los empréstitos crecen
y la produccion se achica.
Por mas que cien presupuestos

el equilibrio predican,
no hay equilibrio, aunque sobran
allí los equilibristas;
quieren hacer un arreglo,
que está la pátria oprimida,
y por salvar los principios
á la pátria descuartizan....
y aquí se volvió mi sueño
una horrible pesadilla.
Todo es política, todo,
en esa tierra bendita;
política por abajo,
política por arriba,
y política se bebe
y hasta se come política
con salsa de candidatos
y adobo de dinastías.
Tal época á todo un pueblo
sin remedio inmortaliza,
porque es época de gangas,
fruta que abundante cria
el árbol de la ocasion
cuando lo poda la intriga.
Nadie se duerme en las pajas,
allí anda la gente lista;
el que ménos corre, vuela
y el que cayó se fastidia.
Allí á la voz de *progrcso*
todo progresa de prisa,
y ya pertenece el triunfo
á la gente progresista.
Adelante ! la voz dice
que á adelantar les incita
para ir marchando delante
de la adelanto-manía;
adelanto en todo, justo,
nadie á esa voz se resista;
la agricultura, el fandango,
la ciencia, la escarlatina,

y los baños minerales,
y las naranjas de China
adoptan ya formas nuevas
que el éxito garantizan.
Allí no hay paz ni concierto,
pero hay rumbo, hay alegría
y mucho charol, que al cabo
la pátria lo necesita....
De pronto retumba un tiro,
se oyen mueras, se oyen vivas,
y juega la bayoneta,
maniobra la artillería,
y sin saber yo el motivo
se arma la gran cachetina.
Hácia á mí viene derecho
un moceton, y me atiza
tal revés, que me despierto
con la mano en la mejilla.
Aquella tierra, lectores,
aquel incurable cisma,
aquellas turbas inquietas
y tanta pasion política,
fué mentira...... fué tan solo
una horrible pesadilla.

SERENATA.

Eres niña hechicera
puro arroyuelo,
que en sus ondas retrata
la luz del cielo;
así tu alma
deja ver en tu ojos
su dulce calma.

Eres la clara aurora
de la mañana,
del jardin de la vida
la flor galana;
tu ser imprime
en cuanto le rodea
candor sublime.

La avecilla canora
te dá sus trinos,
el sol sus más brillantes
rayos divinos;
y á tu bellaza
alabanzas entona
Naturaleza.

De la virtud conquistas
la excelsa palma,
que si bello es tu rostro
bella es tu alma;
todo en tí es bello,
que Dios puso en tu frente
santo destello.

Tú vives en un mundo
que no conoces,
tienes en tu familia
los solos goces;
y tu existencia
al espejo se mira
de tu conciencia.

Guia un ángel la estrella
de tu destino,
que irrádia esplendorosa,
por buen camino.
Desde tu cuna
pisas, niña, el sendero
de la fortuna.

No del dolor conozcas
la dura carga,
que vivir entre penas
es vida amarga.
Nunca un suspiro
queme, niña, tus lábios,
que rientes miro.

Adios, que ya la aurora
su luz envía;
sus últimos acordes
te dá mi lira.
Guarda un recuerdo
de la sencilla trova
que por tí elevo.

A "EL RECREO."

LEIDA EN UNA FUNCION PATRIÓTICA VERIFICADA
EN DICHA POBLACION.

La tierra privilegiada
que el arrojo castellano
halló, por el Oceano
dulcemente acariciada;
Cuba, joya codiciada
por extranjero deseo,
el mas valioso trofeo
que España ostenta orgullosa,
guarda en su seno, amorosa,
al noble pueblo *El Recreo.*

¡El Recreo! floreciente
poblacion, rica en cultura,
donde la brisa es mas pura,
donde el cielo es más riente;
donde el áura blandamente
gime, susurrando amores;
donde hay las mas lindas flores
del bello pensil cubano,
donde el pendon castellano
dá á los vientos sus colores.

Yo, trovador peregrino,
quiero entusiasta cantarte;
yo me detuve á admirarte
en mitad de mi camino.
Yo bendije á mi destino
que así calmaba mis males,
y al traspasar tus umbrales,
quietud dando á mis fatigas,
encontré manos amigas
y corazones leales.

Aquí brillan con pureza
la franca hospitalidad,
la sublime caridad,
la lealtad y la nobleza.
Aquí la naturaleza
derramó con grato anhelo
los dones que dióle el cielo;
por eso digo ferviente:
no hay como el tuyo otro ambiente,
no hay como el tuyo otro suelo.

Aquí el argentado sol
con bellos cambiantes brilla,
aquí se adora á Castilla,
aquí todo es español.
Con el brillante arrebol
de la merecida gloria
guarda *El Recreo* la memoria
de España, que ama vehemente,
y con esfuerzo valiente
conquista un puesto en la historia.

A LA SRA. D.ª I. S. DE CAROL.

Sé que eres bella, noble señora,
casta, modesta, discreta y pura,
que virtud santa tu alma atesora,
que en tí se encuentra piedad, ternura.

Que al bien propicia y al mal agena
eres el nuncio de la fortuna,
y es tu mirada, limpia y serena,
dulce, espresiva, como ninguna.

Que en tí el buen génio, señora, habita
que guia tus pasos del bien en pos,
y eres la esposa por Dios bendita,
que Dios inspira, que espera en Dios.

Pisas un mundo que se embalsama
con el aroma de tu conciencia,
y á tu familia, que fiél te ama,
le das la sávia de tu existencia.

De paz y dicha, ángel hermoso
eres, que ahuyentas duelos prolijos;
en tí su gloria tiene tu esposo,
su Providencia tus bellos hijos.

Yo, que conozco tu gran valía,
entusiasmado por tu virtud
hoy te consagro, ya que es tu dia,
sencillos ecos de mi laud.

Yo te doy flores del pensamiento,
ricas de vida, pobres de olor;
¡ay! son las flores del sentimiento
que regó el llanto de mi dolor.

Flores del alma! que yo te brindo
como una ofrenda de mi lealtad,
como un tributo que ansioso rindo
á tu valiosa, dulce amistad.

Cuando en noche serena
todo reposa,
la prision de su cáliz
abre la rosa,
y escapar deja
fragancias que del céfiro
calman la queja.

Cuando el hogar se ostenta
feliz, tranquilo,
es que vela el buen ángel
de aquel asilo;
y en él refleja
la bondad de su alma
que el mal aleja.

Ángel y flor tú eres,
noble señora,
tú al vergel de la vida
prestas aroma,
y torna en cielo
el doméstico asilo
tu casto anhelo.

Y aquí termina la serenata
con que te obsequia mi amistad fiel;
si tú la acojes, si la oyas grata,
¡ Dios te bendiga, bella Isabel !



INDICE.

Artículos.

Poesías.

Págs.

Sarre



